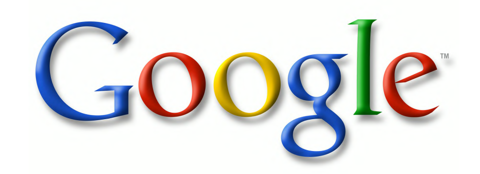
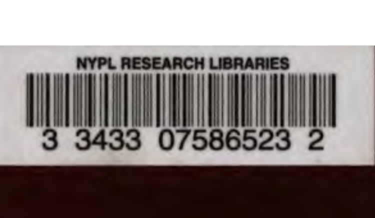
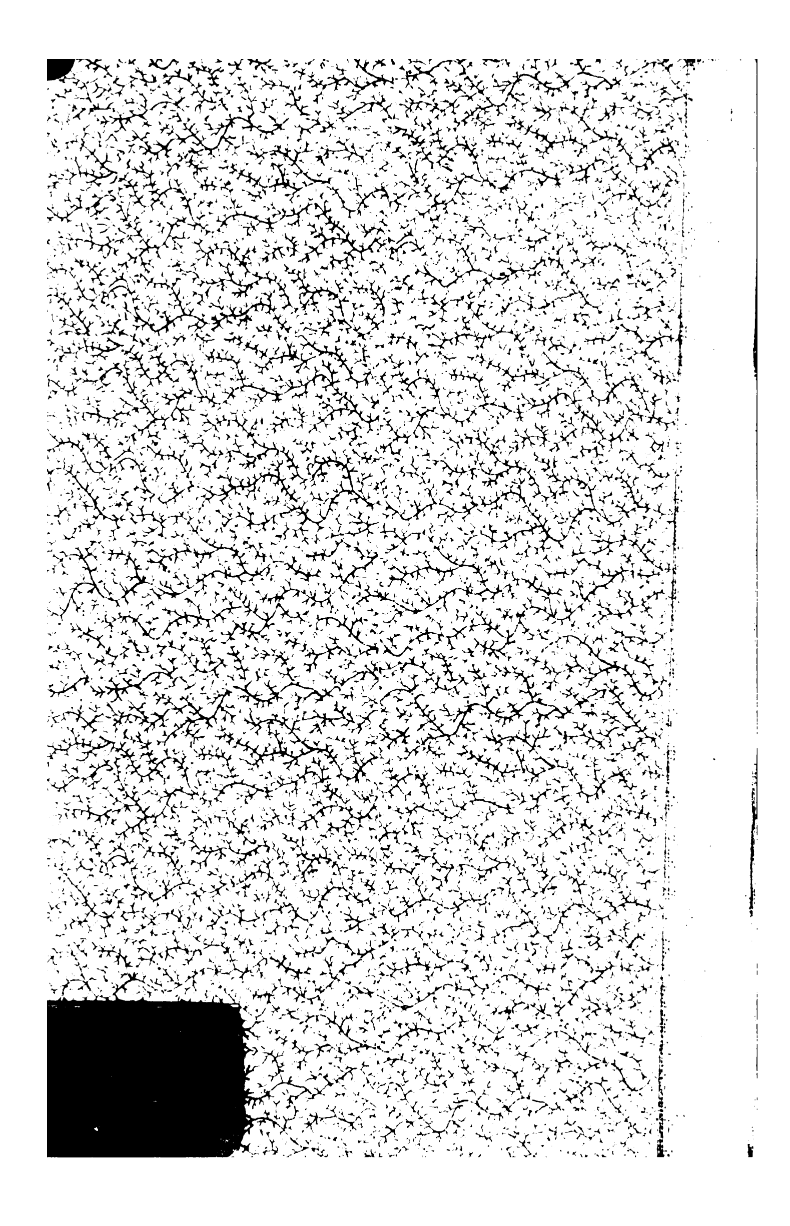
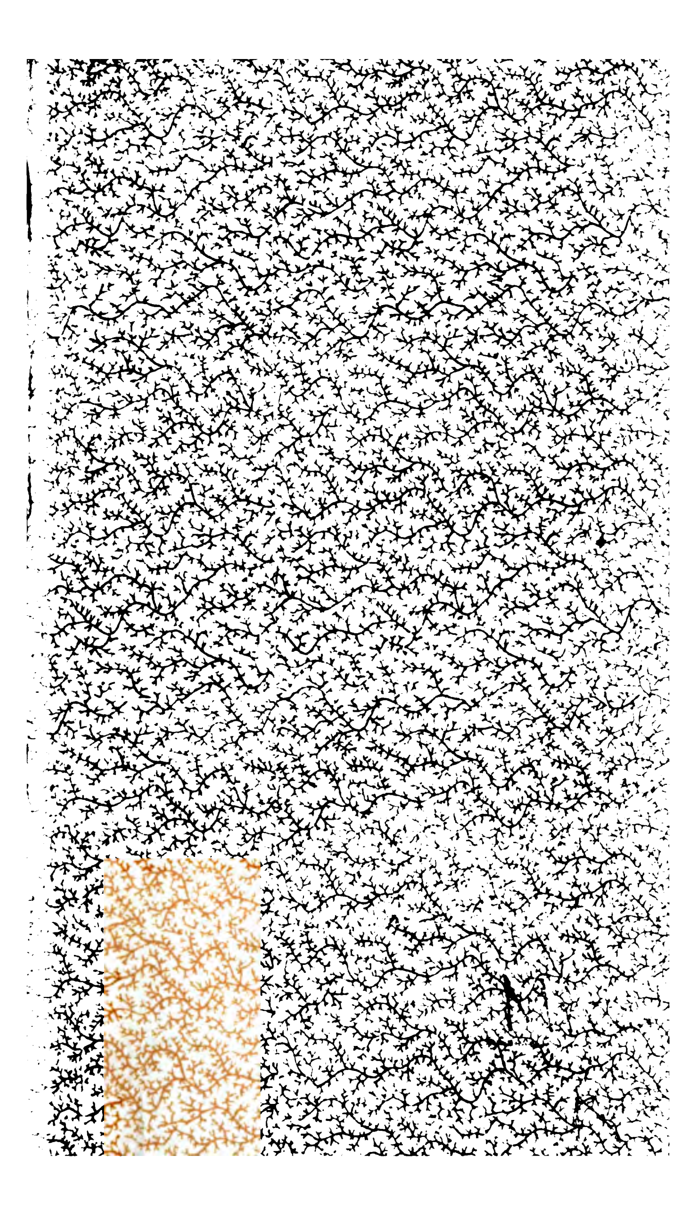








COMEDIAS ESCOJIDAS

DEL DOCTOR

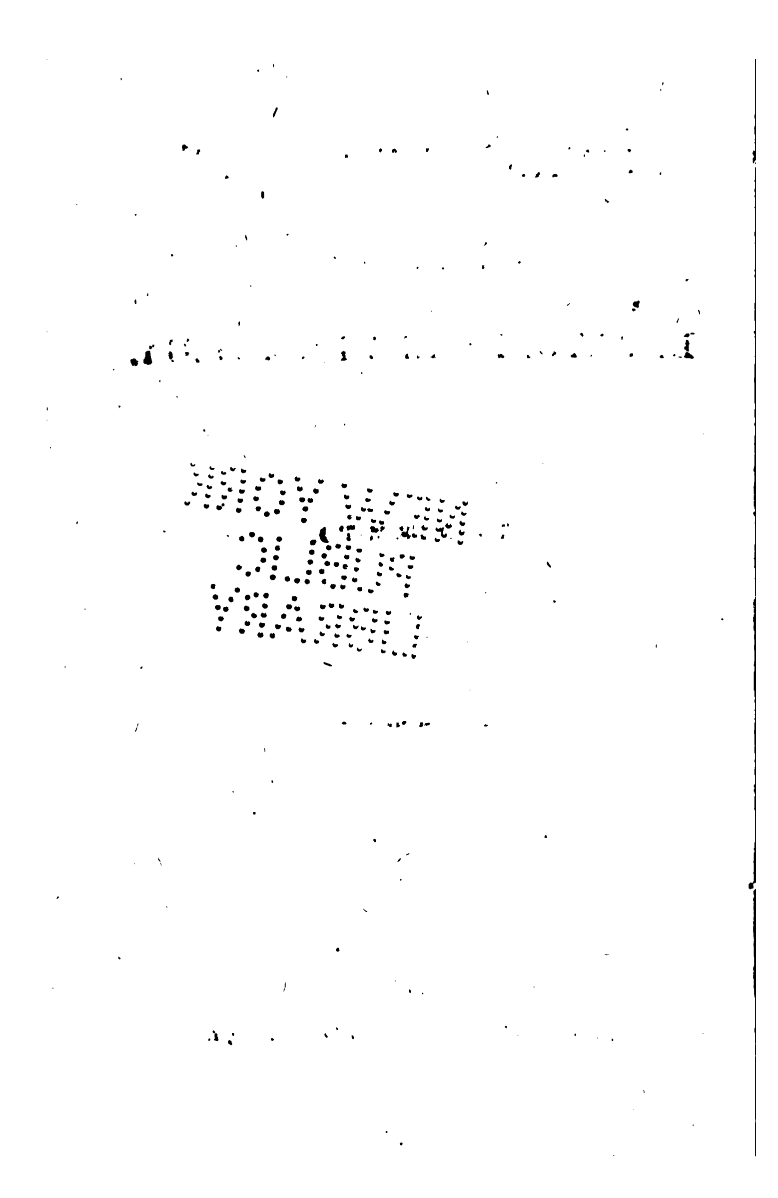
D. ANTONIO MIRA DE MESCUA.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid y setiembre. Imprenta de Ortega.

1830.



GALAN,

VALIENTE Y DISCRETO.

PERSONAS.

La Duquesa de Mántua.
Porcia.
Elisa.
Duque de Ferrara.
Duque de Parma.
Duque de Urbino.
Don Fadrique.
Ramon, criado.
Flores, gracioso.
Maestro de sarao.
Músicos.

La escena es en Mántua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de Palacio.

La Duquesa y Porcia.

Porcia.

Despues que murió tu hermano,
el silencio y la tristeza
dan sombras á la belleza
de ese rostro soberano.
¿Cuando á Mántua has heredado
vives con melancolía?

Duquesa

Sí, que es grande la porfía
de un desvelo y un cuidado.

Porcia.

Dime ¿qué cuidado fuerza
tu desvelo y tu pesar?

Duquesa.

El no inclinarme á casar,
y haberlo de hacer por fuerza.

Porcia.

Mudable es la inclinacion.

Duquesa.

Hombres y bodas me ofenden;
son muchos los que pretenden,
y temo errar la eleccion.

ESCENA II.

Dichos y Elisa.

Un loquillo de buen gusto
llevan á Florencia, y fuera
quien algun placer te diera.

Duquesa.

Cualquier loco me dé susto,
que pienso cada momento
que se enfurece.

Elisa.

Imagino
que es loco por un camino
que te puede dar contento:
jugar sabe al aljedrez,
y jugar contigo puede.

Duquesa.

Si no es furioso, se quede.

Porcia.

Ya habrá quien alguna vez
te divierta.

Duquesa.

Si el casarse
es un vivir con morirse,
¿porqué muerte ha de decirse
aquello que es cautivarse?
Mal mi cuidado se olvida,
porque es una accion incierta,
que se yerra ó que se acierta
por el tiempo de la vida.
El errar en otra accion
disculpa suele tener,
y asi en esta es menester
mas cuidado que eleccion.

ESCENA III.

Dichos y Flores de loco.

Flores.

Guarde Dios la buena gente,
y guarde tambien la mala,
por si hay de ella en esta sala;
pero mi malicia miente,
que entre damas tan hermosas
cosa mala no se halló:
par diez, que á ser Páris yo,
fuerades las tres las diosas.

Duquesa.

¿La manzana á quien se diera?

Flores.

Para quitarme de dudas,
si París las vió desnudas,
ropa fuera, ropa fuera.

Duquesa.

¿Cómo te llamas?

Flores.

¿Quien vió
tan nécia pregunta, dí?
otros me llaman á mí,
que no he de llamarme yo.

Duquesa.

Tu nombre pregunto, amigo.

Flores.

¿Quién es un santo varon
con esclavina y bordon
que trae un perro consigo
con un pan, sin que le asombre
al verle una llaga aquí?

Duquesa.

San Roque.

Flores.

¿San Roque?

Duquesa.

Sí.

Flores.

¿Luego ya sabeis mi nombre?

Duquesa.

¿Y de dónde eres?

Flores.

No soy;
de la tierra solo he sido,
pues de la tierra he salido,
y á ella caminando voy.

Porcia.

Sentencioso quiere ser.

Elisa.

Diz que es poéta, señora,
y sin sentidos, un hora
se está para componer
sus metros.

Duquesa.

Loco discreto;
hazme unos versos á mí.

Flores.

Sientome, pues, porque así
quiero pensar un soneto.

Porcia.

¿Si vino el de Parma ayer?

Duquesa.

Sí.

Porcia.

Tres potentados son.

Duquesa.

Don Fadrique de Aragon
tambien viene á pretender.

Porcia.

¿Quién es ese caballero?

Duquesa.

Pobre, pero celebrado,
noble, pero despreciado.

Porcia.

¡O que malo es ese pero!

Duquesa.

Deudo dicen que es cercano
del Rey de Nápoles, sol
de Italia.

Porcia.

Medio español
y medio napolitano,
presumido y codicioso
tu estado pretenderá.

Duquesa.

Hacer imagino ya
un exámen riguroso
de todos mis pretendientes;
¿ese loco nos ha oido?

Elisa.

El está muy divertido,
y rumiando allá entre dientes
sus consonantes.

Duquesa.

Despeje

Flores.

Consonantes hay á boca,
toca, loca, emboca, choca.

Porcia.

¿Qué importará que le deje,
si es loco y se divirtió?

Duquesa.

Dices bien, que no embaraza.

Flores.
¿Plaza, taza, calabaza,
coroza? coroza no.
Duquesa.
Digo, Porcia, que me ofende
ver que mis estados sean
lo que estos hombres desean,
pues ninguno me pretende
á mí por mí solamente.
Cuando mi hermano vivia,
¿cómo entonces no tenia
amante ni pretendiente?
Ello es codicia, y no amor,
lo que á estos cuatro ha traido;
imaginar que yo he sido
la deseada es error.
Una industria percibí;
caprichosa quiero ser,
si he de examinar y ver
quien me quiere á mí por mí,
y no por el grande estado.
Porcia.
Dificultosa será,
pues cada cual mostrará
que ha venido enamorado:
servir y galantear
es facil al que enamora,
y muchas veces, señora,
vale mas fingir que amar.
¿Quién penetra la intencion?
¿y cuáles ojos discretos,
son linces de los secretos,
que estan en el corazon?
Duquesa.
Porcia, muy posible es todo;

humano lince he de ser,
yo lo tengo de saber,
escucha sabrás el modo.
Las dos en graves clausuras
cerradas siempre nos vimos,
y como dicen, vivimos
en hermosa sepultura.
Nadie me vió en la ciudad;
si mis criados prevengo,
logrado el capricho tengo
con mucha facilidad.
Piense cualquiera, que hoy
ser mi pretensor profesa,
que eres, Porcia, la Duquesa;
y que yo la Porcia soy.
El papel de Serafina
has de hacer, cuando nos vean
esos, que á Mantua desean;
y si alguno se me inclina,
como á Porcia, y como á pobre
será amante verdadero,
y tendrá el lugar primero,
aunque hacienda no le sobre,
en aquesta pretension.

Porcia.

¿Podrá estar secreto?

Duquesa.

Sí,
porque los hombres que á mí
me conocen, pocos son,
y no saliendo de casa,
con cuidado viviremos,
y mas, que nos parecemos
algo las dos.

Porcia.

¿Y si pasa
de nosotras el secreto?

Duquesa.

Cuando esto se haya sabido,
como dicen, ¿qué hay perdido,
sino solo este concepto
que formé? pero verás
como lo he de conseguir.

Porcia.

Desde hoy empiezo á fingir.

Duquesa.

Mas he pensado, oye mas:
podré en cualquier ocasion
que ellos se junten aquí,
ser yo mas dueño de mí,
siendo la conversacion
contigo: escuchando yo,
podré mirar con efeto
cual és mas cuerdo y discreto.
Hasta ahora no se vió
condicion como la mia;
el que inclinarme quisiere,
sea solo el que tuviere
gala, ingenio y cortesía.
Con eminencia, galan
quiero que el amante sea,
y en él la virtud se vea,
que en los diamantes que estan
cuando brutos, deslucidos
como piedras ordinarias,
y visos de luces varias
exhalan cuando pulidos.
Tambien le quiero valiente,
que el ánimo y corazon

dicen, quién es el varon
que debe ser eminente.
Con estas dos calidades,
satisfechos y advertidos
quedan los ojos y oidos;
pero si el engaño añades,
cesará el conocimiento
de mi noble inclinacion,
pues será la discrecion
la luz del entendimiento.

Porcia.

¿Y cómo ha de ser, me dí,
que esa noticia tengamos?

Duquesa.

Quiero que un festin hagamos
en casa esta noche; asi
cogiéndolos sin pensar,
cual es mas galan veremos,
que para los dos estremos,
que faltan, habrá lugar.

Flores.

El soneto acabé, plaza,
que mi musa no está loca.
A la Duquesa alabará mi boca,
si el cielo me la libra de mordaza.

Duquesa.

En verso medido empieza,
id delante, y proseguid.

Porcia.

Elisa y Porcia, venid.

Duquesa.

Vaya al jardin vuestra Alteza.

Flores.

Quien vió pálida flor de calabaza
trepando por las puntas de una roca,

Duquesa.

Basta; ¿qué es verso?

Porcia.

Agudeza
es propia de locos.

Duquesa.

Id
vos delante, y proseguid.

Porcia.

Vaya al jardin vuestra Alteza.

ESCENA IV.

DECORACION DE CALLE.

El Duque de Urbino, el de Ferrara, y el de Parma.

Ferrara.

Hermosa es Mántua.

Parma.

Es empeño,
de quien la fama ha salido.

Urbino.

Mi iman poderoso ha sido
la hermosura de su dueño;
ella me trae solamente.

Ferrara.

¿La habeis visto?

Urbino.

Nunca.

Ferrara.

¿Pues?

Urbino.

Tan grande su fama es,
que si en cuatro partes miente,
le ha de quedar hermosura,
para ser la mas hermosa

Venus, que tiñó la rosa
de carmin y sangre pura;
no ha sido en la antigüedad
tan celebrada, de modo,
que aunque no la imite en todo,
será inmensa su beldad.
Las cosas grandes no pueden
ser pintadas, como son,
porque á su misma opinion
las mismas cosas se esceden.
Un ciego ver deseaba
el hermoso rosicler
del sol, y para saber,
á todos lo preguntaba.
Cual le pintaba y decia,
que era un orbe de luz vária,
y singular luminaria,
padre y principio del dia.
Cual le figuraba, que era
una luz con movimiento,
que á faltar conocimiento,
por Dios adorada fuera.
Vió despues el arrebol
celeste con regocijo;
nadie supo pintar, dijo,
como es el sol, sino el sol:
asi, cuando contemplemos
la hermosura y sol divino
de la Duquesa, imagino,
que admirándola, diremos:
¡ó Venus hermosa! ¡O dama
nacida de otras espumas!
mudas lenguas, cortas plumas
han sido las de la fama;
de la elocuencia, y del arte

poco encarecida fuiste,
sola tú misma supiste
describirte y alabarte.

Ferrara.

Vos, señor Duque de Urbino,
ya tendreis noticia della,
yo alabaré su luz bella
por diferente camino.
Un hombre, que deseaba
casarse en otra ciudad,
sino con curiosidad,
con afecto preguntaba
á cuantos de allá venian,
¿si era discreta y hermosa
la que eligió por esposa?
y todos le respondian:
señor, no la conocemos;
y esto que pudo templar
su amor, le vino á aumentar
con singulares estremos,
diciendo: si no es hermosa,
para que el gusto la goce,
muger que nadie conoce
es honesta y virtuosa.
Esto me sucede á mí;
si es hermosa he preguntado,
y ninguno la ha alabado,
todos dicen, no la ví.
Y yo á tanta novedad,
digo, admirado: muger
que no se ha dejado ver,
mucho tiene de deidad.

Parma.

Duque de Ferrara, ó sea
malicia ó atrevimiento,

yo saco deste argumento
por consecuencia, que es fea.
La luz no puede encubrir
visos de púrpura y nieve,
que aun en átomo tan breve
suele brillar y lucir.
Confieso mi desvarío:
ni dudando, ni creyendo,
por otra rason pretendo;
su estado cae junto al mio,
soy amante en apariencia,
y vuestro competidor;
lo que me falta de amor,
me sobra de conveniencia.

Urbína.

Confesando esta verdad
el de Parma, nos confiesa,
sin ofender la Duquesa,
que es mucha nuestra amistad.
Y asi, pues amor honesto,
zelos, ni envidia no admite,
cada cual se solicite
su dicha, sin que por esto,
el que mas acepto fuere,
tenga emulacion alguna;
dé el amor ó la fortuna
esta dicha á quien quisiere.

Ferrara.

Sin dar envidias al sol,
sus rayos son de rubís.

Parma.

Y los dos, ¿qué me decís
del arrogante español,
que sin hacienda ni estado,
á título de pariente

del Rey Don Alonso, intenta
lo que habemos deseado?

Urbino.

Casi solo se ha venido,
y asi en nuestros galanteos,
en festines y torneos
ha de quedar deslucido.

Parma.

Pues amigos, torneemos,
y la sortija corramos,
justas y máscara hagamos,
deslucido le dejemos.

Ferrara.

El viene y quérrá tratarse
con nosotros igualmente.

Urbino.

Por ahora es conveniente
sufrir y disimularse;
pero estando en la presencia
de la hermosa Serafina,
sufrirlo no determina
mi cordura y mi paciencia;

Ferrara.

Lleve desaires iguales
á la soberbia que tiene.

Parma.

Aqui á propósito viene;
hablar por impersonales.

ESCENA V.

Dichos Don Fadrique y Ramon.

Fadrique.

Guarde Dios á vuesélencias
con salud y larga vida.

Urbino.

Guarde al señor Don Fadrique.

Parma.

¿Quién dudará, que le obligan
venir á Mantua retratos
de la hermosa Serafina?

Fadrique.

Bien puede dudarlo el Duque,
porque no tengo noticia,
que haya retrato ninguno
de beldad tan esquisita.
Y si dicen, que á Alejandro
retratarle no podia,
sino Apeles, ¿qué pincel
á los perfiles y líneas
desta deidad se atreviera,
sin temblar en la osadía
la mano al tiento arrimada,
y sin turbarse la vista
á los rayos de sus ojos,
mayormente si se imitan
en dos cosas con el arte,
agua y luz? Cosa es sabida,
que los vivos y escelentes
objetos turban y olvidan
nuestros sentidos: el sol,
cuando llega al Mediodía,
qué ojos de águilas y linces
¿hay que á sus rayos resistan?
Cuando por las siete bocas
el Nilo se precipita,
sordos deja á los que moran
en las riberas vecinas.
La nieve, que en los tifeos
está en el tálamo antigua,

el tacto humano entorpece;
la oriental especería,
y los aromas suaves,
que la Arabia fructifica,
el olfato alteran siempre
á quien por ella camina:
el nectar dulce, que labra,
chupando flores en Ibla,
la abejuela estraga el gusto.
Siendo esto asi ¿quién podia
retratar rayos de luz,
mirando nieve tan viva,
atendiendo, resistiendo
los aromas que respiran,
las razones que pronuncian
de elocuencia peregrina?
¿Quién un objeto tan alto
reducir pudo á medida,
y proporcion con el arte,
copiando luz tan divina?

Urbino.

¡O qué afectado discurso!

Parma.

Dejémosle que prosiga
con su escudero.

Ferrara.

El señor
Don Fadrique se publica
enamorado y leido.

Parma.

Bien dijimos que venia
con pretensiones á Mántua.

ESCENA VI.

Fadrique y Ramon.

Fadrique.

Discretos son, si adivinan
eso los señores duques.

Ramon.

Estos con zelosa envidia,
te han hablado descortés.

Fadrique.

Con igual descortesía
serán tratados de mí.

ESCENA VII.

Dichos y Flores de galan gracioso.

Flores.

Hallaros solos es dicha.

Fadrique.

Seas, Flores, bien venido;
¿qué tenemos?

Flores

Que la vida
he de dar en tu servicio:
salió bien la industria mia.
Fingime loco, y mandome,
que en su casa y corte asista,
y asi de sus esperanzas
tengo de ser una espía.
Advierte en breves palabras
que á Porcia manda, que finja
ser la Duquesa, porque ella
fingirse quiere su prima,
para ver si de esta suerte
á su hermosura se inclinan.

Fadrique.

¿Es hermosa?

Flores.

El mismo sol;
es la aurora, y es el dia,
es la tarde, y no es la noche,
muger es que encapricha:
esta noche hay un sarao,
y en ella Porcia fingida,
quiere examinar cuál es
el mas galan; no se vista
aquel pájaro, que dicen
que nace de sus cenizas,
mas galan que tú, señor;
ven pués, y al abril imita.
Duque de Mántua has de ser;
alerta, mira que sirvas
á la que se llama Porcia,
advierte que es Serafina,
no enamores la Duquesa.

Fadrique.

Si me industrias, si me avisas
de lo que pasa en palacio,
la Duquesa ha de ser mia.

Flores.

Será tuya la mas bella
que los campos vieron ninfa;
á mi sayo gironado,
y á mi ignorancia fingida
me vuelvo, vete con Dios,
pues de mi ingenio te fias.

ESCENA VIII.

Decoracion de Jardin.

La Duquesa.

Este jardin ameno,
de flores, plantas y de frutas lleno,
el cielo nos retrata;
ese estanque de plata,
el cielo es cristalino:
las ruedas de esa azuda, que es camino
del agua artificioso,
son móviles primeros;
las rosas son luceros
del firmamento hermoso;
las otras flores bellas,
el numeroso ejército de estrellas.
El girasol, que mira
al poniente una vez, y otra al levante,
el sol, que el cielo gira
y la luna menguante,
ó ya de su luz llena
la cándida azuzena:
estrellas, luna, sol, fuentes y flores,
todo me enseña amores,
y yo sola me hallo
sin saber que es amor, ni deseallo.
Esa yedra se enlaza,
y el tronco de los álamos abraza;
allí la flor de Clicie pena amando
y á Apolo va buscando:
trepar quiere la murta por la parra,
y amando la violeta la pizarra
besándola ha nacido;
allí canta en su nido
el ruiseñor amores,

allí rayos del sol aman las flores,
allí las fuentes quiebran
su cristal, y celebran
la jornada que hoy hacen
al mar, adonde nacen,
y á quien enamoradas
se vuelven despeñadas:
la flor de Clicie, murta, yerba y flores,
todo me enseña amores,
y yo sola me hallo
sin saber que es amor, ni deseallo.

ESCENA IX.

La Duquesa y Porcia.

Porcia.

¿Sola vuestra Alteza?

Duquesa.

Sí,
aunque no estoy sola, digo,
las veces que estoy conmigo.

Porcia.

Un sábio lo dijo así.
Ya están los competidores
avisados, y vendrán.

Duquesa.

Di, Porcia, ¿qué fingirán,
que vienen muertos de amores?

Porcia.

¿Dónde ha de ser el festin?

Duquesa.

Pareceme que es mejor
en aquese cenador,
palació de este jardin.

ESCENA X.

Dichos y Flores de loco.

Flores.

Alerta, madama mia,
que hay marranos en campaña.

Duquesa.

Todo es temas con España:
mira, Roque, yo querria
que me digas la ocasion
de quererlos mal.

Flores.

Dirélo:
Yo anduve con una muela,
cantarillo y carreton;
amolar cuchí, decia,
y con esto heché sin cuenta
á perder cuanta herramienta
en la pobre España habia.
De un lugar á otro pasaba,
y un español encontré,
gallego pienso que fué,
pues descalzo caminaba.
Con un rio nos topamos,
y él, que sin botas venia,
dijo que me pasaria,
como en la venta bevamos
á mi costa; yo acepté,
y estando en medio del rio,
me dijo el caballo mio:
Monsiur; respondíle: ¿qué?
Replicome; di, ¿cuál es,
sin mentir, ni estar medroso,
¿cuál es Rey mas poderoso,

el español ó el francés?
Yo respondí con temor,
tu Rey tiene mas poder,
y dejándome caer
me dijo: ¿A tu Rey traidor?
Escapeme medio ahogado,
y cuantos así me vian,
me tiraban y decian;
gabacho, pollo mojado.

Duquesa.

Ya no me espanto que tengan
enojado á Roque así?
Porcia, traigan luz aquí.

Porcia.

¿Vendrán los músicos?

Duquesa.

Vengan.

ESCENA XI.

Flores.

Heme aquí loco en juicio,
muy falso y muy socarron
como muchos que lo son
por holgar y andar al vicio.
En las cortes y palacios
usan muchos de esta treta,
uno haciéndose poeta,
y borrando cartapacios;
sino de Apolo, de Baco,
hace versos de horizontes,
écos, relaciones, montes,
y no es loco, que es bellaco.
Otro insulso majadero,
cargado de hábitos hay,

tan sin donaire, que traí
en la boca al mismo enero.
Otro, que anda todo el dia
lleno de ocio y de pereza,
la capilla en la cabeza,
con circunstancias de espía.
Otro, locuras fingia,
y á sus bodas convidaba,
diciendo que se casaba
con cierta señora; un dia
con docientos le amagaron,
y á su seso se volvió;
mas la música salió
y los tres Duques llegaron.

ESCENA XII.

Flores y Urbino.

Urbino.

Bello jardin: tu belleza,
aunque irracional y muda,
remedando está sin duda
la hermosura de su Alteza;
que al pintar naturaleza
sus divinos resplandores,
la tabla de los colores
y pinceles arrojó,
y con esto derramó
nieve y jazmin sobre flores.

ESCENA XIII.

Dichos y Ferrara.

Ferrara.

Cristal, que un mármol pequeño

está siempre retratando,
bien sé que estás envidiando
la hermosura de tu dueño;
porque el alba, con el ceño
de ver su rostro escedido,
y que Serafina ha sido
mas hermosa; ella lo siente,
y asi forman esta fuente
las lágrimas que ha vertido.

ESCENA XIV.

Dichos y Parma.

Parma.

Murtas, que en Chipre habeis sido
de Venus verde guirnalda,
remedando á la esmeralda,
que su color no ha perdido;
si la madre de Cupido
hallasteis allá envidiosa,
aquí estareis mas hermosa,
pues hallareis mas divina
la planta de Serafina,
que el cabello de la Diosa.

ESCENA XV.

Dichos y Fadrique.

Fadrique.

Murtas, rosas y cristales,
en quien ese jardin llueve
copos y aromas de nieve,
si sois rasgos y señales
de los rayos celestiales.
de vuestro dueño, hermosas

son las sombras tenebrosas,
¿qué será la luz divina?
Sombra sois de Serafina,
cristales, murtas y rosas.

Flores.

Majaderos cortesanos
los cuatro me pareceis,
pues todos cuatro quereis
ser duquesos mantuanos,
y á uno solo dirán sí:
par diez, si Duquesa fuera,
bien sé yo quien escogiera.

Urbino.

¿A quién loco?

Flores.

Cuerdo, á mí.

ESCENA XVI.

Dichos, Porcia y la Duquesa (1).

Música.

Al festin de la hermosa Duquesa
de Mantua gentil,
los galanes vienen á priesa:
cada cual servirla profesa
galan como abril.

Flores.

Escoged, señora Duca,
linda como almoradux,
Duco, que pueda ser Dux
de Valencia, y aun de Luca.
Y si acaso le quereis

(1) *Sientase Porcia en una silla y los dos Duques en un banco, y cantan.*

hombre robusto, voz gruesa,
escoged aquel, Duquesa,
que publica le quereis,
á este el sí se ha de decir;
pero si quereis enano
al Duquino Mantuano,
aqueste habeis de elegir.
Con el español no hablo,
que aunque es galan como el sol,
es en efecto español,
y me parece al diablo.
Urbino, Parma, Ferrara,
esta la Duquesa es,
merece un Delfin Francés,
grande estado, linda cara.
Esta es Porcia, y no dichosa;
pobre, mas dama perfeta,
que sin ser fea es discreta,
(y) sin ser necia es hermosa.
Y advertid, amantes nuevos,
que esta, ni dueña ni dama,
yo no sé como se llama,
sé que se sorbe cien huevos,
como quien hace una trova;
y esta que se llama Elisa,
tiene una cara de risa,
ni sé si de alegre ó boba.
Yo soy loco destas Donias,
y este que empieza á barbar
es maestro de danzar,
y tambien de ceremonias.
Y para decirlo en suma,
estos mentecatos son
ruiseñores de cancion,
con barbas en vez de pluma;

Agora, Roque, sentaos,
porque el festin ha de ser.

Porcia.

Diga lo que se ha de hacer
el maestro de saraos.

Fadrique.

La falsa Porcia promete *ap.*
con su hermosura rigores:
advertido anduvo Flores.

Maestro.

Traiga un page un ramillete.

Porcia.

Dad, maestro, aquestas flores.

Maestro.

A quien yo las llegue á dar,
una dama ha de danzar;
pero la dama, señores,
danza una vez.

Urbino.

Siendo así,
las flores habeis de dar.

Ferrara.

El festin he de empezar.

Fadrique.

Dadme el ramillete á mí.

Maestro.

A una cuestion les provoco,
y no me atrevo, señora;
dad vos las flores agora.

Porcia.

Dé el ramillete este loco
á quien le quisiere dar;
cesará la competencia,
y tengan los tres paciencia.

Urbino.

Volvámonos á sentar.

Flores.

A mí las flores me dan,
y loco en darlas seré:
¿á quién, á quién las daré?
doiselas al mas galan. (*Dáselas á Fadrique*).

Duquesa.

¿Cómo, dí, si español es,
el ramillete le diste?

Flores.

¿Luego no entendeis el chiste?
porque le peguen los tres.

Fadrique.

No atribuya vuestra Alteza,
lo que hiciere á grosería:
yo confieso que venia
adorando esa belleza;
pero amor, naturaleza
segunda, mi inclinacion
forzó con tanta pasion,
despues que otra dama ví,
que estando fuera de mí,
no supe hacer la eleccion.
Amor, deidad poderosa,
en mí su fuerza mostró;
una cosa pensé yo,
y el amor hizo otra cosa.
Ir suele á coger la rosa
un galan en el jardin,
y encontrándose el jazmin,
sus cándidas flores coge,
sin que la rosa se enoje,
pues se queda rosa en fin.
Adorando las estrellas,

Muchos hay que al sol negaron,
las estrellas envidiaron
entre tantas luces bellas:
sois el sol, alba son ellas,
y alba la que mi alma adora;
perdonadme, gran señora,
si se atreve un español
á negar flores al sol,
por dárselas al aurora.
Porcia tome el verde ramo,
haciéndole celestial,
y recíbalo en señal
de que su amante me llamo;
del alma la riqueza amo,
las del mundo son estremos,
que españoles no queremos,
si la inclinacion bajé,
danzar el alta no sé:
Porcia, la baja dancemos.

Música.

Al festin de la hermosa Duquesa, (1)
de Mantua gentil,
los galanes vienen apriesa,
cada cual servirla profesa,
galan como abril

Duquesa.

Su Alteza es dueño y juez,
dé ella el ramillete, diga,
que el festin otro prosiga.

Porcia.

Delas Roquillo otra vez.

Flores.

Duquesa, esos son errores

(1) *Danzan los dos, y cantan los Músicos.*

mayores, que mi locura:
¿soy yo mayo por ventura,
para andarme dando flores?
A ninguno mas se den,
ya no es fiesta, pues empieza
otra dama, y no su Alteza.

Urbino.

Este loco ha dicho bien,
porque su Alteza debia
ser suplicada primero.

Porcia.

Basta, ningun caballero
salga á la defensa mia,
que me enojaré; y agora
cese el festin.

Fadrique.

Del error
de mi no pasado amor
ya os pedí perdon, señora.

ESCENA XVII.

(1) *La Duquesa y Flores.*

Flores.

Señora Porcia, escuchad:
al español que está fuera
una borla hacer quisiera;
no os vais tan presto, esperad.

Duquesa.

¿Aun el enojo te dura?

Flores.

Cé, español, cé, que te llama
aqui fuera cierta dama,
con mas dicha que hermosura.
Ven, español, me dirás
unos requiebros aqui:

¡ay, que viene tras de mí!
yo me escondo aqui detrás.

ESCENA XVIII.

La Duquesa, Fadrique y Flores, que se esconde detrás de la Duquesa.

Fadrique.

¿Quién me llamó? ya he notado
que voz de un ángel ha sido:
¡ó quién fuera el escogido!
Porcia, como fuí llamado,
con gusto vengo, y forzado;
que si el fuego artificial
va en forma piramidal
á su elemento, así yo
busco la voz que llamó,
como á centro natural.

Duquesa.

Yo no fuí.

Fadrique.

Si muero yo
á ese no, en rigor estraño,
máteme tu dulce engaño,
no me desengañes, no:
quien cosa alegre gozó
en el sueño (pasion fuerte)
que es ensayo de la muerte,
disgusto suele tener,
con ser soñado el placer
de que alguno le despierte.
Un enfermo deliraba,
y grande Rey se fingía,
imperios y monarquía
en su locura gozaba:
sanó, y alegre no andaba,

diciendo: gracias no doy
á quien me dá salud hoy,
pues era Rey soberano
enfermo, y estando sano
un hombre ordinario soy.
Soñé que me habias llamado;
y en mi altiva fantasía
pudo causarme alegria
este bien, aunque soñado:
deliré, sol me he juzgado
que llamó á la hermosa aurora;
si este sueño mi alma adora,
y esta locura que veis,
señora, no me saneis,
no me desperteis, señora.

Duquesa.

Este loco os ha llamado:
vete de ahí.

ESCENA XIX.

La Duquesa y Fadrique.

Fadrique.

Loco fuera
quien á la voz no viniera
de un loco, que me ha tornado
cuerdo á mí, pues digo osado
que hallé en este jardin verde
quien mis delirios acuerde,
si los otros locos son,
porque solo está en razon
quien por vos el seso pierde.

Duquesa.

Amante de Serafina
habeis venido, señor;
no es de buen gusto el amor,

que á otra hermosura os inclina.
¿Quién deja la clavelina
por el pálido alelí?
¿Quién menosprecia el rubí
por la morada amatista?
sea vuestro amor con vista,
no esté vendado por mí.
Vos pobre, yo sin estado,
seremos sin duda alguna
delirios de la fortuna,
risa y fábula del hado:
festejad enamorado
la belleza singular
de Serafina; mudar
objeto, no es de prudente:
¿quién se admira de una fuente,
viendo el peligro del mar?

Errata, debe ser piélago

Fadrique.

No os lo niega mi osadía,
ni mi locura lo crea,
amor pompas no desea:
si soy vuestro, y mia vos,
ricos fueramos los dos,
yo de amor, vos de hermosura,
vos de luz, yo de ventura:
hazlo amor, pues eres Dios.
Si fuente os habeis llamado,
permitid que sin aviso
me mire como Narciso
en vos, de mí enamorado;
que estando en vos transformado,
ya no soy yo, sino vos,
y estuvieramos los dos,
yo Narciso, si vos fuente,
viendonos eternamente;

hazlo amor, pues eres Dios.

Duquesa.

Daros licencia no quiero.

Fadrique.

¿Palabras tan rigurosas?

Duquesa.

Si, que me faltan dos cosas,
que he de examinar primero.

Fadrique.

Siendo así, la vida espero.

Duquesa.

Son dificiles las dos.

Fadrique.

¿Y vencidas, querreis vos?

Duquesa.

¿Qué he de querer?

Fadrique.

¿Qué? querer.

Duquesa.

¿Podrá ser?

Fadrique.

Si puede ser;
hazlo, amor, pues eres Dios.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de Palacio.

Porcia y la Duquesa.

Porcia.
¿Amas, señora?

Duquesa.
Esa fué
inutil curiosidad;
dueño de mi voluntad
eternamente seré.

Porcia.
Si el español se te inclina,
y viste que es mas galan,
tus afectos estarán
movidos.

Duquesa.
Hoy, Serafina,
cuatro cosas, es verdad,
quise examinar y ver,
y agora para querer
tengo andado la mitad.
Mas soy tan dueña de mí,
que he de vencerme, y no amar,
del amor he de triunfar;
no quiero amor.

Porcia.
Siendo asi,
dame para amar licencia.

Duquesa.

Amor sin licencia viene.

Porcia.

Tu respeto me detiene.

Duquesa.

Ama, pero con prudencia,
no deslustres mi figura,
pues Serafina me llamo;
ya que saben que no amo,
no sepan que ama mi hechura.
¿Pero á quién te has inclinado?

Porcia.

A Don Fadrique, señora,
que me desprecia, y te adora,
y eso mismo me ha obligado.

Duquesa.

¡Qué mugeril condicion!
Mira, Porcia, yo quisiera
que tu voluntad tuviera
ese amor ó inclinacion
á uno de esos Duques, pues
todos te muestran amores,
siendo tan ricos señores.
Don Fadrique es pobre; aunque es
de ilustre genealogia

Porcia.

No importa, obligada estoy,
si ama á Porcia, y Porcia soy.

Duquesa.

¡Estraña sofistería!
¿ama el nombre, ó la persona?

Porcia

Pareceme que te pesa.

Duquesa.

Porcia, gran malicia es esa;

pero en efecto me abona
permitirte que ames; ama,
mira, inquiere y favorece,
con la atencion que merece
la obligacion de una dama.

Porcia.

Esto consigo lo trae
mi decoro y advertencia,
pues amo con tu licencia.
Ola.

ESCENA II.

Dichos y Flores.

Flores.

Señora.

Porcia.

¿Quién hay
en la antecámara?

Flores.

Está
un hombre, que no quisiera
verle jamas allá fuera.

Duquesa.

Su loca tema será.

Flores.

Pues Porcia de mi enfadada,
Porcia males me desea:
¡Plegue á Dios que yo te vea
con el español casada!
que es la mayor maldicion.

Duquesa.

¿Está Don Fadrique ahí?

Flores.

¿Fadrí, quien?

Duquesa.

Fadrique.

Flores.

Sí,

porque es-pera de Aragon.

Porcia.

¿Qué? dile que entre.

Flores.

Alfeñique,

entrad buen hombre, que yo
no sé vuestro nombre, no;
solo sé que acaba en ique.

ESCENA III.

La Duquesa, Porcia y Fadrique.

Fadrique.

Si me manda vuestra Alteza
en que le sirva, seré
tan dichoso, que tendré
por imperio, por grandeza,
por noble timbre y blason
de mis armas, de servilla
con este, y esta cuchilla,
rayo que fue de Aragon.

Porcia.

Embarazada me veo; *ap.*
¿cómo diré mi cuidado?

Duquesa.

Parece que me ha pesado: *ap.*
eso no; grave trofeo
yo misma he de ser de mí:
corazon, no sintais pena,
ame Porcia norabuena,
vámonos alma, de aqui.

ESCENA IV.

Porcia y Fadrique.

Fadrique.

¡Ay, que se va la Duquesa! *ap.*
¿si el verme la da pesar?
mas pues me volvió á mirar,
sin duda que no le pesa.

Porcia.

O este fausto, ó la grandeza, *ap.*
que fingida represento,
no le dan atrevimiento,
ó no ve en mí la belleza
de Serafina cruel,
si ha sido mi inclinacion;
mas dígale mi pasion
al descuido este papel.

Fadrique.

Ya que no me habeis honrado,
mandándome, mi señora;
licencia me dad agora
para volver desdichado.

Porcia.

Pienso que no me ha entendido, *ap.*
ó que el papel no miró.
Ese papel se cayó.

Fadrique.

A mí no se me ha caido.

Porcia.

Levantadle.

Fadrique.

No es fineza,
y desacato se llama:
¿señoras, hay una dama
que dé un papel á su Alteza?

ESCENA V.

Dichos y la Duquesa.

Duquesa.

Sí daré; yo estoy aqui.

Porcia

Poco tu cuidado tarda.

Duquesa.

Señora, si estoy de guarda,
fuerza es que me toque á mí.

Porcia.

¿Señora; si estás queriendo,
para qué me permitiste
amar?

Duquesa.

¿Yo querer? ¿yo amar?
te engañas, vuélvome á entrar;
mentiste, Porcia, mentiste.

ESCENA VI.

Porcia y Fadrique.

Fadrique.

¿Qué serán estas salidas *ap.*
de Serafina? sospecho,
que proceden de su pecho.

Porcia.

¿Cómo os va én Mántua?

Fadrique

Señora,
¿cómo me puede ir á mí
en una tierra, en quien ví
dos cielos juntos agora,
aunque el uno se encubrió,
agora de mi presencia.

Porcia.

No os doy para eso licencia
hablando conmigo.

Fadrique.

Yo
pienso que sentis enojos
de aquel mi pasado error.

Porcia.

Si en los lábios hay rigor,
piedades hay en los ojos.

ESCENA VII.

Dichos y la Duquesa.

Duquesa.

Allá dentro no sosiego; *ap.*
sin saber de qué me aflijo;
pienso que por mí se dijo,
gustoso desasosiego.

Fadrique.

Ya podré decir, señora,
que el cielo sin nubes ví,
y al sol, fenix de rubí,
entre perlas del aurora.

Porcia.

Ya pienso que me ha entendído, *ap.*
y me quiere (¡ay infelice!)
por Serafina lo dice,
no pensé que habia salido:
¿qué quereis, Porcia?

Duquesa.

Pretendo;
y bien, que sola no estés.

Porcia.

Necio advertimiento es,

pero ya tu intento entiendo.

Duquesa.

Ven á escribir.

Porcia.

Luego iré.

Duquesa.

Si la llamo, y la porfio, *ap.*
se sabe el engaño mio:
¿qué he de hacer? la sufriré.
¿Para qué estás porfiando,
si ves que ya no te quiere?

Porcia.

Yo sé que por mí se muere,
aunque tú lo estés negando.

Duquesa.

El papel no alzó.

Porcia.

Fue nécio,
ó no le vió.

Duquesa.

Fue desprecio,
ó sino míralo agora (1).

Fadrique.

O con cuidado ó acaso, *ap.*
cayó un guante de mi cielo,
por dar estrellas al suelo,
yéndose el sol á su ocaso;
alzarlo quiero atrevido.
Este guante se os cayó.

Duquesa.

¿Quereis que le tome yo?
vos mismo habeis advertido,
que no es decente primor

(1) *Deja caer un guante.*

llegar á prendas de dama.

Fadrique.

Ella se ha enojado, ó ama. *ap.*

Duquesa.

Favor es, y no es favor.

ESCENA VIII.

Fadrique.

Corazon, buenos quedamos,
sin saber si es mal ó bien,
si fue favor ó desden,
ea, ingenio, discurramos.
Ella no ha querido el guante,
porque á mi mano llegó:
¿luego á mí me despreció?
¿luego en vano soy su amante?
Ella guante no ha querido
por dejarme á mí con él:
¿luego no ha sido cruel?
¿luego estoy favorecido?
Ambos argumentos son,
que estan en balanza igual,
no espero el bien, dudo el mal:
¡ó bárbara confusion!
¿No dijera airada y fiera,
que allí el guante no queria,
si á mí me favorecia?
no dijera, sí dijera.
¿No dejára, antes tomára
el guante ofendida allí,
si me despreciára á mí?
no dejára, sí dejára.
La duda se queda en pie,
confuso está mi alvedrío,
ya temo, ya desconfio:

¿Muger, ó monstruo, qué haré?
Aquel emblema eminente
del Fauno, que convidó
al hombre, y manjar le dió,
uno helado, otro caliente,
viene á propósito: estaba
el Fauno considerando,
qùe el manjar que estaba helando;
con soplos lo calentaba
el hombre; y tambien notó,
aunque bárbaro imprudente,
que el manjar que era caliente
con sus soplos enfrió.
Vete, le dijo, al momento,
que no quiero compañía
con quien calienta y enfria
con solo su mismo aliento.
Lo mismo diré, aunque amante,
vete, muger singular,
porque no quiero adorar
á quien da en un mismo guante
calor de bien celestial,
yelos de mortal desden,
guante que parece bien,
guante que parece mál.

ESCENA IX.

Fadrique y Flores.

Flores.
¿Qué tenemos? ¿Hay mohina?
Fadrique.
¡Qué esfinges los hombres amen!
Flores.
Esta noche hay otro examen

saber quiere Serafina
quién es mas cuerdo y discreto;
en aqueste cenador
hay conclusiones de amor:
ven prevenido en efeto,
y que sepas mas que el diablo;
no hables á tiento, ni á bulto,
no hables afectado y culto,
no me juegues de bocablo,
no hables apriesa ni espacio,
dí valimiento, desaire,
de buen gusto, de buen aire,
que es lenguage de palacio.
Dí antonomasia, bien suena,
dí crepúsculos del dia,
habla con antipatía,
dí perifrasis: ¡qué buena!
Dí versos claros y graves,
aunque no importa saber
sino embustes, para hacer
que entiendan todos que sabes;
vete, señor, á estudiar.

Fadrique.

Flores, no hay arte en efeto,
para parecer discreto,
sino es el serlo ó callar.

Flores.

Mucho hablar de locos es,
y de bobos callar mucho:
vete, pues, que un avechucho
ha salido de los tres.

Fadrique.

Flores, mira, bueno fuera
que leyera este papel. *Vase.*

Flores.

Yo haré que responda á él,
aunque responder no quiera.

ESCENA X.

Flores y Urbino.

Flores.

Bien vengas, Duque de Urbino,
vuestro nombre es muy felice,
porque quien Urbino dice,
por fuerza pronuncia vino.

Urbino.

Si tórtola en verde ramo
arrulla, y cada gemido
alma irracional ha sido,
que está diciendo yo amo;
si, á la música, y reclamo,
que de su consorte alcanza,
rayo de pluma se lanza,
ama, y espera favor;
teniendo yo mas amor,
tengo menos esperanza.
Si la leona mas fiera
en los ásperos desiertos,
pare sus hijuelos muertos,
y darles la vida espera
bramando, de la manera
que su bruto amor alcanza;
si espera tener mudanza
en sus ansias y dolor,
teniendo yo mas amor,
tengo menos esperanza.

Flores.

¿Qué estais glosando entre vos?

Urbino.

Roque, valerme podeis.

Flores.

¿Cómo de un loco os valeis?

Urbino.

Como lo somos los dos;
cuerdo serás si me traes
deste papel la respuesta,
y otra tendrás como aquesta.

Flores.

Nada de contado dais;
como pagais el traer,
pagad tambien el llevar,
porque son simple el fiar,
y embustero el prometer.

Urbino.

Bien has dicho, Roque, toma,
haz que lea este papel (1).

Flores.

Para que responda á él.
Idos luego (2), porque asoma
otro moro en la estacada;
cadena al cuello me puso,
mi locura será el uso,
si es locura aprovechada.

ESCENA XI.

Flores y Ferrara.

Ferrara.

El tiempo todo lo cria,
todo el tiempo lo deshace,

---

(1) *Dale una cadena.*
(2) *Vase Urbino.*

el sol hermoso renace;
y despues fenece el dia.
Rayos Júpiter envia;
el semblante negro y fiero
del aire pasa ligero;
sale el iris de color,
y solamente en mi amor
ni hay mudanza, ni la espero.

Flores

¿Qué hay, Duqueso de Ferrara?

Ferrara.

Si este loco un papel diera
á la Duquesa, ya fuera
quien mi temor consolára.
¿Sabrás hacer que este lea
la Duquesa?

Flores.

Sí sabré;
pero no se le daré.

Ferrara.

Si le das, habrá presea;
y aun otros premios mayores,
si respuesta, Roque, traes.

Flores.

Mirad, hay oficios tres
en España de señores,
y á mi se me han olvidado
referirlos al instante.

Ferrara.

Pienso que son Almirante,
Condestable, Adelantado,
estos tres pienso que sí.

Flores.

Agrádame este postrero,
con ese oficio le quiero,

Ferrara.

Un diamante y un rubí,
que son de Ceilan, dirán
mi amor, y mi estimacion.

Flores.

¡No son vuestros!

Ferrara.

Mios son;

Flores.

Dice que son de Ceilan:
yo tendré cuidado: á Dios.

Ferrara.

Mira, Roque, que le lea.

Flores.

Parma viene, no nos vea
hablar á solas los dos.

ESCENA XII.

Flores y Parma.

Parma.

Tal vez fácil instrumento,
que nunca se imaginó,
dificultades venció,
pudo mas que el agua y viento;
en el húmedo elemento
la nave mas impelida,
de un pequeño pez asida,
suspensa en su cuerpo está;
quizá este necio será
instrumento de mi vida.
¿Roque, sabrás (no lo dudo)
decirle bienes de mí
á la Duquesa?

Flores.

Yo, sí,

que en efecto no soy mudo.

Parma.

Míra que me has de alabar

á mí mas en su presencia.

Flores.

¿Pues no tienes mas prudencia?

¿de un loco te has de fiar?

haz cuenta que ya lo digo,

pero solo no diré

que eres liberal

Parma.

¿Por qué?

Flores.

Porque no lo eres conmigo.

Parma.

Diamantes hay.

Flores.

No los quiero,

porque las piedras perecen,

si los hombres amanecen

cuerdos una vez. Dinero

es el punto, y es el centro

donde va todo á parar.

Parma.

Esta bolsa has de tomar (1).

Flores.

¿Qué caballos corren dentro,

rucios, bayos ó castaños?

Parma.

La diferéncia no ignoro,

bayos son, pues que son oro.

---

(1) *Dale una bolsa.*

Flores.

Guárdete el cielo mil años,
y á la Duquesa tambien;
porque si tu amor la agarra,
habrá una Duquesa Sarra,
y un Duque Matusalen.

ESCENA XIII.

Parma, Urbino y Ferrara.

Urbino.

Como á centro natural
á este palacio venimos.

Parma.

De esa suerte bien vereis,
que estoy en el centro mio.

Ferrara.

Don Fadrique no le pierde.

Parma.

Cortés fue, pues no ha querido
competencias con nosotros.

Urbino

Blasonando á Mántua vino,
que adoraba la Duquesa;
mas sucedióle lo mismo
que silvestre mariposa,
á una rosa pone sitio,
cercándola al rededor,
para beberle el rocío
del alba, menudo aljófar
en aquel carmesí vivo;
y luego viene á sentarse
en la malva y el espino,
ó en otra yerba mas vil.

Ferrara.

Si es arrogante, y no rico,
ame á Porcia, que es tan pobre,
ú de vano perdió el juicio,
y enamore una criada.

Parma.

Para verle deslucido,
pues que caballo no tiene,
corramos mañana, amigos,
una sortija.

Ferrara.

Ya viene;
corramosla, bien has dicho.

ESCENA XIV.

Dichos y Fadrique.

Fadrique.

Señores Duques, si un tiempo
competidores nos vimos,
ya les dejo el campo solo:
de la pretension desisto
de la Duquesa.

Urbino.

Bien hace,
porque este es mejor camino
para no quedar burlado
de su esperanza.

Ferrara.

Y bien hizo,
que aunque es Porcia una criada,
que habrá de estar en servicio
de uno de nosotros, tiene
buena cara, hermoso brio.

Fadrique.

La Porcia que adoro yo,
y la dama que yo sirvo,
los dos imperios del orbe,
por quienes ha merecido,
ni en discrecion, ni en belleza,
ni en la sangre, ni el aviso
la iguala dama ninguna:
y con los tres no compito,
porque son mis pensamientos
los orbes, los epiciclos
por donde van los planetas
siguiendo el cabello rizo
del sol.

Urbino.

Por muchos respetos,
á la Duquesa debidos,
esto no ha de reducirse
á duelo ni desafio:
mantened vos una justa
en ese célebre circo,
sustentando esa opinion.

Fadrique.

Si mantendré.

Ferrara.

Pues, Urbino,
vamos, que para mañana,
esta fiesta real publico.

ESCENA XV.

Fadrique.

La cólera me ha cegado,
no sé lo que he prometido,
que como estoy en desgracia

del Rey Alonso, mi tio;
ni caballo ni dineros
tengo ahora: ¡Ah desvarios
de la fortuna cruel!
¡qué los montes y el abismo
de las aguas encerradas
tengan tesoros tan ricos;
y el hombre viva anhelando
con hidrópicos designios,
sedientos de sus entrañas!
¡y que el humano artificio
de los cóncavos del mar,
de las bóvedas y riscos,
de los montes, sus tesoros
saque á la luz de los siglos;
y que luego la fortuna
los reparta á su alvedrío,
siendo loca y miserable,
con los varones mas ricos!

ESCENA XVI.

Fadrique y Flores.

Flores.

Aun no he dado tu papel;
tristeza en tu aspecto miro:
¿qué tienes, dí?

Fadrique.

Que una justa
en este célebre circo
he de mantener, siendo,
por lo que tú sabes, Iro,
el pobre mas celebrado
de los poétas antiguos.

Flores.
¿Tú siendo mi dueño? no.
¿Tú pobre, mientras yo vivo?
Te has engañado, señor;
esta cadena, un bolsillo,
y dos sortijas te entrego,
de valor tan escesivo,
que puedes comprar libreas
y caballos: estos mismos
que te motejan de pobre,
esto te han contribuido,
porque compitas con ellos;
gasta bien, y sal lucido,
que mas han de dar si puedo.

Fadrique.
Eres, Flores, un prodigio
de lealtad, eres las flores
sobre quien llueve el rocio
la aurora, brindando aljofar,
porque en los prados floridos
beba en búcaros de rosas
las lágrimas que ha vertido.

Flores.
Soy español, y esto basta;
porque con lealtad te sirvo,
tanta, que con ser criado,
no soy, señor, tu enemigo.

ESCENA XVII.

Porcia y la Duquesa.

Porcia.
Pues sola te puedo hablar,
mil quejas pretendo darte.

Duquesa.

Dilas que quiero escucharte;

Porcia.

¿ Habrá quien pueda parar
un caballo en la carrera ?
¿ águila que vá ligera ?
¿ ó delfin que corta el mar ?
¿ Pues dí, cómo será bueno,
que tú detener pretendas
caballo que vá sin riendas
y que no sabe de freno?
¿ Ni al águila mas suprema
que volando caudalosa,
hecha del sol mariposa,
las alas en él se quema?
¿ Ni al delfin, ave sin plumas,
que en los piélagos del norte,
no habrá rayo que así corte
montes de nieve y espumas?
Si es amor águila, en fin,
que alas tiene, y es velóz;
si es un caballo feróz,
si es un ligero delfin,
que nada en llanto y en fuego;
¿ porqué amar me permitiste,
y en el centro me pusiste
para detenerme luego ?

Duquesa.

Escucha, Porcia. ¿qué rio,
en sus principios no es fuente,
que se pasa facilmente ?
¿ Qué árbol, pompa del estío,
y magestad singular,
que en la campaña se ve,
en sus principios no fué

vara fácil de arrancar?
Amor, como planta crece,
árbol copioso y sombrio,
amor crecé como rio,
abismo del mar parece.
Pero en su principio honesto
es fuente breve y escasa,
que facilmente se pasa,
vara que se arranca presto.
Impedir quise tu mal,
vitorias de amor enseño,
cuando es un arbol pequeño,
cuando es un breve cristal.

ESCENA XVIII.

Flores con tres papeles.

Flores.

Señoras muy principales,
Roque el secretario viene,
y aqui las consultàs tiene,
despachemos memoriales.
Solos estamos los tres,
despachémos; estos dos
son, Duquesa, para vos,
y este para Porcia es.

Porcia.

¿Papeles me traes á mí?

Flores.

Dejad, Duquesa quereros
de esos Duques majaderos.

Porcia.

Responderélos asi:
Porcia, rompe ese papel.

Duquesa.

¿Sin verle, no es tiranía?

Porcia.

Rómpele por vida mia (1).

Duquesa.

¿No he de responder á él?

Lee. *Amo sin ser entendido,*
gimo sin ser escuchado,
lloro sin ser consolado,
muero sin ser socorido,

Flores.

¡Qué lastimado que ama!

Duquesa.

¿Quién le escribió?

Flores.

Esa basura,
ese que es el mas galan,
que no sé cómo se llama.

Duquesa.

Bien cantada ha de sonar
la letra.

Porcia.

¿Respondes?

Duquesa.

No;
dos versos añado yo
para poderlos cantar. *Escribe.*

Flores.

Ola, Músicos, ¿no veis
que entran los Duques, y es hora?

(1) *Rómpele los dos papeles.*

ESCENA XIX.

Dichos. Ferrara, Parma, Urbino, Fadrique y Músicos, y siéntanse.

Duquesa.

La Duquesa, mi señora,
manda, que esto le canteis.

Flores.

Sin cuatro amantes tan fieles
no podemos tener fiesta;
á mis Duques la respuesta
darán aquestos papeles,
y á ti, español, la darán
los Músicos.

Porcia.

Deseosas
de saber algunas cosas
todas mis damas estan.

Urbino.

Discurramos bien ó mal;
proponed.

Porcia.

Si una muger
sola hubiese de tener
una cosa buena; ¿cuál
mas conveniente sería?

Urbino.

Si le da naturaleza
ilustre sangre y nobleza,
la parte mayor tendria;
que lo noble y generoso
da estimacion y ventura,
aunque no tenga hermosura,
y aunque le falte lo hermoso.

Ferrara.

¿Qué imperio, qué nacion fiera
la hermosura no ha vencido?
si hermosa hubiera nacido,
reinos é imperios tuviera:
todo lo sabe vencer
una belleza preciosa;
sin ser noble, siendo hermosa,
feliz fuera esa muger.

Fadrique.

El hombre no tiene puesto
en la honestidad su honor,
pues puede ser gran señor,
gran varon, sin ser honesto;
porque tiene que apelar
á virtud y bizarría,
discrecion y valentía,
ú otra virtud singular.
Siempre el hombre será honrado;
si afrenta no ha recibido,
la muger así no ha sido,
que solo tiene librado
su honor en honestidad;
de suerte, que si á una dama
le faltase buena fama,
¿qué le importa la beldad,
ni el ser en todo perfeta,
ni la humana discrecion?
Con tener buena opinion,
es noble, hermosa y discreta.

Flores.

Vitor, vitor le dijera,
par diez, si español no fuera;
él es galan y discreto:
cantad,

Música.

Amo sin ser entendido,
gimo sin ser escuchado,
lloro sin ser consolado,
muero sin ser conocido;
ame, gima, llore y muera
quien vida y favor espera.

Duquesa

¿Cuál amante, eligirá
una muger, si es prudente,
el mas galan, ó valiente,
ó discreto?

Urbino.

Claro está,
que al valiente elegiria,
que la estimacion segura
da á la muger la hermosura,
y al hombre la valentía.
La delicada belleza
hace á la muger, muger;
y al hombre, hace hombre el tener
espíritu y fortaleza.

Ferrara.

Galan, amante y felice
se confunden; no se llama
el valiente de la dama,
sino que el galan se dice,
por ser virtud de mas peso;
y asi en los festines dan
el premio de mas galan
las mismas damas por eso.

Parma.

Si galas, estimacion
con el Dios de amor tuvieran,
sus alas del fenix fueran;

y sus plumas del pavon.
Desnudo amor, y con alas
solo en sus flechas se fia;
¿luego quiere valentía?
¿luego amor no quiere galas?

Ferrara.

Alas de colores tiene.

Urbino.

Por las flechas es temido,
que las alas son su olvido.

Flores.

¿Luego lo errará el que viene?

Fadrique.

La discrecion es union
de todas virtudes, que es
cuerdo, prudente y cortés
el que tiene discrecion.
Si en él virtud de prudente
y de cortesano estan,
sabrá á tiempo ser galan,
sabrá á tiempo ser valiente.
Si es valentia en efeto
guardar la vida y honor,
¿quién ha de saber mejor
ser valiente, que el discreto?
Principalmente, señora,
que la gala pertenece
á la edad, y esta florece
como en el tiempo la hora.
A la fuerte juventud
es dada la valentía
y en la vejez se resfria
esta gallarda virtud.
El hombre jóven se engaña
si en verdes años se fia

¡O qué bien que lo decia
un gran poeta de España
en un soneto, que advierte
que pasa la vida asi,
como rosa y alelí!

Duquesa.

¿Cómo dice?

Fadrique.

De esta suerte:

Flores, que fueron pompa y alegría,
despertando al alvor de la mañana,
á la tarde serán lástima vana,
muriendo á manos de la noche fria.
Aquel carmin, que al cielo desafia,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana;
tanto comprende el término de un dia.
A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron,
cuna y sepulcro en un boton hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron,
en un dia nacieron y espiraron;
que pasados los siglos horas fueron.

Flores.

Aunque soy loco en palacio,
cuerdo otras veces he sido,
y asi una cosa he leido
en las obras del Bocacio,
que quiero esperimentar.
Duquesa, una flor me da
del cabello.

Porcia.

¿Para qué?

Flores.

A Urbino se la he de dar;

tomad (1): ¿Quién tiene una banda?

Parma.

No la traigo.

Ferrara.

Fue mi olvido.

Flores.

Al español se la pido;
haced lo que Roque manda.

Fadrique.

Tómala pues. (2).

Flores.

Tomad vos,
Doña Porcia, mi señora,
sin escrúpulos, y agora
disputen cual de los dos
es el mas favorecido.

Ferrara.

Ninguno, pues son favores
dados de locos errores.

Urbino.

Ninguno favor ha sido,
pues la dama no los da.

Ferrara.

Supóngase, si los diera.

Urbino.

Mas favorecido fuera,
si en mi mano propia está
lo que en su cabello estuvo.

Fadrique.

Mio es el mayor trofeo,
si en manos de Porcia veo
banda, que mi pecho tuvo.

---

(1) *Dásela.*
(2) *Dale una banda.*

Urbino.

Esta rosa es favor, pues
diré que fue luz del dia.

Fadrique.

Y la banda que fue mia,
pero ya de Porcia es.

Urbino.

Favores las damas dan,
y el favor le trae quien ama.

Fadrique.

¿No es mas que tenga la dama
prenda alguna del galan?

Urbino.

Desde hoy me empiezo á esforzar.

Fadrique.

Desde hoy empiezo á vivir.

Urbino.

Gloria ha sido el recibir.

Fadrique.

Mas glorioso ha sido el dar.

Porcia.

Prendas á quien adoró,
da el sugeto que es amado.

Fadrique.

¿Luego soy galanteado,
pues que doy las prendas yo?

Porcia.

Zelos exhalan mis ojos:
si la ocasion tengo asida
de ser Duquesa fingida,
templar tengo mis enojos.
Gran enfado he recibido,
no entres, loco, mas aqui:
¿qué flor no fenece asi?
¿qué flor engaño no ha sido?

Tomad vuestra banda vos;
idos, Duques, en buen hora.

Duquesa.

Muy terrible estás, señora.

Ferrara.

Sin favor quedan los dos.

ESCENA XX.

La Duquesa y Fadrique.

Duquesa.

¿Ah español?

Fadrique

¡O qué alegría!
¿vueseñoría, qué manda?

Duquesa.

Que no os pongais esa banda,
proponiendo que fue mia;
sin voluntad la tenia,
que no fue antojo liviano
tomarla de vuestra mano:
rompedla como la flor
de la Duquesa.

Fadrique.

Señora,
si es que pretendeis ahora,
que no parezca favor
trayéndola, ¿no es mejor
que os la vuelva? No lo digo,
porque así favor consigo,
sino porque claro está,
que mas segura estará
de mí con vos que conmigo.
Tomadla, señora mia,
rómpala vuestra belleza,

que asi lo hizo su Alteza
con la flor que no queria.
Banda; que fue luz del dia
en vuestra mano, un instante
no ha de ser estrella errante,
pasando del soberano
oriente de vuestra mano
á la sombra de un amante.

Duquesa.

¿Otra vez en mi poder?
hacedla pedazos vos.

Fadrique.

Partámosla entre los dos,
que es lo mismo que romper,
y no la podré traer,
señora, si está partida,
y á mi vida parecida,
cuando entero no lo digo,
que el alma no está conmigo,
cuando vos me dais la vida.

Duquesa.

Por romperla lo consiento.

Fadrique.

El alma y el cuerpo son
un compuesto y una union
de una vida y un asiento,
pues vida sin alma siento,
porque ella, y mi voluntad,
estan en vuestra deidad,
sin partirme, ni morir. (1)
Esta banda ha de vivir
en virtud de esta mitad.

(1) *Saca la daga y pártela, y cada uno se queda con su parte.*

Duquesa.

Flores y sombra ligera
vuestras esperanzas son.

Fadrique.

¿No decís en la cancion,
ame, gima, llore y muera
quien vida y favor espera?

Duquesa.

Quien espera dije yo,
pero no quien no esperó.

Fadrique.

¿Qué esperar no he de poder?

Duquesa.

Falta un examen que ver.

Fadrique.

¿Y esperaré entonces?

Duquesa.

No.

Fadrique.

Ese no mi muerte ha sido;
¿qué esperar has de negar?

Duquesa

Sí, que quien dice esperar,
dice no haber conseguido.

Fadrique.

¿Luego ya dicha he tenido?

Duquesa.

Aun esperar no os consiente
mi rigor

Fadrique.

Amor, detente,
pues tantas dudas nos dan.

Duquesa.

El es discreto y galan,
quiera amor que sea valiente.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de Palacio.

Ramon y Flores.

Flores.

Pues de Nápoles llegaste
en dia de tanta fiesta,
Ramon, todas esas voces
que has escuchado, celebran
vitorias de Don Fadrique,
mantener en una tela,
que es una justa: y mandó
caprichosa la Duquesa,
que torneo de á caballo
fuese, y no justa.

Ramon.

¿Qué intenta
la Duquesa en tal rigor?

Flores

Quiso que á peligro vieran
sus vidas los caballeros,
que la sirven y festejan,
por examinar cuál es
mas valiente; es una tema
en que ha dado esta muger,
aunque locura parezca,
que ha de ser quien es su amante
valiente por escelencia.

ya que en otras calidades
los ha probado.

Ramon.

No cuentan
de muger ninguna tal.

Flores.

Es con todo estremo bella
y fantástica; diez dias
ha que encubre su grandeza,
fingiéndose Porcia, y pueden
su cuidado y diligencia
disimular y fingir,
sin que esos Duques lo entiendan:
ella sale; Ramon, vete,
y no te vea su Alteza.

ESCENA II.

Flores y la Duquesa.

Duquesa.

¿Qué hay, Roquillo?

Flores.

¿Qué ha de haber?
mucho pesar y tristeza
de que ese español soberbio
á mis tres amigos venza.
¡Qué no quiera la fortuna
derribar tanta soberbia
española! ¡Qué no hubiese
un gigante de gran fuerza
de algun libro desatado
de caballerías necias,
que descomunal y bravo
su pan de perro le diera!
¿Habeis visto algun cohete

andar cruzando la tierra,
aqui y allí sin parar
hasta que cruje ó rebienta?
asi andaba aquel matante
de uno en otro con presteza
dando golpes, que era ver
¡Ah, Porcia, cuanto me pesa!
cuatrocientas herrerias;
un juego de bolos era,
el español los birlaba,
pues tambien birló al que llega.

ESCENA III.

La Duquesa y Urbino.

Urbino.

¡O Porcia! ¡ó señora mia!
en hora dichosa y buena
te veo, donde podré
suplicar que favorezcas
mi pretension: Porcia ilustre,
seis mil ducados de renta
ofrezco para tu dote,
si dispones que yo sea
Duque de Mántua, y esposo
de aquella ingrata belleza
de Serafina.

ESCENA IV.

Dichos y Fadrique.

Duquesa.

Señor,
haré por vos cuanto pueda.

Urbino.

Desde el punto que te ví,
Porcia hermosa, dije, aquesta
ilustre sangre contiene,
y parece hermosa piedra
engastada en metal pobre;
¿quién, mi señora, te viera,
que no conociera luego
el ánimo, la grandeza
de tu pecho generoso?
Al sí que me has dado es fuerza
que alegre y agradecido
tu esclavo perpetuo sea:
¡qué mal pueden encubrirse,
cuando pulsan las estrellas
sus visos y resplandores!

Duquesa.

Vete, Duque, en hora buena;
que tu dama será tuya.

Urbino.

Tuya mi vida y hacienda. *Vase.*

ESCENA XV.

La Duquesa y Fadrique.

Fadrique.

¡Fortuna adversa! ¿Qué es esto?
luego conocí quien eras;
¡qué mal puedan encubrirse,
cuando pulsan las estrellas
sus visos y resplandores!
amor, ó muerte, ó paciencia.

Duquesa.

¿Don Fadrique, estais cansado
del torneo?

Fadrique.

¡Que no muera *ap.*
quien oye tales razones!
Al sí que me has dado es fuerza
que alegre y agradecido
tu esclavo perpetuo sea:
Serafina elige al Duque,
ella lo dijo quien era;
mi desengaño ha llegado,
pero mi muerte no llega;
porque si el morir es dicha,
la vida ha de ser eterna.

Duquesa.

¿Don Fadrique de Aragon,
qué suspension es aquesta?

Fadrique

Y tu dama será tuya, *ap.*
tuya mi vida y hacienda:
yo lo ví, yo lo escuché,
amor, ó muerte, ó paciencia.

Duquesa.

Ya parece frenesí;
despierta, español, despierta.

Fadrique.

Bien has dicho, si fué sueño
mi esperanza lisongera.

Duquesa.

¿Qué te divierte?

Fadrique

El oirte.

Duquesa.

¿Qué te suspende?

Fadrique.

Mis quejas.

Duquesa.

¿Qué has oido?

Fadrique.

Mis desdichas.

Duquesa.

¿Qué tienes?

Fadrique.

No sé que tengo.

Duquesa.

¿Qué te aflige?

Fadrique.

¿Qué? la vida.

Duquesa.

¿Y qué sientes?

Fadrique.

No perderla.

Duquesa.

¿Qué dices?

Fadrique.

No sé que digo.

Duquesa.

No te entiendo.

Fadrique.

Ni me entiendas;
por eso pido al amor,
que me dé muerte ó paciencia.

Duquesa.

Yo no asistí en el torneo,
en él estuvo su Alteza
tras de verdes celosias,
pero yo he estado indispuesta.

Fadrique

¿Aun esto mas? eso falta:
¿Sabes, dí, como sustenta
este brazo, que yo sirvo

la mas celestial belleza
de este mundo?

Duquesa.

Así lo has dicho
en el cartel.

Fadrique.

Pues si es esta
la causa de este torneo,
¿no honralle con tu presencia
no fué cruel tiranía?
¿Y si lo viste y lo niegas,
no es sequedad mas cruel?

Duquesa.

Cuenta, Don Fadrique, cuenta
el suceso del torneo,
para que yo te agradezca
el mantenello y contallo.

Fadrique.

Disimularé mi pena, *ap.*
hasta mayor ocasion.
Escucha, y es bien que adviertas,
que la cólera me obliga
á contalle sin modestia.
Llegó el dia del torneo,
y un cartel....

Duquesa.

Detente, espera,
¿pues qué cólera es la tuya?

Fadrique.

¿No quieres tú que la tenga,
si veo que diste un sí
al Duque de Urbino?

Duquesa.

Es nécia
esa presuncion, Fadrique;

y á palabras tan groseras
no doy yo satisfacion (1)

Fadrique.

Espera, señora, espera.

Duquesa.

Vuelvo por solo escuchar
esa relacion: empieza.

Fadrique.

Yo nó entiendo esta muger.

Duquesa.

Refiere, ó voyme.

Fadrique.

Está atenta.

Murmuraron de mí porque servia
dama de la Duquesa, y yo enojado,
respondí que en beldad y bizarría,
ninguna de este mundo la ha igualado;
Y que tanta verdad defenderia
con valor en campaña ó en poblado;
á la plaza salí, gallardo y fiero,
con nombre del dudoso caballero,
Y cuando...

Duquesa.

Esperad un poco;
primero es razon que sepa,
porqué os llamais el dudoso.

Fadrique.

¿Pues hay mas dudas que tenga
un amante desdichado?
siempre confuso me dejas
con acciones á dos visos;
ya me das de amar licencia,

(1) *Hace que se va.*

ya matas mi confianza,
ya la licencia me niegas,
ya me dejas con un guante,
enojo en los lábios muestras,
piedad en los ojos tienes,
ya la banda me desprecias,
ya la admites, ya la rasgas,
ya te quedas con la media.
Eres, en fin, parecida
á la que llamaron hiena,
animal tan enemigo
del hombre, que con cautela
vuestra voz finge, y suspende
el caminante, que piensa
que es afligida muger.
Sigue la voz de la fiera,
da en sus garras, halla muerte;
y ella furiosa y sedienta,
vase á una fuente á beber,
y al ver su rostro se acuerda,
que mató su semejanza,
y allí con lágrimas tiernas
llora al mismo que mató.
De donde dijo un poeta
de aquellos, que las auroras
tienen á sus musas gratas:
¿si me quieres matar, porqué
me lloras?
¿y si me has de llorar, porqué
me matas?

Duquesa.

El ignorante halla dudas
donde no las hay; ¿y piensas,
que has tenido viso alguno
de favor? bien claras muestras

te di siempre de no amar;
y pues en vano te quejas,
quéjate contigo mismo.
¡Qué cruel estoy! *ap.* (1)

Fadrique.

Espera,
ya me matas. ¡O qué Circe! *ap.*

Duquesa.

Refiere, ó voyme.

Fadrique.

Está atenta:
De la batalla ó fiesta llegó el dia,
era cada balcon florido mayo,
vieron primero la persona mia
sobre los hombros de un hermoso bayo:
pisó el circo gentil con bizarria
aquel hijo de Betis, y de un rayo,
haciendo como diestro en los torneos,
corbetas una vez, otra escarceos.

Caminando á la tienda de campaña,
no cesaban las cajas y clarines;
las damas repitieron viva España,
y aun me vertieron cándidos jazmines:
una sirena, cuya voz engaña,
llevada sobre el mar de dos delfines,
mi empresa fue; la letra: En esta calma
me lleva amor para anegarme el alma.

Pero si me abraso en zelos,
y mi corazon revienta
con agravios declarados,
¿cómo desata la lengua
palabras disimuladas,
si dijiste al Duque, fiera,

---

(1) *Hace que se va.*

que no te ves en la fuente,
por no convertirte en cera:
La piedad queda contigo,
qué con una cruel te quedas,
que yo no puedo contar
cuando agravios me atormentan,
acciones que no agradeces:
tú me matas.

Duquesa.

Oye, espera:
el Duque me dijo aquí
que por él intercediera
con la Duquesa, que hiciese
por su amor la diligencia:
sí, le dije, y este sí
escuchaste.

Fadrique.

No pretendas
dar color á mis rezelos.

Duquesa.

Engañaste, y si supiera
que de mí se imaginara
la mas mínima sospecha,
no diera satisfaccion
á palabras tan groseras.

Fadrique.

No hay quien te entienda, muger;
prosigo de esta manera.

Salió á la plaza Urbino, fué el primero,
una selva de plumas ha sacado
de color verde, y nacar el cimero,
cuando el viento sutil las ha ondeado:
ya parece un abril, ya son enero,
un árbol pareció que está nevado,
ondas eran del mar las varias plumas,

pues mezcladas se ven olas y espumas.

Con señas á batalla me provoca,
un duelo de dos tigres se dibuja,
ya para el curso la trompeta toca,
ya sacamos las lanzas de la cuja:
ya acometemos, y con fúria loca
no hay asta que no rompa y que no cruja;
tocaron los pedazos las regiones
del fuego, descendiendo hechos carbones.

Los brazos á la espada el duelo fian;
tanto los yelmos combatieron ellas,
que fraguas de Vulcano parecian,
y relámpagos eran las estrellas:
como nocturnas sombras no se vian,
el vulgo se admiró de ver estrellas,
mi contrario quedó tan sin sentido,
que ni bien era muerto ni dormido.

Ya esperaba en el puesto el de Ferrara,
que el Iris se vistió de su librea,
corrimos, y el caballo le arrojara,
si al arzon no se asiera; titubea,
ya cae, ya no cae, y asi no para
el caballo, y él libre se pasea,
pues su dueño perdió sentido y freno,
cuando mi lanza fué rayo sin trueno.

Aquí el de-Parma me provoca al duelo,
la fuerte lanza puesta ya en el ristre,
exalaciones fuimos, que en el Cielo
no hay vista perspicáz que no registre:
su caballo se vió correr en pelo,
sin silla, y sin señor que le administre,
porque en tierra cayó, y medir pudiera
la que habrá menester cuando se muera.

Entrando van despues aventureros,
por mostrar su valor, ganando fama,

ya con las lanzas, ya con los aceros,
aqueste me acomete, aquel me llama:
Yo invocando el favor de dos luceros,
que son los bellos ojos de mi dama,
feroz en los estribos me levanto,
matando unos de envidia, otros de espanto.

Todo es aplauso, todo alegres voces,
crece la admiracion, la noche llega;
aquellos con valor, estos feroces,
todos me embisten, invencion fue griega;
corren ligeros, sombras son veloces,
aquel repara, el otro no sosiega,
discurro sin parar, cólera tengo,
muchos me cercan, el agravio vengo.

Las damas dicen paz, el sol se puso,
suena España una voz, otra vitoria,
pasmó lo noble, el vulgo va confuso,
salgo sin mí, tú estás en mi memoria:
dichas prevengo, de infeliz me acuso,
hallóme mi pesar, perdí mi gloria,
tuyo en efecto soy, y mis deseos
servirán á tus plantas de trofeos.

Duquesa.

Debo estar agradecida.

Fadrique.

¿Y cuándo lo mostrarás,
si hoy un favor no me das?

Duquesa.

Basta no estar ofendida.

Fadrique.

¿De qué?

Duquesa.

De que me han contado
que un guante rompiste mio.

Fadrique.

Dueño fue de mi alvedrío,
mirad si está bien guardado;
pero si este se cayó,
favor no es vuestro, señora,
dadme algun favor ahora,
en que vea claro yo,
sin los visos de engañado,
que dais premio á tanta fe.

Duquesa.

Hoy un favor os daré.

Fadrique.

¿Aun no estoy examinado
de todo punto? yo sí
que me pudiera quejar
de vos, de ver olvidar
la media banda que os dí.

Duquesa.

¿Si es esta, qué pretendeis
de favores lisonjeros?

Fadrique.

Vivir para agradeceros;
que esa banda no olvideis.

Duquesa.

No, no me juzgueis amante.

Fadrique.

¿Qué quereis con tantos fieros?

Duquesa.

Vivir para agradeceros;
que no olvideis ese guante.

ESCENA VI.

Decoracion de Jardin.

Flores y Ramon.

Flores.

Licencia esta noche ha dado
su Alteza de hacer terrero
á cualquiera caballero.

Ramon.

¿Don Fadrique está avisado?

Flores.

Ve tú, y avísale presto;
que yo me quiero quedar
ocupando este lugar,
porque nadie llegue al puesto.

ESCENA VII.

Flores, Porcia y Elisa arriba.

Porcia.

Elisa, por tu consejo
hago esfuerzos, y me inclino
desde hoy al Duque de Urbino;
la española aficion dejo.
¿para olvidarle, qué haré,
cuando su amor me detiene?

Elisa.

Piensa, que defectos tiene;
di males de él.

Porcia.

Sí diré.

Elisa.

¡O si te viese Duquesa!

Porcia.

Con esperanzas estoy,

y aunque fingida lo soy,
de serlo asi no me pesa:
canta alguna cosa, amiga.

Elisa.

¿Qué letra quieres que cante?

Porcia

Una, que mi mal espante;
una, que engaños me diga.

Canta Elisa.

Esperanzas lisonjeras,
que solo tormento dais,
mientras vivis y pasais,
como verdes primaveras.

ESCENA VIII.

Dichos y la Duquesa en lo alto.

Duquesa.

¿Porcia, música sin mí?

Porcia.

¿Qué no es vuestra, mi señora?

Elisa.

A cantar empecé ahora.

Duquesa.

¿Ha venido alguno?

Porcia.

Sí.

Duquesa.

¿Qué caballero ha llegado?

Elisa.

¿Quién mi música oyó?

Floro.

Yo.

Elisa.

¿Pues qué, tu vos me oyó?

Flores.

No:
porque yo canto endiablado;
el Duque de Urbino vino,
si halla en su clamor amor,
será el disfavor favor,
y su desatino tino,
que enamorado estoy hoy.

Elisa.

¡Qué lenguage ó barbarismo!

Flores.

Soy el eco de mí mismo:
ya he dicho que Urbino soy;
no me han de ocupar el puesto
tres Duques, como de ases.

Porcia.

Hoy temí que te cansases;
galan saliste y dispuesto,
y aun estábamos las dos
en las rejas de estas salas,
alabando tus galas
con gusto.

Flores.

Mas juro á Dios...

Porcia.

Bien la empresa no se via;
decidnosla.

Flores.

Fue estremada,
una pandorga pintada
y al pie la letra decia:
amor no quiere pandorgas;
¿mas qué se nos da á los dos,
si yo no soy el pandorgo,
ni sois la pandorga vos?

Porcia.

¡Qué mal mote!

Flores.

Es misterioso.

Porcia.

La empresa del de Ferrara
quisiera saber.

Flores.

Admira:
un hombre pintó, que mira
si es la noche oscura ó clara;
la ventana cerró, y por eso
las alacenas abria,
y asi la letra decia:
oscuro está, y huele á queso.

Elisa.

¿Corria buen temporal?

Flores.

Para ratones, señora.

ESCENA IX.

Dichos y Fadrique.

Fadrique.

Pensaba que no era hora,
y tardé, pensando mal;
ocupado está el terrero;
Flores es quien lo ocupó.

Flores.

No sé quien es quien llegó;
mi amo es, llamarle quiero.

Duquesa.

La del español queremos.

Flores.

Entre sus plumas y galas

pintó un fenix con sus alas,
quemándose los estremos.

Porcia.

¿Por letra?

Flores.

Bruto amó á Porcia;
pero yo español astuto,
amo á Porcia, y no soy bruto.

Porcia.

Aun las mejores son esas.

Flores.

Tal es el españolete.

Fadrique.

Sin duda él es: Flores, vete.

Flores.

Fáltanme dos mil empresas:
otro en su empresa ha pintado
un doctor con su orinal,
y un mercader, que el caudal
en bayetas ha empleado;
era el mercader poeta,
y la letra de primor:
ando tras este doctor
para vender mi bayeta.

Fadrique.

Vete, loco.

Flores.

Ya me voy.

ESCENA X.

Dichos, y los tres Duques.

Ferrara.

El lugar nos han tomado.

Urbino.

Pena, de quien ha tardado.

Parma.

Breve será, si es dichoso.

Ferrara.

¿Quién es?

Fadrique.

¿Y quién lo pregunta?

Ferrara.

Es el Duque de Ferrara.

Fadrique.

Don Fadrique el que está aquí.

Ferrara.

Si nos impedís la entrada
á estos jardines, adonde
cae la luz de esa ventana,
no sereis cortés, si viendo,
cuando la Duquesa aguarda,
que hable Porcia, y no su Alteza.

Fadrique.

No ha mucho, que en la estacada
he dicho y he sustentado
en esa pública plaza,
que á la dama que yo sirvo
ninguna del mundo iguala:
y querer que deje el puesto
es volver á la demanda.

Urbino.

¿Luego vos imaginais
que al salir de fiesta y gala
á la calle en un caballo,
correr dos ó tres lanzadas,
es una gran valentía;
y que reñir en campaña
de veras, será lo propio?

Fadrique.
Sé que puse aquí las plantas
para no volver atrás.
Porcia.
Sin duda que le maltratan,
si tú no bajas, señora.
Duquesa.
Mira, Porcia, que te engañas.
Elisa.
No engaña, señora mia,
que no es vencer en campaña
ser mas diestro en pelear.
Duquesa.
¿Tú tienes desconfianza
de Don Fadrique?
Porcia.
Sí tengo,
porque son verdades claras
las que esos señores dicen.
Duquesa.
Ya me teneis despechada
las dos, y los tres cobardes,
que allí blasonan, me agravian;
sea locura ó capricho,
yo os veré desengañadas.
Caballeros, á quien digo,
del que ese lienzo nos traiga (1),
la Duquesa ó yo seremos
Porcia.
Eso es beber sangre humana;
entrañas tienes de tigre.
Parma.
Será del Duque de Parma.

(1) *Arroja un lenzuelo.*

Urbino.

Será del Duque de Urbino.

Ferrara.

No es sino del de Ferrara.

Fadrique.

A quien digo, caballeros,
determinen ya quien gana
esa vitoria de lienzo,
porque despues de ganalla,
me la dé el que la tuviere.

Urbino.

¡Qué soberbia!

Ferrara.

¡Qué arrogancia!

Duquesa.

Con la rabia que me dieron
vuestras villanas palabras,
no supe lo que me hice.

Porcia.

Baja á remediarlo, baja.

ESCENA XI.

Fadrique y los Duques.

Fadrique.

Con modestia lo pedia,
pero si soberbia llaman
pedirlo del uno, ahora
á todos es la demanda;
denme el lienzo, caballeros.

Urbino.

Ya no son esas palabras
nacidas de bizarría,
sino de soberbia, y tanta,
que á ser cobardía llega;
que aun es accion temeraria

reñir con uno, y no quiere
quien á tres juntos agravia,
si es forzoso que los tres
no riñamos con ventaja.

Fadrique.

Buen remedio, si los dos
dan el lienzo al uno, llana
queda la cuestion conmigo.

Ferrara.

¡Arrogancia temeraria!
escucha, Duque de Urbino,
¿no adviertes, y no reparas,
que si es Porcia quien le echó,
es prenda de una criada,
y no te toca el tenerla?

Urbino.

Bien está advertido, basta,
quiero darte aqueste gusto:
si esa prenda es de tu dama,
tómala, alienta con ella,
cobra nueva vida, alcanza
ese favor que deseas,
porque sea mas hazaña
matarete, y ese lienzo
te servirá de mortaja.

Fadrique.

¿El lienzo al fin me entregais?

Urbino.

Sí, porque es de una criada,
y no es prenda de mi dueño.

Fadrique.

El lienzo que te acobarda
me da á mí tanto valor,
que es reñir con gran ventaja:
ya estamos tantos á tantos,

desocupen la campaña. (1)

Porcia.

Baste, baste, caballeros:
¿en mis jardines espadas?

Duquesa

Es un rayo Don Fadrique;
dueño mis ojos le llaman,
ya mi desden se acabó;
la corriente de mis ansias
se ha desatado ¡ay de mí!
él es dueño de mi alma.

ESCENA XII.

Don Fadrique con el lienzo y la espada desnuda.

Fadrique.

Si este lienzo es el favor
que me teneis ofrecido,
de vos no lo he recibido,
que lo ganó mi valor:
si banda fué del amor,
amor verá que es despecho
haber de mis riesgos hecho
vuestros livianos antojos:
¿si hay piedad en esos ojos,
cómo hay tigres en el pecho?
Cuatro vidas arriesgais;
mal, señora, me quereis,
costosa esperiencia haceis,
pues asi me aventurais;
tomad el favor que dais,
llamarle favor no es bien,
desden sí, y rigor tambien;

(1) *Acuchillalos, y salen las damas.*

y asi, aunque el lienzo he ganado,
vengo á ser el desdichado,
pues gozo vuestro desden.
En Castilla sucedió
que una dama arrojó un guante
en presencia de su amante
á unos leones; entró
el galan, y le sacó,
y luego á su dama infiel
le dió en el rostro con él:
agravios no hacé tan claros,
pero tengo de imitaros
en ser conmigo cruel.
Quedad, señora, con Dios,
que yo me voy ofendido
de mi por agradecido,
por ser ingrata, de vos:
mal estaremos los dos
en dos estremos tan raros,
quiero ausentarme y dejaros,
perderme quiero, y perderos,
quiero morir de no veros,
cuando vivo de adoraros.
El alma en vos divertida
goza con dichosa suerte
vida que parece muerte,
muerte que parece vida:
y si es la gloria fingida,
y es la pena verdadera,
mas vale que ausente muera,
donde el morir es morir,
sin duda que no es vivir
el vivir de está manera. (1)

(1) *Hace que se va...*

Duquesa.

Don Fadrique, espera, aguarda;
yo te confieso mi error,
no fué no tenerte amor,
esperanza fué gallarda;
de que tu espada te guarda;
cuando la ocasion te dí,
victoria me prometí,
nunca rezelé tu muerte,
porque vide que el perderte
era mas perderme á mí.
Si á la dama castellana
dió su amante un bofeton,
tienes la mesma razon,
borre tu mano la grana
de mi rostro; y si villano
tu mano pareceria;
defendiéndome este dia,
amante tan soberano,
señor, no te falte mano,
aquí tienes esta mia.

ESCENA XIII.

Dichos y los Duques.

Duquesa.

Aunque á los tres descontento,
mi capricho logro asi,
pues á un amante la di
galan, discreto y valiente.
Amor niño, finge y miente,
yo, Duquesa, soy Serafina,
que asi mi amor determina,
quien me quiere y aborrece,

Mántua á vuestros pies la ofrece. (1)

Fadrique.

Mas quiero esa luz divina.

Ferrara.

Vive Dios, que mereceis
por este agravio, esta injuria,
que á Mántua abrase mi furia.

Duquesa.

Grande enemigo teneis.

Urbino.

Ferrara, no os enojeis
de lo que á mí me tocó.

Fadrique.

¿Qué bárbaro se atrevió
asi delante su Alteza,
arriesgando su cabeza?

Parma.

¿Quién dará ese riesgo?

Fadrique.

Yo.

ESCENA XIV.

Dichos y Flores.

Flores.

Y yo el cuchillo daré
agora, que hay ocasiones
de dejar estos girones,
quien loco en su seso fue.
¿No me preguntan, por qué
Juana Flores fue mi madre?
no hay locura que me cuadre,
confieso que cuerdo estoy,

(1) *A Fadrique.*

*

mientras no digo que soy
el Rey, el Papa, ó Dios Padre.

Urbino.

Yo adoré, no me ha pesado.

Duquesa.

Yo tengo dueño en efeto,
galan, valiente y discreto.

Parma.

Yo el premio de enamorado.

Fadrique

Yo el pago de mi cuidado.

Ferrara

Yo, aunque en Mántua mas blasonen,
hallo partes que me abonen.

Duquesa.

Y yo la dichosa fui.

Flores.

La comedia acaba aqui,
vuesas mercedes perdonen.

Galan valiente y discreto.

Pocas son las comedias que podemos presentar al público del Doctor Mira de Mescua, pero no de las peores de nuestro parnaso, pues aunque no fué comparable con los ingenios de primer órden en este género, tiene, sin embargo, bastante mérito para conservar su nombre como poéta cómico. La presente composicion, cuyo pensamiento está tomado en la mayor parte de la comedia de Ruiz de Alarcon, titulada Examen de Maridos, es en nuestro concepto una de las mejores que escribió, asi por la idea, como por la disposicion de la fábula, la pintura de los dos caractéres principales, el lenguage y la versificacion.

La Duquesa de Mántua rezela que los cuatro pretendientes que solicitan su mano, aspiran solo á sus Estados:

Digo, Porcia que me ofende
ver que mis estados sean
los que estos hombres desean;
pues ninguno me pretende
á mí por mí solamente.
Cuando mi hermano vivia,
¿cómo entonces no tenia
amante ni pretendiente?
Ella es codicia, y no amor
lo que á estos cuatro ha traido;
imaginar que yo he sido
la deseada, es error.

Para desengañarse determina que Porcia finja ser la Duquesa.

Piense cualquiera que hoy
ser mi pretensor profesa,
que eres, Porcia, la Duquesa,
y que yo la Porcia soy.
El papel de Serafina
has de hacer, cuando nos vean
esos, que á Mántua desean;
y si alguno se me inclina
como á Porcia, y como á pobre,
será amante verdadero,
y tendrá el lugar primero,
aunque hacienda no le sobre,
en aquesta pretension.

Porcia.

¿Podrá estar secreto?

Duquesa.

Si,
porque los hombres que á mí
me conocen, pocos son,
y no saliendo de casa
con cuidado viviremos,
y mas que nos parecemos
algo las dos.

Flores oye esta determinacion, se la dice á su amo Don Fadrique, y este enamora desde el principio á la fingida Porcia, mientras los otros tres competidores se dirijen á la que juzgan Duquesa de Mántua. Esta combinacion, los desdenes de Serafina, y el amor de Porcia á Don Fadrique, producen un interés variado y sostenido, que reside siempre en los dos personages principales, hasta el desenlace de la fábula.

Las escenas estan bien enlazadas, y entre ellas hay muchas perfectamente escritas: véanse todas las

primeras del segundo acto, la V., VI y últimas del tercero.

El lenguage es castizo, y el estílo y la versificacion tienen mucha correccion y facilidad.

Mira de Mescua era tambien poeta lírico, y trae una muestra de este género en la escena VIII. del primer acto, que empieza:

Este jardin ameno,
de flores, plantas y de frutas lleno
el Cielo nos retrata;
este estanque de plata, &c.

LA FENIX
DE SALAMANCA.

PERSONAS.

D. Garceran, Caballero.
Conde Horacio.
D. Beltran.
D. Juan.
Doña Mencia.
Leonor.
Alejandra, dama.
Leonardo, criado.
Solano, lacayo.
Ribera.
Olivera.
Camilo.
Rugero.
D Tello.
Villena.
Funes.
Un correo.

La Escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

DECORACION DE CALLE.

ESCENA PRIMERA.

Doña Mencia con vestido largo y hábito de San Juan, y Leonor como Capigorron.

Leonor.

¿Qué no estás desengañada?

Mencia.

Es invencible mi amor;
no me fatigues, Leonor.

Leonor.

Tu locura es estremada;
Sin duda, Doña Mencia,
segun estas cosas van,
que ha de ser Don Garcerán
tu perdicion y la mia.
Seis meses ha que saliste
de Salamanca tras él,
y sin hallar rastro de él
hasta Valencia corriste;
y agora quieres que esté
en Madrid: ¡qué desatino!

Mencia.

¡Ay dulce amiga! camino
tras los pasos de mi fé.

Leonor.

¿Pues no has mil veces jurado
no tenerte obligacion?

Mencia.

Es verdad.

Leonor.

¿Qué es tu intencion,
que te da pena y cuidado?
Si te olvidó, ¿no es costumbre
de los hombres olvidar?
Si no tienes que llorar,
¿qué te ha de dar pesadumbre?

Mencia.

¡Ay! amiga, mi inquietud
no tanto la causa amor,
cuanto el áspero rigor
de su fiera ingratitud.
La noche que se partió
aquel cruel, mil amores
me dijo, que fueron flores
que su ausencia marchitó.
Y aquella estraña mudanza,
y no pensada partida,
me trae y lleva perdida
tras una vana esperanza.

Leonor.

Pues advierte que este trage
tu pretension no asegura:
medio mas fácil procura,
no afrentes á tu linage.

Mencia.

No hay Leonor, dificultad;
de ese temor te retira,
que en la Corte no se mira
con tanta curiosidad.
Criado del gran Prior,
que viene esta primavera,
he dicho que soy.

Leonor.

Quién

de tu loco y ciego amor.

Mencia.

¿Pues quién ha de reparar
que soy muger?

Leonor.

Tu hermosura
lo dirá, y mi desventura.

Mencia.

Aquesta me ha de acabar:
¿pues no asegura á las dos
esta cruz y esta sotana?

Leonor.

Sí señora, que cristiana
soy por la gracia de Dios;
mas hay diablos alguaciles
que no se espantan de cruces,
que ven mas entre dos luces
que los linces mas sutiles:
que aunque te llames Don Cárlos,
y yo Jaramillo el mudo,
no es fácil desengañarlos;
que no ha de ser tu recato
tan grande, que alguna vez
no te miren á la nuez,
y á los puntos del zapato,
y echen de ver que eres macha,
y por la hebra el ovillo
saquen, y de Jaramillo
descubran tambien su tacha.
Y en tal trage, esa cruz blanca
no es la que te ha de salvar,
aunque te quieras llamar
la Fenix de Salamanca;
que á la visita primera,

sin tener duelo y clemencia,
un alcalde nos sentencia
á hilar en una galera.
. . . .
como viuda varonil,
volveraste á tu mongil,
; . . . .
. . . .
si su cólera desfoga
la sala, y quiebra la soga
por mí como mas delgado.
Mira que aquellos señores
sacan de la faltriquera
destierro, azotes, galera,
y aun dicen que son favores.
Huyamos de la ocasion,
comámonos dos capones,
lo que han de comer soplones;
vámonos con bendicion,
porque yo querria llegar
á tálamo que bien cuadre,
si por ventura mi padre
me pretendiere casar.

Mencia.

Qué terribles desatinos
estás diciendo.

Leonor.

Señora,
todo sucede en un hora
por posadas y caminos.

ESCENA II.

Dichas, y á la ventana Alejandra y Leonardo.

Leonardo

¿Mi señora, no es gallardo
don Cárlos nuestro vecino?

Leonor.

Que nos miran imagino.

Alejandra.

Tienes buen gusto, Leonardo,
¡qué bien que pisa, y qué airoso!
¡qué bien hecho es, qué galan!

Leonor.

Señora, mirando estan.

Mencia.

Calla, y miren.

Alejandra.

¡Qué gracioso!
¿sabes quién es?

Leonardo.

Caballero,
y del Piamonte.

Leonor.

Repara
que te miran.

Alejandra.

Gentil cara.

Leonor.

Háblale, que estás grosera.

Alejandra.

Hombre será principal.

Leonardo.

El hábito lo confirma,
y tu buen gusto me afirma
que no te parece mal.

Alejandra.

Es así, mas aunque fuera
un ángel, lo que poseo
en tanto estimo, que feo
y tosco me pareciera;
porque no hay comparacion
si está de por medio el Conde.

Leonardo.

Y él tambien le corresponde
con igual comparacion.

Alejandra.

¿Ha venido el coche?

Leonardo.

Sí.

Mencia.

Si respondiera que no,
al sol le pidiera yo
prestado el suyo.

Leonor.

Eso sí;
muy bien empiezas, señor,
habla con argentería.

Alejandra.

El coche del sol seria
para mí grande favor.

Mencia.

¿Quereisle? que cuando el sol
prestado no me lo diera
enmedio de su carrera
se le quitara.

Alejandra.

Español
y bizarro encarecer.

Mencia.

Que tambien los estrangeros

tenemos nuestros aceros.

Alejandra.

Muy bien se os hecha de ver;
mas fuera temeridad
meteros en tanto aprieto.

Mencia

Vence tan alto sugeto
la mayor dificultad.

Leonardo.

Mira que es tarde, señora.

Mencia.

¿Dónde vais?

Alejandra.

Al campo salgo:

Mencia.

En vos veo, á fé de hidalgo,
lo que del campo enamora,
y agraviaisos si decis
que salís al campo.

Alejandra

¿En qué?

Mencia.

Alejandra ¿no se vé
que fuera de vos salís?
porque las perlas hermosas
que el alba vierte en las flores,
y matizados colores
de sus mejillas de rosas,
viento sutíl y amoroso,
fuentes, que risa y cristal
vierten por el arenal
argentado y espacioso;
todo lo ve quien repara
en tan divina pintura,
que del campo la hermosura

es copia de vuestra cara;
y asi no teneis, por Dios,
á que salir ni á que iros,
que no hay para divertiros
mas que miraros á vos.

Leonardo.

A fé que es gallardo mozo;
¡qué bien que cerró el concepto!

Alejandra.

¡Qué vecino tan discreto!

Leonardo.

¿Qué hará si le crece el bozo?

Alejandra.

Deseo con mas espacio,
señor Don Carlos, gozar
de vuestro pico.

Leonardo.

Picar
quereis en el pobre Horacio.

Mencia.

Cuando fueredes servida,
que cerca está la posada.

Alejandra.

A Dios.

Mencia.

Ella vá picada.

Leonor.

¿Tú, cómo quedas?

Mencia.

Perdida.

ESCENA III.

Doña Mencia, Leonor, Don Beltran y Don Juan.

Beltran

Este Don Carlos, Don Juan,
¿es fraile, ó es caballero.?

Leonor.

No hagas la calle terrero,
que viene allí el capitan.

Juan.

Caballero y principal,
segun estoy informado,
que pasa á Malta, y criado
del gran prior. (1)

Leonor.

No hagas tal,
que es el viejo mal sufrido,
y se pica de valiente:
del pie te mira á la frente.

Mencia.

Vamos que me han conocido.

ESCENA IV.

Don Beltran y Don Juan.

Beltran.

Hablarle quiero.

Juan.

Seria,
si no hay otro fundamento,
notable deslumbramiento:
sosegaos, por vida mía

Beltran.

¿Qué fundamento mayor
quereis, Don Juan, que encontralle

(1) *Hablan al oido Leonor y Mencia.*

cada dia en esta calle?

Juan.

No hay sin zelos firme amor.
Si el encontrar cada dia
á Don Carlos os enfada,
¿qué he de hacer, si su posada
tiene enfrente de la mia?
Zelos tuvisteis ayer
del Conde Horacio, y cuidado,
hoy, capitan, os ha dado
Don Carlos; puedo temer
que tambien de mí mañana
tendreis sospecha y temor:
con tantos zelos y amor
os adorará mi hermana.

Beltran.

Mientras que la posesion
no tiene el galan que ama,
Señor Don Juan, de su dama,
no halla alivio su pasion.
Y asi, en tanto que no sea
Alejandra mi muger,
no dejaré de tener
zelos de quien la pasea.

Juan.

Nadie, Don Beltran, festeja
su calle, ni su ventana,
ni á ningun hombre mi hermana
silla ha dado ni ha hecho reja;
que su honrado nacimiento,
recato y honestidad,
refrena la libertad
y acobarda el pensamiento;
porque no hubiera señor,
por grave y rico que fuera,

que á raya no le tuviera
su honestidad y valor.
Y es demasiado reñir
si sale en coche, ó si no,
donde vá, quien se le dió,
y del bien y el mal gruñir:
mas creo que brevemente
vendrá la dispensacion,
con que vuestro corazon
se asegure facilmente,
y una vez que esteis casado,
como dueño de mi hermana,
tapiad la puerta y ventana,
no la dejeis ir al prado,
no salga en silla ó en coche,
á ver madre, abuela ó tia,
tenedla en prensa de dia,
y en una estufa de noche:
y como tio y cuñado,
capitan, me perdonad,
que el amor y la amistad
esta licencia me han dado;
y si os quereis divertir,
y gozar del fresco un rato,
vamos al prado.

Beltran.

¡Qué ingrato
tanto amor me ha de salir!

Juan.

¿No venis? *Vase.*

Beltran.

Ya voy tras vos:
poneos á caballo luego;
mas este zeloso fuego
tengo de apagar por Dios.

Que quitada la ocasion,
menos el daño amenaza;
ya se me ofrece una traza,
pondréla en ejecucion;
que si puedo, aquesta noche
ha de dejar la posada
Don Carlos, desocupada,
aunque yo vele y trasnoche;
que el huesped es conocido,
y el dinero poderoso,
y un hombre, si está zeloso,
hará lo que un ofendido.

ESCENA V.

DECORACION DE CAMPO.

Don Garcerán, y Solano de camino.

Garcerán.
¿Dónde tomaste posada?
Solano.
Junto al Carmen.
Garcerán.
¿Previniste
la cena?
Solano.
Si.
Garcerán.
¿Qué trujiste?
Solano.
Un capon, una empanada,
dos perdices.
Garcerán.
Bien las como.

Solano.

Medio cabrito estremado,
dos gazapos....

Garcerán.

Regalado
plato.

Solano.

Tienen tanto lomo:
un gigote de carnero....

Garcerán.

Si está manido, no es malo.

Solano.

Un jamon.....

Garcerán.

Gentil regalo:
has hecho buen despensero.

Solano.

De clarete y moscatel
tres azumbres, que sin vino
está en la mesa el tocino
como cautivo en Argel.

Garcerán.

Yo tengo bien que cenar.

Solano.

¿Qué es buena cena?

Garcerán.

Estremada.

Solano.

Pues ven, la verás pintada,
que no hay mas que desear,
en esta calle primera;
que parece que el pintor
dió á los gazapos primor
y sazon á la ternera.
¿No me dirás por tu vida

qué bolson diste á Solano,
para que te tenga ufano
mesa y cama prevenida?

Garcerán.

¿Luego no tienes dineros?

Solano.

¿De qué los he de tener,
Garcerán, si desde ayer
estamos los dos encueros?

Garcerán.

¿No te dí trescientos reales
en Valencia?

Solano.

No lo niego;
mas oye la cuenta, y luego
podrás ver, si estan cabales. (*Saca un papel*)
Cuenta de lo que Solano
ha gastado en el camino.

Garceran.

Y dala tambien del vino.

Solano.

A fé que está en buena mano:
sesenta reales gasté,
en la maleta y cogin;
por dos mulas di á Machín
noventa, y me vine á pie.
Ves, ahi tienes la mitad,
iten veinte que perdiste,
y dos que á una moza diste,
que tuvo necesidad.
Ciento en comida y posada
desde Valencia hasta aquí,
diez y ocho que bebi
de vino en esta jornada.
¿Cuántos faltan, si has contado,

para las trescientos?

Garceran.

Treinta.

Solano.

¿Justos?

Garcerán.

Justos.

Solano

En la cuenta
estoy, por Dios, engañado;
que treinta menos cuartillo
al huesped di de señal,
mas por falta de orinal,
me acuerdo, compré un jarrillo,
y con aquesta partida
estan los treinta cabales;
mira tus trescientos reales
y la cuenta concluida.

Garceran.

Toma, vende esta cadena.

Solano.

¿Del dinero, qué has de hacer?

Garceran.

Mientras negocio, comer.

Solano

¿Comer dices? bien me suena;
mas gastada, ayunaremos
al traspaso cada dia.
¿Señor, que estrella te guia,
que tan mal viage traemos?
¿qué pretendes?

Garceran.

Irme á Flandes
con un entretenimiento,
y entre tanto hacer asiento

con uno de aquestos grandes?

Solano.

¿Qué, quieres servir?

Garcerán.

Solano.

el que no sirve no medra;
de un olmo quiero ser yedra
para que me dé la mano.
Con el de Pastrana ó Feria,
pienso tratallo mañana.

Solano.

Con el de Feria ó Pastrana,
repararás tu miseria;
que como grandes señores
no harán las cosas pequeñas:
apostaré que te sueñas
general con sus favores.

Garceran.

Mal estás con el servir.

Solano.

¿Pues no quieres que esté mal?
Servir, señor, á su igual,
es, Don Garceran, vivir,
y no á un señor soberano,
que has de estar delante de él
como el Angel San Gabriel
con el sombrero en la mano.
Y si llama, con mas olas
ha de ser que tiene el mar.
Sin servir puedes pasar;
andate, señor á solas;
y sino vuelve los ojos
á aquella fenix divina;
deja la corte, camina,
concilia tantos enojos,

da la vuelta á Salamanca,
que allí está Doña Mencía;
ya conoces su hidalguía,
voluntad segura y franca.
Viudo estás, no hay que temer,
resuélvete, Garcerán,
que allí esperándote estan
con hacienda, y con muger.
Mas quando de ella me acuerdo,
y de tu fiera mudanza,
mi imaginada esperanza
como los sentidos pierdo.

Garcerán.

Dices bien, que fue rigor;
mas no lo pude escusar,
que dejarla, fue estimar,
como era justo su honor.

Solano.

¿Pues decirle á la partida,
quedad con Dios, qué importaba?

Garcerán.

Deja esa materia, acaba:
¡hay ausente de mi vida!

Solano.

¿Hay intervalos, señor?
¿qué discurres, ó qué sientes?

Garcerán.

Memoria, no me atormentes
con tan estraño rigor.

Solano.

¿Date la viuda cuidado?

Garcerán.

Y aun acabarme podria.

Solano.

Necedad: toma alegría;

mira este famoso Prado,
esta mezcla de colores
en jardines diferentes,
bullir y saltar las fuentes,
reir y alegrar las flores.
Los varios coches, que en tropa
discurren por la alameda,
que hiriendo el viento en la seda,
caminan con viento en popa.
Las damas que á los estribos
con su donaire español,
salen dando luz al sol,
como á su galan cautivos.
Esta confusion, que espanta,
y esta grandeza que admira,
de tanta verdad mentira,
que se celebra y se canta;
de tanto amor sin amor,
de tanta gente perdida,
de tanta bárbara vida,
de tanto gentil señor;
de tanto á pie caballero
que se vé y se disimula,
de tanto bonete y mula,
de tanto manto y sombrero;
de tanto ciego con vista,
de tanto malo buen hombre,
de tanto sábio sin nombre,
de tanto loco alquimista:
de tanto ingenio abatido,
de tanto necio encumbrado,
de tanto ingrato, olvidado
del favor que ha recibido:
de tanta dama pelota,
de tanto galan pelote,

que se viste y come á escote
de lo que la pobre escota.

Garcerán.

¿Has de hablar hasta mañana?

Solano.

Mucho la ocasion provoca:
por Dios, que me iba de boca,
y hablaba de buena gana.

Garcerán.

Retírate aqui, Solano,
veremos pasar la gente. (*Apartanse.*)

ESCENA VI.

Dichos, el Conde Horacio, Alejandra y Rugero.

Horacio.

Fresco está el Prado.

Alejandra.

Escelente.

Horacio.

Lindo sitio.

Garcerán.

Y linda mano:
gentil muger.

Solano.

Por mi fé
que es buena ropa.

Horacio.

Rugero,
avisarás al cochero
que dé la vuelta.

Rugero.

Sí haré.

ESCENA VII.

Dichos, menos Rugero.

Alejandra.

Entrarme en él es mejor
que apearme ha sido esceso,
y temo algun ruin suceso:
hacelde llegar, señor,
no quiera mi desventura
traer por aqui á mi hermano.

Garcerán.

Gallarda muger, Solano.

Solano.

¿Hay ya nueva picadura?
¿hiriote con ballestilla
el dios ciego y herrador?

Horacio.

Mi bien, aqueste temor
con razon me maravilla:
¿tan poco mi fé te debe
que un flaco temor te impide?

Alejandra.

¿Flaco te parece? Mide
con mi amor tu gusto breve,
verás, Conde, si es razon
que tema como muger,
lo que puede suceder
en semejante ocasion.
Don Beltran anda zeloso,
Don Juan no sospecha en vano,
y si es el uno mi hermano,
el otro se llama esposo.
No quieras paguen mis ojos
lo que han de sentir perderte.
¡Ay Dios, qué trance tan fuerte!

¡qué ciertos son mis enojos!
Muerta soy, Conde.

Horacio.

¿Qué viste?

Alejandra.

A mi hermano y Don Beltran.

Horacio.

¡Bravo temor! ¿dónde están?

Alejandra.

Hácia acá vienen ¡ay triste!
perdida soy; negra noche,
apresura tu carrera.
¡Ay Dios! si el coche viniera.

ESCENA VIII.

Dichos, y Rugero.

Rugero.

Aquí está, Alejandra, el coche.

Horacio.

Repórtate.

Alejandra.

No es posible,
que temo ser conocida.

Horacio.

Toma el coche.

Alejandra.

Estoy perdida.

Horacio.

Y de cobarde terrible.

ESCENA IX.

Garcerán y Solano.

Solano.

Ya toma el coche.

Garcerán

Turbada

parece que va: cayó.

Solano.

¡No estuviera cerca yo!
¡bien vestida está y calzada!

Garcerán.

¿Qué viste?

Solano.

Lo que encender
pudiera un mármol: manteo
que lo guarneció el deseo,
qué no hay mas que encarecer.
Algo de la media y pie,
que con un zapato justo,
parece que brinda al gusto
para descalzarle á fé.
Mas parecióme tener
una falta, y no lo es;
que tener grandes los pies
es sobra de una muger.

ESCENA X.

Dichos y Horacio.

Horacio.

En qué estraña confusion
estoy metido, pues veo
á riesgo lo que deseo,

y en la mano la ocasion.
Si voy con ella destruyo
su opinion, y si me quedo,
á ley de quien soy no puedo
escusar lo que rehuso.
Si el coche ven por las pias
han de conocer su dueño;
en grave ocasion me empeño,
desdichas son estas mias
¡Qué solo que me han dejado
mis criados! Ni un amigo
de los que comen conmigo
no descubro en todo el Prado;
pero alli está de camino
un hombre á lo que parece:
que en él el cielo me ofrece
todo mi bien imagino.
¿Caballero?

Solano.

¿A quién señor,
llamais?

Horacio,

A los dos.

Solano.

Deci,
ah caballeros, que asi
os responderán mejor.

Garcerán.

¿No callarás majadero?
¿Qué manda vuestra merced?

Horacio.

En vuestro talle se vé
que sois noble caballero.

Garcerán.

Sí importa serlo, señor,

para serviros, yo he sido
desgraciado, aunque he tenido
siendo humilde, algun valor.
Y si con él puedo y valgo,
me podeis, señor, mandar;
y de mí os asegurar
como del mejor hidalgo.

Horacio.

De que lo sois, muestra clara
me da vuestra gentileza,
porque se vé la nobleza
en el lenguage y la cara;
pero porque cierta dama
de prendas y de valor,
con la tardanza, su honor
se aventura y se disfama,
no quiero el tiempo gastar
en ofrecimientos vanos,
que con términos mas llanos
la merced pienso pagar.
Solo os suplico, entre tanto
que pongo á salvo aquel coche,
si ya no quiere la noche
encubrirle con su manto,
detengais dos caballeros
que por aqui han de pasar,
sin que deis, señor, lugar
á desnudar los aceros.
El uno es mozo y galan,
y el otro, aunque cano y viejo,
es su brio y su despejo
de un valiente capitan.
Plumas trae negras, y espada
guarnecida de ataugia
si errais las señas, seria

perderme en esta jornada.

Garcerán

No teneis mas que informarme,
seguid el coche, señor,
que en ocasiones de honor
sé muy bien aventurarme.
Las señas son conocidas;
bien podeis, señor, partir,
que aqui estan para os servir
dos espadas y dos vidas.

Horacio.

Besoos las manos mil veces:
cielos, amigos sereis
de aquesta amistad jueces.

ESCENA XI.

Garcerán y Solano.

Garcerán.

¿Dónde vas tú?

Solano.

A detener
las mulas en que venimos,
aunque al paso que tragimos
postas serán menester.

Garcerán.

¿Para qué son postas, loco?

Solano.

Mal discurres, Garcerán.

Garcerán.

Presto baguidos te dan.

Solano.

Siempre me estimas en poco,
mas hazme un placer, señor,
de admitir lo que imagino,

que el consejo tras el vino
no suele ser el peor.
Sin saber quién es el hombre
que de aqui partió ligero,
sin informarte primero
de su calidad y nombre,
te has empeñado á estorbar
á dos hombres este paso;
ves aqui que paso á paso
llegan y quieren pasar;
¿ qué has de hacer, si su porfia
fuese tan grande en rigor,
que juzgasen por temor
hablarles con cortesía ?
¿ No es lance, no es ocasion
para venir á las manos,
si son los dos cortesanos
y tú de buena opinion ?
Pues si reñimos ¿ hay vidas
para este acero sangriento ?
y en tal caso es de momento
tener postas prevenidas.

Garcerán.

Has discurrido, Solano,
con el temor, altamente,
siempre el cobarde es prudente.

Solano.

Como el atrevido insano.

Garcerán.

No tienes que prevenir,
ni de que tener temor,
que el cielo lo hará mejor
que tú lo sepas pedir.
Y si los dos que recelas
acertaren á pasar,

huir podrás sin matar,
pues no te faltan espuelas;
que yo tengo de acudir
á quien estoy obligado,
que la palabra que he dado
fue de esperar, no de huir.
Y cuando hacer bien se ofrece,
sin saber á quien se hace,
es lo que mas satisface
que aquello mas se agradece.

Solano

Bien dices, mas digo mal,
sin saber si cena á oscuras
este por quien te aventuras
ó con un cirio pascual.
Si es merced, ó tú, ni vos,
señoría ó escelencia,
por quien se pueda en conciencia
reñir y matar á dos,
que seria gran desastre
ser este tal hidalgote
un escudero guisote
ó por gran ventura un sastre.

Garcerán.

Sin duda que es caballero.

Solano.

Caballero, ¿en qué lo vistes?

Garcerán.

¿Los guantes de ambar no olistes?

Solano.

¿No podría ser guantero?

Garcerán.

Espera, que aquestos son.

Solano.

Tentemos la de Bilbao,

aunque estuviera en el Grao
mejor que en esta ocasion.

ESCENA XII.

Dichos, Don Beltran y Don Juan.

Juan.

No ha de encubrirles la noche
la libertad de los dos.

Beltran

Aguijemos, que por Dios,
que van juntos en el coche.

Juan.

¿No tomaremos rason
si han pasado por aqui?

Beltran

¿Qué hay que tomar? yo los vi.

Juan

Ciega mucho la pasion:
informémonos primero.

Beltran:

¡Qué flema teneis estraña!
¡O nunca viniera á España!
Informaos pues.

Juan.

Caballero,
¿ha rato que estais aqui?

Garcerán.

Toda esta tarde

Juan.

¿Ha pasado
por aqui un coche encarnado?

Garcerán.

Un coche no, coches sí.

Beltran.

De este tiran cuatro pias
que gobiernan dos cocheros.

Solano.

¿Llevan libreas?

Juan.

Vaqueros
azules.

Solano.

Habrá diez dias
que este coche ví en Valencia,
y en él al Virey, por Dios.

Beltran.

No hablan, lacayo, con vos.

Solano.

Lacayo con reverencia.

Juan.

No seais hablador, hermano,
que no venimos de humor.

Garceran.

Que este es un loco, señor.
¡qué no has de callar, Solano!
Aunque he visto con cuidado,
y admiracion juntamente,
aqueste prado escelente
y los coches que han pasado,
no he visto por él pasar,
ni atravesar la carrera
el que decís; yo quisiera....

Beltran.

Que no hay que nos informar,
que por aquí fue, y la vuelta
tomó hácia Atocha, Don Juan.

Solano.

¿Don tenemos?

op.

Juan.

Don Beltran. . . .

Solano

¿Otro don mas? que hay revuelta. . . .

Juan.

Seguidme.

Garceran.

Será cansaros;
mas si buscarle os importa,
por otra senda mas corta
que vais, he de suplicaros,
que alli delante, un amigo
está hablando con su dama,
y importa mucho á su fama
no tener ningun testigo.
Hacedlo por vida mia,
que en la corte á un forastero,
hacer suele el caballero
amistad y cortesía.

Beltran.

Ya fuera mucho trabajo,
y notable desatino,
dejar el cierto camino
por buscar incierto atajo;
que para quien va de prisa
es demasiado rodeo.

Garceran.

No hay duda, sino que creo
que la ocasion es precisa;
mas córreme á mi mayor
obligacion, y cuidado
si un amigo me ha dejado
encomendado su honor.
Halle esta vez en los dos
gentileza y cortesía,

porque si pasais, seria
descomponerme, por Dios;
que la muger es honrada,
y el amigo conocido,
y por ventura habrá sido
forzosa la retirada.

Beltran.

Importanos conocer
quién va en aquel coche.

Garcerán.

A mí,
que no paseis por aqui.

Beltran.

¿Cómo no?

Garcerán.

Aquesto ha de ser. (*Meten mano.*)

Solano.

Antes que acuda al reclamo
del chas, chas, alguna gente,
guardaré como valiente
las espaldas de mi amo.

ESCENA XIII.

Dichos, Doña Mencia y Leonor que se ponen al lado de Garcerán.

Leonor.

Cuchilladas son, acude.

Mencia.

Parécenme forasteros,
aguija. Paz, caballeros,
paz digo, y nadie se mude.

Beltran.

Retirémonos, Don Juan,

ESCENA XIV.

Dichos, menos Don Juan y Beltran.

Mencia.

Mucha merced me hareis.
Ojos, ¿qué es esto que veis? *ap.*
¿no es este Don Garcerán?
¿no es este el ingrato? ¡Cielos!

Solano.

Yo he andado como un leon.

Mencia.

Saber quiero la cuestion, *ap.*
y ¡ay de mí, si fue por zelos!
¿Por qué há sido la pendencia,
podremos saber, hidalgo?
que aventurar lo que valgo
obliga vuestra presencia.

Garcerán.

Agradezco ese favor
como venido del cielo,
que pocas veces da el suelo
tanta hermosura y valor.
Pero si gustais saber
la causa de esta cuestion,
fue cumplir mi obligacion
y amparar una muger.

Mencia.

Bien há sucedido. Aqui
me esperad; que no es razon
si aquesa fue la ocasion
se quede el negocio asi.

Garcerán.

Aqui os espero.

Mencia.

Leonor, *ap.*

no te apartes de su lado.

Leonor.

¿Importa?

Mencia.

Ser mi cuidado

y mi tormento mayor.

ESCENA XV.

Don Garcerán, Solano, Leonor y el Conde Horacio.

Horacio.

Llegué tarde.

Solano.

La tormenta,

gracias á Dios que ha pasado.

Horacio.

O nunca ciñera al lado

espada que asi me afrenta.

¿Qué ha sido aquesto, señor?

Garcerán.

Lo que no pude escusar.

Horacio.

¿A quién tengo de pagar

tanta merced y favor?

Solano.

A mí, y es bien que celebres

mi valor, que los hidalgos

corrieron, como los galgos

suelen correr tras las liebres.

Garcerán.

Oyete, loco, no afrentes

sus espadas sin respeto;

que anduvieron, os prometo

bizarros, como valientes.

Horacio

En todo sois estremado,
con superior escelencia,
que el valor y la prudencia
veo en vos en igual grado.
Decidme, si sois servido,
vuestro nombre y calidad;
que una perfecta amistad
en veros me he prometido,
que con hacienda y persona
os he de servir, señor,
halle en vos este favor
el Conde Horacio Colona.

Garceran.

Perdone Vueseñoria
si en algo he andado grosero,
que erré como forastero.

Horacio.

Sois la misma cortesia.

Solano.

Vueseñoria perdone
mi mala imaginacion,
y tambien con el perdon
alguna gracia me done;
que si vá á decir verdad,
crei que era en el olor
portugués perfumador,
ó hombre de esta calidad.

Garceran.

Conozca Vueseñoria
á Solano, mi criado,
por un hombre en quien no ha entrado
pesar ni melancolía.

ESCENA XVI.

Dichos y Doña Mencia.

Mencia.

Esto está hecho, señor,
la mano me dad de amigo
de aquellos hidalgos.

Garceran.

Digo,
que les soy su servidor.

Solano.

Luego matarlos yo puedo
si los encuentro?

Mencia.

Tambien
me dad la vuestra.

Solano.

Está bien.

Garcerán.

Valiente estás.

Solano.

Todo es miedo.

Horacio.

Decidme, y no os divirtais,
lo que os tengo suplicado.

Mencia.

Si es secreto, aquí apartado
estaré.

Horacio.

Muy bien estais;
débole vida y honor
á este noble caballero,
soy agradecido y quiero
saber de quien soy deudor,

Mencia.

El Conde pide razon,
y que el propio gusto tengo
os prometo, y os prevengo
mayor ó igual atencion.

Garceran.

Haré lo que me pedís,
que obligacion es forzosa,
si vida tan prodigiosa
con piedad y gusto oís.
Mi nombre es Don Garcerán
Cavanillas y Torrellas,
apellidos de mis padres
Don Vicente y Doña Greida.
Segundo fuí de mi casa,
y como el amor heredan
los segundos de los padres,
y los mayores la hacienda;
mientras que vivieron fuí
el alivio de sus penas,
el querido mayorazgo
su alma y su vida mesma.
Enmedio de sus regalos
y mi mocedad inquieta,
vino á Valencia una dama
con sus padres desde Huesca.
Gente de mediano estado,
que entre las demas plebeya,
y la patricia tenia
buen lugar por su llaneza.
Vila, parecióme bien,
visité su casa, améla
tanto, que creció el amor
hasta casarme con ella.
Sentidos mis padres de ello,

retiráronse á una aldea,
donde acabaron sus dias
de vejéz y de tristeza
Quedé sin ellos, cargado
de obligaciones y deudas,
con un enemigo hermano,
con una muger acuestas.
Encontrado con mis deudos,
con los suyos en contienda;
porque les pido, y se escusan;
porque les hablo y me niegan:
hasta que de lastimados
mis deudos, mi vida ordenan,
mis alimentos componen,
y mis trampillas conciertan.
Quisieron que prosiguiese
en la ocupacion primera;
que acabase mis estudios,
cosa para mí bien recia.
Que graduado podria
con mi calidad y letras
su Magestad ocuparme
en una de sus audiencias.
Resolverme fue forzoso,
y dejando en orden puesta
mi casa, y á mi muger
recogída en Santa Tecla,
partí para Salamanca,
y dándome alguna priesa,
llegué dia de San Lucas
á aquella insigne academia:
tomé casa y compañía,
que me la hicieron muy buena
dos caballeros hermanos,
naturales de Plasencia.

Empecé á estudiar con gana,
y mis trabajos lucieran,
si el catedrático amor,
de ostentacion no leyera
la materia de arte amandi,
tàn llena de sutilezas,
que hube menester pasante
para mejor entendella.
Ofreciose la ocasion,
y un dia que á San Estevan
salí...

Mencia.

¡Ay de mí! Leonor, ap.
que aqui mi historia comienza.

Leonor.

¿Qué historia, ó qué calabaza?

Mencia.

¿Luego no has estado atenta
á lo que dice este ingrato?

Leonor.

Si he estado, y soy una bestia.
¿Garcerán es este?

Mencia.

Si,
calla.

Leonor.

Callará mi lengua,
pues por un hombre casado,
ándamos de venta en venta.

Mencia.

¿Qué quieres? no lo sabia.

Horacio.

Pensamientos no os diviertan,
pasa adelante.

Mencia.

Señor,
no os quedeis en San Estevan.

Garcerán.

Digo que vi una muger,
viuda, hermosa y bella
mas que el sol, y que los cielos;
mas no quiero encarecella,
que todo será afilar
la espada que me degüella,
y despertar la memoria
que me aflige y atormenta.
Solo diré que venia
en un coche con dos dueñas,
tocada de honestidad
y vestida de vergüenza.

Miróme, y hizo lo mismo,
fuése, y dejóme en tinieblas,
haciendo de aquestas vistas
mi cuidado y su querella.
Hasta llegar á su casa
la seguí, supe quien era,
con que se aumentó el deseo
de mi temeraria empresa.
que fué casada esta dama
con un tal Don Saavedra,
que de un choque de un caballo

murió entrando en unas fiestas;
y tan principal señora,
que de Guzman y Fonseca
tenia la mejor sangre,
y mas de seis mil de renta.
Con estas partes divinas
otras le dió el Cielo anejas
á su mucha calidad,
tanto, que por escelencia,
como á otra Saphos, un tiempo
la llamó el milagro Grecia,
la Fenix de Salamanca
llamaban todos á esta.
Procuré hablarla, y servir
muger de partes tan bellas,
sin que pasase mi amor
los límites de quien era.
Dióme el tiempo la ocasion,
la ocasion su corta greña,
asila, y entré en su casa;
con mi término agradela:
querer decir sus favores
será contar las estrellas.

Mencia.

¡Ay de mi! si este villano
se atreve á mi fama honesta,
que si de lo que no hizo
se alaba, esta daga fiera
le sacará el corazon,
y haré que rabiando muera.

Garcerán.

Mas pongo al Cielo testigo
que fué con tanta limpieza,
que no la toqué una mano;

Mencía.
¡Ay! Garcerán, bien pudieras: *ap.*
hoy mi vida te consagro,
y mil, si tantas tuviera;
¿y qué muger no da el alma
á un hombre de buena lengua?
Garcerán
Creció con el largo trato
nuestro amor, de tal manera,
que era mi alma una Troya,
y la suya otra Aguileya.
Por mancebo me tenia,
y persuadirse pudiera,
que casados estudiantes
muy pocas veces se encuentran.
Enternecióme su engaño,
y lastimome la afrenta
que de ofendella y burlalla
á su honor venir pudiera.
Y así, resuelto á morir
á las manos de la ausencia,
que no ofender el cabello
mas corto de su cabeza,
á la ocasion dí de mano,
vencí mi propia flaqueza,
dejé libros, cartapacios,
amigos, ciudad y escuelas;
y sin hablarla palabra,
ni escribir solo una letra,
solo con este criado
á mi casa dí la vuelta.
Turbose mi fiero hermano,
cayó mi muger enferma,
que aparecerse así, acaso
sangre y corazon altera.

Sintió en mis ojos la causa;
y crecieron sus sospechas
de mi amor, su enfermedad,
y acabó con su carrera.
Lloré su muerte temprana,
que no hay vida tan entera
que no la consuman zelos,
y que no la acaben penas.
Viudo, quise partirme
á Salamanca, y lo hiciera,
que la fé me aseguraba
de aquella adorada prenda,
si un amigo con quien tuve
alguna correspondencia,
que trataba de casarse,
por cierto, no me escribiera.
Dí crédito á sus razones,
que si se muda en presencia
la muger sin ocasion,
ausente qué hará, y con ellas
al fin mudé parecer;
y partiendo de Valencia
á aquesta corte he venido
á pretender por la guerra;
para que en Italia ó Flandes,
si se rompieren las treguas,
acabe con mis desdichas
una pistola flamenca.

Horacio.

Suspenso me habeis tenido
Garcerán, y entre las cosas
que he oido maravillosas,
ninguna me ha parecido
tan digna de admiracion.
como amando, y siendo amado,

dejar un hidalgo honrado
perder tan buena ocasion;
porque pocos, os prometo,
tuvieran tanta cordura,
que siempre el que ama, procura
que llegue su amor á efecto.

Mencia.

Anduvo Don Garcerán
como honrado caballero.

Horacio.

No hay negaros lo primero;
pero él hizo mal galan.

Mencia.

Peor fuera ofender la fama
de tan principal muger.

Horacio.

La ocasion no ha de perder,
señor Don Cárlos, quien ama;
y quédese comenzada
la cuestion para otro dia,
que de Garcerán querria
saber si tiene posada.

Garcerán.

Sí señor, que mi criado
la tiene ya prevenida.

Horacio.

La mia os tengo ofrecida,
si de ella no estais prendado,
que caballos y dinero
tendreis á vuestro servicio.

Garceran.

Serviros, señor, codicio,
que es el premio verdadero;
mas vino en mi compañía
un caballero, y los dos

posamos juntos.

Horacio.

Sin vos
voy descóntento, á fé mia;
pero aguardareos mañana
á comer.

Garcerán.

Iré á recibir
merced.

Horacio

Bien sabreis cumplir.
Tú tambien.

Solano.

De buena gana.

ESCENA XVII.

Dichos, menos el Conde Horacio.

Mencia.

Por ganarme por la mano
el Conde, no os he ofrecido
lo que él mismo.

Garcerán

Agradecido
os estoy.

Solano.

Y está Solano.

Garceran.

Yo os juro, á fé de quien soy,
que he estimado conoceros
tanto, que solo con veros
mirando mi bien estoy:
que sois del original
mas bello que formó el cielo
perfectísimo modelo
y retrato natural;

y no os pese parecer
á aquella Fenix divina,
que beldad mas peregrina
no alcanza humana muger;

Mencia.

Antes me quiero estimar
en mas de lo que hasta aquí,
pues habeis hallado en mí
cosa que os pueda agradar.
Y si estriva en mi presencia
parte de vuestro contento,
no haré, os juro, ni un momento,
de vuestros ojos ausencia.

ESCENA XVIII.

Dichos y Rivera.

Rivera.

¿Señor Don Carlos?

Mencia.

¿Rivera,
hay en que os pueda servir?

Rivera.

Vengoos, señor, á pedir
una cosa harto ligera,
para vos, que para mí
es, Don Carlos, bien pesada,
que vós hallareis posada
mucho mejor que os la dí;
pero tal huesped, seria
toparle grande aventura.

Mencia.

¿Pues quien quitarme procura
mi posada.

Rivera.

Dicha es mia.
Por el Rey está tomada
para cierto embajador,
y aquesta noche, señor,
ha de estar desocupada,
que ya la ropa han traido.

Mencia.

¿Y la mia?

Rivera.

En mi aposento
la metí. En el alma siento
no haberos mejor servido;
pero volvereis, que presto
se irá aqueste embajador,
que me debeis mucho amor,
y habeis de pagarme en esto.

Mencia.

De diferente manera
lo siento que es gran ganancia;
tener húesped de importancia.

Rivera.

No; por vida de Rivera.

Mencia.

Vé tú, y buscame posada,
Jaramillo, y acomoda
la ropa.

Garceran.

Llevenla toda
á la que tengo tomada,
que allí cerca de la mia
os armarán una cama.

Mencia

Por ventura tendreis dama,
y no querrá compañía.

Garceran.

No la tengo por mi vida.

Mencia.

Pues con esa condicion

la aceptaré.

Leonor.

¿Qué invencion *ap.*

es esta, que vas perdida?

Mencia.

Antes me pienso ganar, *ap.*

Leonor, por este camino.

Leonor.

Yo seré mal adivino *ap.*

si no hubiere que llorar.

Garceran.

Venid, sabreis mi posada.

Solano.

¿Es Jaramillo voacé?

Leonor.

Yo soy.

Solano.

La mano me dé

por amigo y camarada,

que la cama es buena y ancha,

limpia la ropa, y el hombre,

que por la cara y el nombre,

yo haré que metan ensancha;

que de ese nombre un pariente

tengo en Alcalá, y honrado,

que goza á fé de soldado

libros y vino escelente.

Leonor.

Toco, y haga buen provecho

lo que hubieredes bebido.

Solano.

Es el capan escogido.

Leonor.

Adios, Rivera. *Vanse.*

Rivera.

Esto es hecho,
que de esta suerte asegura
el capítan sus rezelos,
que con dineros y zelos,
no hay cosa que esté segura.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del Conde Horacio.

Solano y Leonor.

Leonor.

Bien has comido, Solano.

Solano.

Y bebido, Jaramillo,
que el clarete y el tintillo
andaban de mano en mano;
pero por Dios, que no estabas
despacio, á mi parecer,
si despues de bien comer
los huesos mondos chupabas.

Leonor.

Todos comimos, Solano;
pero en el beber me diste
quince, y falta.

Solano.

Bien dijiste;
mas soy montañés, hermano,
y como la tierra es fria,
en naciendo nos dan vino,
y con esto y con tocino
medra el muchacho, y se cria:
y asi, aunque beba del santo,
que es lo que alborota mas,
borracho no me verás,
alegre si, tanto cuanto.

Leonor.

¿Luego no lo estás, Solano?

Solano.

Algo siento en la cabeza,
mas remedio esta flaqueza
con acostarme temprano:
pero si duermo tan mal
como anoche, en cuatro dias,
las tristes lágrimas mias,
en piedras harán señal.

Leonor.

El nuevo huesped lo haria;
mala noche te habré dado.

Solano.

Que ya estoy acostumbrado
á dormir con compañia;
. . . .

Leonor.

. . . .

Solano.

. . . .

Leonor.

. . . .

Solano.

. . . .

Leonor.

. . . .

Solano.

. . . .

. . . .

Leonor.

. . . .

Solano.

. . . .

Leonor.

. . . .

Solano.

. . . .

Leonor.

. . . .

Solano.

. . . .

Leonor.

. . . .

Solano.

. . . .

Leonor.

. . . .

Solano.

. . . .

Leonor.

Solano.

Leonor.

Solano.

Leonor.

Solano.

ESCENA II.

Dichos, el Conde Horacio, Don Garceran, Rugero y Doña Mencia.

Horacio.

Pónganos de presto el coche,
Rugero, y ten prevenida
mas temprano, y mas cumplida
la cena, y no á media noche.

Garceran.

Si de esta suerte tratais,

señor, á los convidados,
si os parecieren pesados,
de serlo la causa dais;
que fué tanta la abundancia
de los manjares preciosos,
que á los festines famosos
esceden de Italia y Francia.
Que parece que á porfia
vertian cada momento
en la mesa el mar y el viento,
pescado y volateria.

Horacio.

Garcerán, siempre á mi mesa
se sirve un buen ordinario,
y alabar no es necesario
su abundancia, que me pesa.
Que aquesta ha sido comida
como para con amigos,
que para los enemigos
se adereza mas cumplida.
Que un estrangero grangea
con esto las voluntades,
para sus necesidades,
ya que otra cosa no sea.

Solano.

Mas que bien que te acudieron
los que te comen un lado,
aquel dia que en el Prado
en estrecho te pusieron.
Cree, que no hay que esperar
de aquestos comelitones,
s[illegible]
hay muy poco que fiar,
porque saben acudir
con mucha mas aficion

al doblon que á la ocasion,
á comer que no á reñir.

Horacio.

Digo que estás escelente,
y con la cuestion del Prado,
has, Solano, despertado
mi descuido impertinente;
que el papel que me escribió
el capitan no he leido.

Garcerán.

Estraño descuido ha sido.

Solano.

¿Pues quién comiendo leyó?
que papeles que se envian
estando el hombre sentado
á comer, piden prestado,
si acaso no desafian;
que como es hora tan cierta
pegan luego, y es mejor,
mientras comieres, señor,
mandar que cierren la puerta:
que tal papel puede ser
el que te dieren comiendo,
que te relaje leyendo
el deleyte del comer (1).

Garcerán.

Elocuente estás.

Solano.

El vino
era como un Ciceron.

Mencia.

¿Qué os escribe?

---

(1) *Lee el Conde para sí.*

Horacio.

Zelos son.

Garcerán.

Parece que estáis mohino.

Horacio.

¿Qué hora será?

Garcerán.

¿Qué es aquesto?

¿quién os perturba y altera?

Horacio.

Saber cuantas son quisiera.

Solano.

Las quince darán bien presto.

Garcerán.

¿Qué os escribe el capitan?

Horacio.

Brabatas con cortesía;
creo que me desafia;
leedle, Don Garcerán.

Garcerán lee.

Sentimientos con sombra de agravios piden satisfaccion como si lo fueran; que yo no procurarlo, ni yo fuera quien soy ni Alejandra quien es; pues por tio y marido tengo obligacion á solicitar: con uno de mis amigos aguardo á V. S. en el Campillo de Doña Maria de Aragon, á las dos, donde si razones no satisfacieren mi queja, habré de remitilla á las armas. = De la posada. = Don Beltran.

Horacio.

¿Qué os parece?

Garcerán.

Que es el viejo
bizarro, que teme y ama,
que quiere ser de su dama

galan, marido y espejo.
Que asegureis su temor,
que es soldado y caballero,
cumpliendo, Conde, primero
con vos, y con vuestro honor.
Y con tiempo prevenir
el suceso, y compañía;
y pues son dos, de la mia
os podeis, Conde, servir.

Mencia.

¡Ay de mí! con qué temores ap.
lucha mi imaginacion.
Mas cuerda resolucion
se puede tomar, señores;
que si reñis, es la dama
la que aqui viene á perder,
si no tiene la muger
mas que perder que su fama.
Que dirá sin resistencia
el fiero vulgo atrevido,
que por Alejandra ha sido
esta zelosa pendencia.
Y el olor, si bien se advierte,
de una mocedad sabida,
se imprime tanto en la vida,
que aun no le borra la muerte.

Horacio.

Don Cárlos, son escelentes
vuestras discretas razones,
muchas mis obligaciones,
justos los inconvenientes:
que estimo á Alejandra, y quiero
su honor tanto como el mio;
mas rehusar el desafio
es mengua de un caballero.

¿Pues qué medio podeis dar
que asegure este temor;
porque si acudo al amor
la honra ha de peligrar?

Mencia.

Cumplir podeis facilmente,
Conde, con entrambas cosas;
que ni son dificultosas
ni tienen inconvenientes.
A las dos ha de aguardar
el capitan: si es pasada
la hora determinada,
llegar tarde, no es llegar:
y si el papel con cuidado
leistes, no os desafia,
antes se queja, y seria
el responderle acertado.
Mas ha de ser de tal suerte,
que de lo que está sentido,
no os deis vos por entendido.

Garcerán.

Muy bien Don Cárlos advierte.

Mencia.

Aquesto, Don Garcerán,
es lo que importa, que pasa
el dia, y se va á su casa
á cenar el capitan.
Cena, acuestase temprano,
y á la mañana despierta
con resolucion mas cierta,
y con parecer mas sano.
Levántase, y oye Misa,
ve á Alejandra, y sus enojos
olvida, viendo sus ojos,
sus zelos, viendo su risa.

Y Alejandra de su parte
ablandará sus rigores,
que Venus con los favores
templó la fuerza de Marte.

Horacio.

Aunque dicen que el consejo
mas seguro ha de tener
tres cosas, porque ha de ser
de amigo, de sábio y viejo,
el vuestro, Don Cárlos, sigo;
porque de las tres, las dos
estan nacidas en vos,
que sois prudente, y amigo.
Y si es mejor responder,
que no ver al capitan,
hagámoslo, Garcerán.

Garcerán

Mas que escribir se ha de hacer.

Horacio.

¿Pues hay en qué reparar?

Garcerán

Algo he pensado, escribid.

Horacio

A mi aposento venid.
Vos, señor, á visitar
podeis ir mientras escribo
á Alejandra estos enojos;
mirad si sienten sus ojos,
que es el alma con quien vivo.

ESCENA III.

Doña Mencia y Leonor.

Mencia.

Direle de vuestro amor
mil imposibles.

Leonor.

¿ Es hora
que te pueda hablar, señora?

Mencia

Ni aun agora lo es, Leonor;
que aquestas cosas de Horacio
hacen me olvide de tí;
que para saber de mí
no me dan siquiera espacio;
que preguntarte deseo
cómo te va con Solano.

Leonor.

Con buen gigante villano
con pocas fuerzas peleo.

Mencia.

¿ Tan presto tanta flaqueza?

Leonor.

Pues verte con él, señora,
no una noche, sino un hora;
veremos tu fortaleza.

Mencia.

¿Por ventura, ha sospechado
que eres muger?

Leonor.

Desventura
fuera saber por ventura
lo que yo tanto he guardado.

Mencia.

¿ Pues qué hay, Leonor, que te asombre?

Leonor.

Lo que se puede temer;
. . . .
. . . .
Y porque con tiempo trates
del remedio por rodeos,

me ha dicho, no sus deseos,
sino algunos disparates;
y por eso es mi temor,
mas grande que el que parece,
que si la ocasion se ofrece,
¿qué hará la pobre Leonor?

Mencia.

Alquila una cama luego;
pero mira que es mas sano
asegurar á Solano,
no se encienda mas el fuego.
Deja pasar unos dias,
y despues de asegurado,
muda cama, y deja el lado

Leonor.

[illegible]

Mencia.

Por lo á mí cuenta.
Y agora aquí has de esperar
á que acaben de escribir,
y á Don Garcerán seguir,
y de él no te has de apartar;
que es belicoso, y entiendo
que han de salir á buscar
al capitan, y atajar
este disgusto pretendo.
Y si pasare adelante,
Leonor mia, como el viento
me avisarás al momento.

Leonor.

No habrá rayo semejante.

ESCENA IV.

Sala en casa de Don Juan.

Don Juan, Alejandra, Leonardo y otros.

Juan.

Dejadnos solos; la puerta
lleve Leonardo tras sí.

Alejandra.

No importa, déjala asi.

Leonardo.

¿Cierro, ó dejaréla abierta?

Juan.

Cierra, acaba.

ESCENA V.

Don Juan y Alejandra.

Alejandra.

Y la ventana,
quedarémonos á óscuras.

Juan.

Para reñir tus locuras
lo hiciera de buena gana;
que es tanta tu liviandad,
que verte sin luz gustára,
porque no viendo tu cara,
te hablára con libertad;
mas pues tantas atropellas,
Alejandra, sin sentillas,
la vara para decillas
tendré, que tú para hacellas.
Dime, muger mas ligera
que tu vano y ciego amor,
¿quién sino tú con su honor

tan pródiga y loca fuera?
No entiendo tus desvaríos;
dí, atrevida, lo que intentas;
porque la memoria afrentas
de tus padres y los mios.
¿Tú con el Conde en un coche
y á vista de tanta gente,
te paseas libremente,
y tan cerca de la noche?
¿Qué puedes tú pretender,
sino tu infamia, del Conde?
pero por tí me responde
ser muger, y ruin muger.
¡Y que estés ya tan perdida,
que le quieras por galan,
afrentando al capitan,
y quitándome la vida!
Vuelve en tí; con mas cuidado
tu vida traza y ordena,
que la muger, cuando es buena,
es un relox concertado:
que el móvil y el fundamento
de esta admirable invencion,
es la medida razon,
y asentado entendimiento.
Son las ruedas los sentidos,
que contar dos movimientos,
detienen los pensamientos,
cuando pasan de atrevidos.
Las pesas son el nivel,
con que el bien ó mal obrar
se ha de medir y pesar
como en un peso fiel.
El índice que señala
la hora los ojos son.

que dicen del corazon
si la tuvo buena ó mala.
Es el volante el temor,
y aquel contino pensar,
que ha de correr sin parar
hasta la muerte el honor.
Despertador, la memoria
de quiénes, y á quién se ofende,
cuando deslustrar pretende
de sus mayores la gloria.
Es la campana su fama,
que sino la tiene buena,
por mas que la cubran, suena
y entre todos se derrama.
Es relojero el cuidado,
que á no tenerle, ha de estar
alborotado el lugar,
y el relox desconcertado.
Y si de ti no le tienes,
siendo á tu honor importante,
del relox un semejante
á ser propiamente vienes
Y asi instrumentos pesados,
por fuerza vendreis á ser,
que el relox y la muger
suenan mál desconcertados.

Alejandra.

¡Jesus, y qué gracia, hermano,
tienes para predicar!
¡qué lenguage para orar!
¡qué accion! ¡qué sacar de mano!
que segun has ponderado
mis liviandades y errores,
son mis delitos mayores,
que el mas horrendo pecado.

¿Yo hablé al Conde, yo, Don Juan,
con tanta desenvoltura?
sueños serán, por ventura,
tuyos, ó del capitan.
Cuanto mas, que si salí
ayer al campo, ¿en qué erré
contra la empeñada fe
que á mi tio distes y dí?
que si tan leve ocasion
pudiera descomponer
la honra de una muger,
buena andaba la opinion.
Si han de andar tan concertadas
como el relox, á fe mia
que en la corte cada dia
oyeras mil badajadas.
Y si asi tu lengua infama
su sangre, que hará la agena,
muger ninguna habrá buena,
ni honesta, ni limpia fama.

Juan

Es agravio con rigor
reprender tu liviandad.

Alejandra

Fuerzasme la voluntad,
que es el agravio mayor.
Casasme, y al yugo pones
dos novillos desiguales,
mal las partes principales
del matrimonio compones.
¿Y tan desigual partido,
cómo quieres que me cuadre,
si á quien puede ser mi padre
este me das por marido?
Mas no me tienes amor,

que á tenermele, del Conde
fuera muger.

Juan.

No se esconde
el amor ni el desamor.
Dime, ¿no es tu tio un hombre
rico, principal y honrado,
que por noble y por soldado
es respetado su nombre?
Y que le harán del Consejo
por sus servicios mañana;
¿pues qué te cansa liviana?

Alejandra.

Ser á mi disgusto, y viejo.

Juan.

¿El ser viejo? Pues despacio,
Alejandra, y sin pasion,
el cuidado y ojos pon
en la persona de Horacio.
Verás mil imperfecciones
desde la planta á la frente,
que ni es galan ni es valiente,
ni luce en las ocasiones,
ni tiene mas calidad,
que tu tio, ni es mejor,
ni es de mas fuerza ó valor
en su boca la verdad;
y un hombre tan á disgusto
de la Corte, que la enfada.
¿Si esto es asi, qué te agrada?

Alejandra.

Ser mozo, y ser de mi gusto.

Juan.

¡O infame! (*Saca la daga.*)

Alejandra.

¡Jesus! detente:
¡daga para mí, señor!
envaina, que el resplandor
me matará de repente.

ESCENA VI.

Dichos, Leonardo y Olivera.

Olivera.

¿Señor Don Juan?

Juan.

¿Olivera,
viene el capitan, mi tio?

Olivera.

No señor.

Juan.

Tu desvario,
castigár, loca, quisiera;
mas no faltará ocasion:
¿Dónde queda?

Olivera.

Escucha aparte,
que hoy reina, sin duda Marte,

Leonardo.

Quejas del capitan son.

Alejandra.

Ay Leonardo, en grande aprieto *ap.*
me ha puesto Don Juan.

Leonardo.

¿Porqué?

Juan.

¿Qué me dices?

Olivera.

Lo que sé;

y la verdad, en efecto,
que yo le llevé el papel.

Juan.

¿Con quién salió el capitan?

Olivera.

Con el alférez Guzman.

Juan.

Buen amigo tiene en él.
Por tí, Alejandra, por tí
anda la Corte revuelta.

Alejandra.

¿Por mí?

Juan.

Calla, desenvuelta.
Ven, Olivera, tras mí. *Vase.*

Alejandra.

¡Ay de mí, Leonardo amigo,
detenle, que va enojado.

Leonardo.

Si haré, mas será escusado,
que está Don Juan mal conmigo.

ESCENA VII.

Alejandra.

¡Qué de espinas, amor, entre las flores
de tus deleites tienes escondidas;
y que de dias y horas desabridas
en el breve placer de tus favores!
¡Qué de pesares siembras entre amores
de glorias y esperanzas prometidas,
y qué de sobresaltos en las vidas
que asegurar pudieran sus temores!
Si eres tan falso, amor, que divertidos
nos llegamos á tí ¿qué dulce engaño
es este, con que, amor, nos traes perdidos?

¡Mas ay de mí! que conociendo el daño,
juzgamos por tan cuerdos los sentidos,
que tenemos por loco el desengaño.

ESCENA VIII.

Alejandra y Leonardo.

Leonardo.
No le he podido alcanzar,
que con los pies parecia
que volaba y no corria.
Alejandra.
Bien te sabes disculpar.

ESCENA IX.

Dichos, Villena y Funes, trayendo el uno un vestido de muger y manto, y el otro unos chapines con virillas de plata.

Leonardo.
Aquí estan Villena y Funes.
Alejandra.
Platero y sastre han venido:
á mal tiempo es el vestido.
Funes.
¿Y el manto?
Alejandra.
El manteo.
Funes.
El lunes.
Alejandra.
Póngale en ese bufete,
y venga por la mañana,
que agora no tengo gana

de probarmele.

Funes.

El ribete

advierta usted,
que se me debe, y la seda;
la cuenta á Leonardo queda.

ESCENA X.

Dichos menos Funes.

Alejandra.

Acaben ya; dejenme,
señor Villena, el cuidado
estimo, que va curioso
el joyel, como precioso,
y el San Jacinto estremado.

Villena.

Aquestas cosas no son
de las que cuidado dan,
porque al señor capitan
tengo mucha obligacion.
Pidióme se le buscasen
estas joyuelas tambien;
y si te parecen bien
que en tu poder se quedasen.

Alejandra.

¿Y qué son?

Villena.

Apretadores

de diamantes.

Alejandra.

Serán caros.

Villena.

Tienen fondo y son muy claros,
y de lindos resplandores.

Alejandra.

No me contentan, ni nada,
como venga por sus manos.

Villena.

Casar viejos cortesanos
con mozas, triste jornada.
¿Al fin, no contentan?

Alejandra.

No:
vealos el capitan,
quizá le contentarán.

Villena.

No haré tal desorden yo,
si habiéndomelas pedido
Horacio, no se las diera.

Alejandra.

Del Conde las recibiera
como fuera mi marido.

Villena.

Es gran cosa hombre de estado,
y mozo.

Alejandra.

No me dé pena.
¿Y mis chapines, Villena?

Villena

Aqui los trae mi criado.

Alejandra.

Muestra: ¡qué angostas virillas!

Villena

No se usan mas de dos dedos.

Alejandra.

Echan á perder los ruedos;
ya me causan.

Villena.

Pues hundillas;

Leonardo.

Hoy no estás de buen humor.

Alejandra.

Estoy, Leonardo, perdida;
cánsame mi propia vida.

Leonardo.

¿Qué tienes?

Alejandra.

Miedo y amor.

Villena.

No quiero daros disgusto.

Alejandra.

Toma, guarda esos chapines (1):

Villena.

No prometen buenos fines
bodas con tan poco gusto.

ESCENA XI.

Dichos menos Villena.

Alejandra.

¿Fuese Villena?

Leonardo.

Ya es ido.

Alejandra.

¡Qué oficiales tan pesados!
con ellos, y mis cuidados
se cansará el mas sufrido.

Leonardo.

Don Cárlos viene, señora.

---

(1) *Ponen los chapines con el vestido sobre la mesa.*

ESCENA XII.

Dichos, y Doña Mencia.

Mencia.

¿Bella Alejandra?

Alejandra.

Mis males,
no son, Leonardo, mortales,
pues mi suerte se mejora.

Mencia.

¿En qué puedo yo serviros?

Alejandra.

Toma esta silla, y sabreis
mi dolor, pues conoceis
la causa de mis suspiros.
Y tú con atentos ojos,
mira desde ese balcon
quién entra ó sale.

Leonardo.

Ocasion
es para nuevos enojos.

ESCENA XIII.

Dichos, menos Leonardo.

Mencia.

Quísiera con mas espacio,
y con mas gusto escucharos,
que sabeis tambien quejaros,
como atormentar á Horacio.

Alejandra.

Si supiésedes, señor,
lo que por él ha pasado,
en mas hubiera estimado

el Conde mi fé y amor;
que el cuchillo á la garganta
puedo decir que he tenido,
que de un hermano atrevido,
fue crueldad fiereza tanta.

Mencia.

Tanto rigor, no es posible
sino es con grande ocasion;
que sin ella la pasion
no hace á un hombre tan terrible.

Alejandra.

¿Qué mayor que la pasada,
y conocer que á su tio,
trató con tanto desvío,
y estuve tan apretada?

Mencia.

Pues de aquesos disfavores,
asperezas y desvíos,
nacen otros desvaríos,
y por ventura mayores.
Sabed que ha desafiado
hoy el capitan al Conde.

Alejandra.

Siempre, señor, corresponde
con el temor el cuidado.
Este suceso temí,
que mi corazon leal
pronosticó tanto mal.

Mencia.

No os alboroteis, oí,
que por hoy está seguro
que ningun desman suceda.

Alejandra

¿Quién hay que atajarlo pueda?

Mencia.

Yo, Alejandra, lo procuro;
y con el mismo cuidado
un principal caballero.

Alejandra.

¿Quién es?

Mencia.

Aquel forastero,
tan valiente como honrado,
que por el Conde y por vos
puso en peligro su vida.

Alejandra.

De amistad tan conocida
somos deudores los dos.
Deséolo conocer
por lo que de su persona
me ha dicho Horacio Colona.

Mencia.

Sábelo muy bien hacer;
él os vendrá á visitar.

Alejandra.

Decidme, señor, ¿mi tio
fue quien hizo el desafio?

Mencia.

Y el que habeis de regalar.

Alejandra.

¿De qué suerte, si es el Conde
el dueño de mis sentidos?

ESCENA XIV.

Dichas y Leonardo.

Leonardo.

Señora, somos perdidos.

Alejandra.

¿Qué dices? habla, responde.

Leonardo.

Que con Don Juan, mi señor,
viene el capitan.

Alejandra.

¡Ay triste!
¡que pecho humano resiste
nuevas de tanto dolor!
que si aqui os halla Don Juan
temo alguna desventura,
y mayor me la asegura
la furia del capitan.

Mencia.

¿Llegan cerca?

Leonardo.

En esa esquina
estan parados hablando.

Mencia.

Una traza estoy pensando.

Alejandra.

Yo mi muerte.

Mencia.

Es peregrina.
Dadme de presto un vestido
de los vuestros, que ya he estado
otra vez tan apretado
y esta traza me ha valido:
que la cara, talle y brio
no lo han de echar á perder,
que yo haré que por muger
me tengan tu hermano y tio.

Alejandra.

Pues vele aqui, que parece
le tenia prevenido

para este efecto.

Mencia.

Nacido

me vendrá.

Leonardo.

A vestirse empiece,

que yo á la puerta estaré
y avisaré con cuidado.

Alejandra.

¡Hay tal! el talle es pintado.

Mencia.

¿Parezco bien?

Alejandra.

Bien á fé.

Mencia.

Yo soy muy lindo y bien hecho.

Alejandra.

Qué buenas piernas y pies.

Mencia.

Esto para tí no es
ni de gusto ni provecho.
Esconde aquestos despojos
pues con estos me renuevo.

Alejandra.

¡Ay Dios, qué gentil mancebo! *ap.*
tras él se me van los ojos.

Mencia.

¿Hay chapines?

Alejandra.

Sí.

Mencia.

Pues muestra.

Alejandra.

Caerás con ellos.

Mencia.

No haré;
que tiento da al que no vé
la necesidad maestra.
¿Ando bien?

Alejandra.

Tiénesme loca:
de tu destreza, me espanto:
¿quieres toca?

Mencia.

No, que el manto
me podrá servir de toca.
¿Puede alguno por ventura
juzgarme por hombre?

Alejandra

No,
porque el cielo igual te dió
el ingenio y la hermosura.
¡Qué bien te está el trage!

Leonardo.

Aviso,
que suben ya la escalera.

Alejandra.

Oigo.

Leonardo.

¡Jesus!

Alejandra.

¿Qué te altera?

Leonardo.

Ver un ángel de improviso,
que el hábito y el semblante
al mas tentado provoca.

Alejandra.

Leonardo, sella la boca
con este rico diamante. (*Dale una sortija*).

Leonardo.

No hablaré mas que una piedra.
¡Hay mas graciosa invencion!

ESCENA XV.

Dichos, Don Beltran y Don Juan.

Juan

Dar lugar á la pasion,
y en tal caso que le medra,
dejaldo, si sois servido,
que estas son cosas pesadas.

Beltran

Con darle dos cuchilladas
estuviera concluido

Alejandra.

Hermano, tio y señor,
hoy sin verme, ¿qué es aquesto?
Tanto descuido tán presto
señal es de poco amor;
que á no haberme divertido
con esta dama, mi amiga,
la soledad enemiga
mucho la hubiera sentido.

Beltran

Alejandra, si entendiera
que divertirte podia,
todás las horas del dia
te regalára y sirviera;
pero como estoy tan cierto
que mi vista te da enojos,
y que en mí pones los ojos,
como en un cadáver muerto,
retírome, porque veo
que te doy disgusto en verte,

privándome de esta suerte
de aquello que mas deseo,

Mencia.

Ella me ha dicho, os prometo
de vos dos mil escelencias.

Beltran

Que todas son apariencias.

Mencia.

Todo es amor y respeto.

Alejandra.

Siempre he sido desgraciada
con mi tio; estoy corrida
de ver que no sea creida
cuando estoy menos culpada.

Juan.

¿Leonardo, no echas de ver *ap.*
cuán trocada está mi hermana?

Leonardo.

De la noche á la mañana
no hay firmeza en la muger.

Mencia.

Terrible desconfianza.

Beltran.

Efectos son del amor.

Juan.

¿Leonardo? ¡Ay de mí! *ap.*

Leonardo.

¿Señor?

Juan.

Mira que nueva mudanza.
¿Sabes quién es, por tu vida,
aquesta hermosa muger?

Leonardo.

Bien á fé.

Juan.

¡Tan presto arder! *ap.*
¡tan presto el alma rendida!
¿No respondes?

Leonardo.

Una amiga
de tu hermana ¡Hay tal suceso! *ap.*

Juan

¡Ay, Leonardo, pierdo el seso!

Leonardo.

¿Qué tienes?

Juan

Amor lo diga.
¿Y sabes cómo se llama?

Leonardo.

No lo sé ¡Gracioso loco! *ap.*

Juan.

¿Ni dónde vive?

Leonardo.

Tampoco.

Juan

Tanto mas crece mi llama.

Beltran.

Digo que vivo engañado,
y en albricias del favor
los quilates de mi amor
prueba en la fe que te he dado.

Leonardo.

¿Qué, te has ofendido?

Juan.

Mira,
Leonardo, aquella muger,
y podrás echar de ver
lo que suspende y admira.
Mira en sus ojos dos soles

que despiden claros rayos,
y en sus megillas dos mayos
con nativos resplandores.
Mira en su boca cifrado
un paraíso terreno,
y mira un cielo sereno
en toda junta pintado.

Leonardo.

¡Ay tan estraño accidente!
Señor, vuelve en tí, ¿qué es eso?
que todo es de carne y hueso,
ojos, mejillas y frente.
Quiérote desengañar,
mas será echarlo á perder.

Beltran.

Quiero, sobrina, creer
lo que pudiera dudar.

ESCENA XVI.

Dichos y Olwera.

Olivera.

Un criado quiere hablarte
del Conde Horacio.

Beltran

Olivera,
dile que ya salgo fuera.
Don Juan, escucha á esta parte.

Alejandra.

¿De quien ha sido el recado
que se dió con tal secreto?

Beltran

De un amigo, te prometo.

Alejandra.

¿Amigo, y tan recatado?

Juan.

Decís bien; ya no se escusa
como el recado primero

Alejandra.

¿Dónde vais?

Juan.

Un caballero
nos aguarda.

ESCENA XVII.

Dichos menos Don Beltran y Don Juan.

Alejandra.

Estoy confusa:
Don Carlos, el corazon
me dice que es el recado
del Conde Horacio.

Mencia.

Cuidado
me dá tu imaginacion;
péro de él saldré bien presto:
ayudame á desnudar.

Alejandra.

Mira que vuelven á entrar.

Mencia.

Jaramillo.

ESCENA XVIII.

Dichos y Leonor.

Leonor.

¿Qué es aquesto?
¿señor, qué invencion, que trage
es aqueste, qué vestido?

Mencía.

Despues sabrás lo que ha sido.

Alejandra.

¿Don Carlos, es vuestro el page?

Mencía.

Mio es, y de él sabremos
aquello que rezelamos,
porque tanto cuanto amamos
viene á ser lo que tememos.
¿Dónde queda Garcerán,
Jaramillo?

Leonor.

Con Horacio
le dejo junto á palacio
esperando al capitan,
que para darle un recado
le salió á buscar Rugero.

Alejandra.

Mi temor fué verdadero.

Mencía.

Y con causa mi cuidado.

Alejandra.

Vestios luego al momento,
y procurad atajar
el daño, no deis lugar
á algun suceso sangriento.
No llegue su desvario
á hacerle tan lastimoso,
que pierda en el Conde esposo,
y en los dos hermano y tio.

Mencía.

Mucho mas que tu temor
es, Alejandra, mi pena;
pero aquesta traza ordena
para tu remedio amor.

Toma un manto, y no te asombres,
si acáso milagros vieres
que amor hace hombres mugeres,
como hace mugeres hombres.
Que de esta suerte tapadas,
y sin otra compañia,
con tu firma amor confia
que hará mas que sus espadas.
En hacerlo no aventuras
tu honor, ni el caso es liviano,
si del Conde y de tu hermano
el sosiego y bien procuras.

Alejandra

¿Qué no haré por redimir
vida que tanto me cuesta?

Leonor.

Señor, buena anda la fiesta.

Mencia

¿Cómo acertaré á salir?

ESCENA XIX.

DECORACION DE CALLE.

Horacio, Garcerán y Solano.

Garceran.

Aquí podemos, señor,
esperar al capitan.

Horacio.

Ha sido, Don Garcerán,
la resolucion mejor.

Garcerán.

Hablarle es mas acertado,
porque escribe el mas prudente
sin pensar pesadamente

si acierta á estar enojado.
Y aquesta opinion es mia,
que no hay arma tan cruel
que hiera como un papel
escrito con demasía

Horacio

Segun se tarda Rugero
no ha dado con él.

Solano

Por Dios,
que si salen mas de dos,
he de reñir el postrero.
Ya vienen los bravoneles.

Garceran.

¿Son ellos, Conde?

Horacio.

Ellos son.

Solano.

Señores, anden á un son
espadas y cascabeles.

ESCENA XX.

Dichos, Don Beltran y Don Juan.

Solano.

Que brava salva se han hecho
con los sombreros, si calva
tuviera alguno, la salva
no le hiciera buen provecho.

Horacio.

Aqui, señor capitan
me ha traido un papel vuestro,
sino puntual, con gana
de serviros, y de serlo.
Bien podeis con libertad

decirme qué es vuestro intento,
que de lo que aqui pasare
seguro estará el secreto;
que con atentas orejas
escucharé como reo
el cargo, que pongo en duda
podais con justicia hacerlo.

Beltran

Señor Conde, el cargo es justo,
y si como justo recto
fuera el juez condenado
estábades en derecho.
Ya sabeis mi calidad,
y tambien el parentesco
que tengo con Alejandra,
y mi pretension tras eso,
y que es su hermana Don Juan
tan honrado caballero,
que es digno que se le guarde
justo y debido respeto.
Pues siendo así, vos, señor,
con músicas y paseos,
haceis pública la causa
y evidentes los efectos:
que á pie, á caballo y en coche
como si fuera terrero
la calle de los Preciados,
os preciais de ser molesto.
Y que una tarde en el prado,
á vista de todo el pueblo,
á su pesar y disgusto,
fuistes su coche siguiendo.
Y tras esto tan pesado,
tan atrevido y tan nécio,
que al paso de sus caballos

iba caminando el vuestro.
Todas estas cosas, Conde,
me han dicho, y yo las sospecho,
y sospechas informadas
hacen el caso mas cierto.
Y porque entendais que agravios
no consienten ni consiento,
sus deudos como su sangre,
ní yo como esposo y deudo,
á este lugar para hablaros
os llamé, donde pretendo,
ó acabar con mis cuidados,
ó asegurar mis rezelos.
Que si á costa de mi honor
vuelan vuestros pensamientos,
las alas les quebraré
como á locos y soberbios.

Horacio.

Otras veces, capitan,
mas reportado y mas cuerdo,
pienso que me habeis hablado,
y sobre este caso mesmo.
Pero agora echo de ver
que está vuestro entendimiento
con la pasion deslumbrado,
y el discurso poco menos.
Y que lo estais, cosa es llana,
pues no veis que es un ejemplo
de honestidad Alejandra,
como de hermosura un cielo.
Que limpiamente la he hablado
algunas veces, confieso;
y si es culpa que me carga,
yo, capitan, me condeno.
Mas puedoos asegurar,

que de su recato honesto,
nadie podrá murmurar,
vive Dios, sino mintiendo.
Y quien la infama y murmura
sois los dos, pues falsos sueños,
locas imaginaciones
admitis por casos ciertos.
Mengua es de hombres principales
tener de una muger zelos,
si es la mas segura guarda
ni pedillos ni tenellos.
Y asi, capitan, de hoy mas,
de tan flacos fundamentos
no levanteis edificio
que os venga á servir de entierro.

Juan.

Conde, el capitan, mi tio,
no es de los hombres plebeyos
con quien se pueda tratar
con tan desigual imperio:
ni yo, siendo su sobrino,
lo he de consentir. Tratemos
lo que importa, que palabras
no son de ningun efecto,
que él se queja con razon,
y con la misma me quejo,
como mas interesado
en su daño ó su provecho.

Garcerán.

¿Qué quejas, qué sin razones,
qué agravios, qué sentimientos
son estos, si son mayores
los del Conde que los vuestros?
Si andais de noche y de dia
por todo el barrio inquiriendo

si pasó por vuestra calle,
á qué hora, y á qué tiempo;
si habló Alejandra, si acaso
por avisarla habló recio
enfrente de su ventana
al lacayo, ó al cochero.
Diligencias escusadas,
impertinentes desvelos,
que no sirven para mas
que infamarla y ofenderos.
Y de vos, señor, me espanto,
que consultando al espejo,
no echeis de ver que han pasado
por vos ya sesenta inviernos;
y es vergüenza que se diga
que un hombre de canas lleno,
ande acuchillando esquinas
cuando ha de darnos consejos.
Dejad ya, por vida mia,
amorosos devaneos,
valentías de soldado
y locuras de mancebo.
Y si habeis de andar, señor,
cada dia en estos pleytos,
acabarlos de una vez
es el mas fácil remedio;
que ya en el prado perdí
en otra ocasion el miedo,
al herir de esas espadas
y al brio de aquesos pechos.

Beltran.

¿Sois vos aquel gentil hombre
con quien el pasado encuentro
tuvimos Don Juan y yo?

Garcerán.

El mismo soy.

Beltran.

Ya rebiento, *ap.*
ya con mis zelos mayores,
y mis temores mas ciertos;
que este fue quien hizo espaldas
á mi afrenta y vituperio.
Sobrino, el Conde sin duda
nos ha ofendido.

ESCENA XXII.

Dichos, Doña Mencia y Alejandra cubiertas con mantos, y Leonor detras en hábito de hombre.

Alejandra.

Aguijemos,
que dan voces.

Solano.

Vive Dios,
que es el capitan Acedo,
temor tengo que ha de haber
algun diluvio sangriento.
Si de esta escapo, hermitaño
tengo de ser ó ventero.

Juan

¿Pues qué aguarda un ofendido?
Meted mano.

Alejandra.

Caballeros, (*Descúbrense.*)
mirad quien teneis delante.

Juan.

Alejandra ¿qué es aquesto?

Horacio.

¿Don Carlos?

Garcerán.

¿Doña Mencia, y
señora?...

Mencia.

Paso, estais ciego:
¿no me conoceis?

Garcerán.

¡Ay triste!
perdonad, que estoy sin seso;
que como dentro del alma
traigo, Don Carlos, impreso
aquel fénix de hermosura,
y sois su retrato bello,
toda el alma se alborota
cuando de repente os veo,
y mas en aqueste trage,
que en solo verle ardo y tiemblo.
¿Qué os parece de esto, Conde?

Horacio.

Tieneme el caso suspenso.

Mencia.

Aquesto, Conde, ha de ser
vuestro principal remedio,
disimulad, que despues
vereis si fué de momento
aquesta transformacion.

Garcerán.

Es admirable su ingenio.

Beltran.

¿Qué es esto, Alejandra ingrata,
vienes á darme veneno
con tu vista, y encender
mas mi cólera y mi fuego?

Alejandra.

No vengo, sino á escusar,

tio, y señor, lo que temo
que es mi honor el que padece,
y soy yo la que mas pierdo.
No quiera mi suerte avara
que pierda con el suceso,
hermano que tanto amo,
y tio que tanto quiero.

Beltran.

¿Tú me quieres?

Juan.

¿Tú me estimas?

Mencia.

Señor capitan, dejemos
las cosas que traen consigo
desengaños verdaderos,
y sed amigo del Conde.

Beltran.

¿Yo amigo?

Mencia.

Si, yo os lo ruego,
y á vos, señor, os suplico
que me seais buen tercero.

Juan.

¿Cómo podré disponer
de voluntad que no tengo
que si es vuestra, ya no es mia?

Mencia.

No respondo á quien no entiendo.

Juan.

Pues reparad en mis ojos,
que ellos dirán lo que siento,
que como lenguas del alma,
á voces lo están diciendo.

Mencia.

Bien está, ya os he entendido,

este negocio acabemos;
sosegad á vuestro tio,
que despues nos hablaremos.

Juan

Ya veis, señor, á mi hermana
y á esta dama de por medio;
de la una el llanto obliga,
como de la otra el ruego.
Lo forzoso, voluntario
se ha de hacer; al Conde hablemos;
sin admitir mas descargo
que la confesion que ha hecho.

Beltran.

Harelo por daros gusto.

Mencia.

Ha de ser con juramento
que confirme esta amistad.

Juan.

Eso será lo de menos.

Beltran.

Como el Conde de su parte
no dé ocasion, yo la aceto.

Horacio.

De mí, señor capitan,
podeis estar satisfecho.

Beltran.

Pues con esa condicion
ser vuestro amigo prometo,
y en vuestras hermosas manos
hago homenage de serlo (1).

Mencia.

Vos, Alejandra, lo mismo
pedid al Conde.

(1) *Da las manos á Mencia.*

Horacio.

¿Qué es esto, *ap.*
querida Alejandra mia?

Alejandra.

Fuerza de amor.

Horacio.

Yo lo creo.

Alejandra.

Dadme la mano ¿Jurais,
Conde, como caballero,
de ser su amigo?

Horacio.

Sí juro,
como jureis vos primero *ap.*
de ser mi esposa

Alejandra

Sí juro.

Mencia.

Pues hagaos muy buen provecho,
como malo al capitan
si os pusiere impedimento.

Alejandra.

No lo entiendo, habla, señor, *ap.*
mas bajo, y á lo que os debo
no añadais obligaciones.

Mencia.

De serviros, yo las tengo, *ap.*
como servidor del Conde.

Alejandra.

Señores, aquesto es hecho.

Horacio

A Dios, señor capitan. *Vase.*

Beltran

Guardeos, señor Conde, el cielo.

Mencia.

Dad la mano á vuestro tio,
que yo á vuestro hermano quiero
hacer aqueste favor.

Juan.

Por él, señora, os las beso (1). *Vanse.*

Solano.

Jaramillo, este tu amo
debe de ser hechicero,
escolar ó nigromante;
porque aquellos envelecos,
y aquestas transformaciones,
quién las hace sino aquellos
que andan de viga en viga,
y vuelan de techo en techo.
Y si es asi, Jaramillo,
dile que yo se lo ruego,
que no me convierta en ganso
sino en vino de Alaejos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en la posada.

Doña Mencia. Garcerán, Leonor y Solano.

Garcerán.

Bien salió el disfraz, Don Cárlos.

Mencia.

Enamorarse Don Juan,
ha sido, Don Garcerán,
mucho mejor que engañarlos.
¿Qué ha dicho el Conde?

Garcerán.

Está loco
de placer.

Mencia.

Y con razon,
que tener la posesion
de quien bien quiere, no es poco.
Y pues sus cosas amor
las ha puesto en tal estado,
las vuestras me dan cuidado
y veros sin él mayor.
Vos quereis bien, vos amais,
y tan principal muger,
ausente no puede ser,
pues presente la olvidais.
Que quien tiene amor constante,
aunque lo amado esté ausente,

en todo tiempo presente
lo ha de juzgar el amante;
y así, pienso que perdida
teneis la memoria de ella.

Garcerán

¡Ay Don Cárlos! vive en ella;
que quien ama tarde olvida;
que las cenizas están
de aquel incendio calientes,
y aquellos dias presentes
. . . . ¿

Mencia.

No sé cómo concertar
tanto arder, penar, sufrir,
con no la ver ni escribir,
ni alguna disculpa dar.
Que si como vos la amára,
fueran como mis deseos
las cartas, y los correos
que escribiera y despachára.

Garcerán.

¿Pues quién tendrá atrevimiento
de escribir á una muger
tan principal, sin temer
su ira y su sentimiento?
Que si cuando me partí
de Salamanca lo hiciera,
no dudára, ni temiera
escribirla desde aqui.
Pero quien usó con ella
tan desigual cortesía,
escribiéndola, seria
hacer mayor su querella.

Mencia.

No teneis que reparar,

ni qué dudar ni temer,
que quien bien supo querer,
tarde y mal sabe olvidar.
Escribilda este ordinario;
yo tambien escribiré
á persona que le dé
las cartas, si es necesario.
Que cuando tenga entendida
la ocasion de vuestra ausencia
hallareis sin resistencia
dulce y alegre acogida.

Garcerán.

Escribámosla en buen hora,
y ha de ser entre los dos.

Mencia.

Mejor lo hareis solo vos.

Garcerán.

Teme el alma que la adora.

Leonor.

¿No ves la conversacion
de nuestros amos, Solano?

Solano

Si no murmuran, hermano,
tratan nuestra perdicion;
que estos pelones listados
descansan con nuestras penas,
y son pobres de sus cenas
decir mal de sus criados.

Garcerán.

Saca aqui fuera, Solano,
el recado de escribir (1).

Mencia.

Tú, Jaramillo, acudir

(1) *Va Solano por el recado de escribir.*

puedes al correo temprano,
y buscarasme quien parta
á Salamanca, á las veinte,
porque traiga brevemente
respuesta de aquesta carta;
pero no vayas, detente,
que hablar quiero yo á Morales,
que piden despachos tales
mas solícito espediente.

Solano (1).

Aqui tienes el recado
de escribir y de contar,
de mentir y de engañar,
de notar y ser notado.
¿Falta otra cosa?

Garceran.

Poner
este bufete á este lado

Solano (2).

Todo lo quiere pintado
quien no tiene que comer.
¿Está bien?

Garcerán.

Llega otra silla.

Solano.

Y aun dos he llegado. ¿Ay mas?
que si como mandas das,
serás señor de Tobilla.

Mencia.

No os divierta aqueste loco;
empieza á escribir.

(1) *Sale con el recado.*
(2) *Pone el bufete.*

Garcerán.

Solano,

calla.

Mencía.

Sosegad la mano,

sin borrones, poco á poco.

Garcerán.

Direla mi soledad,
y la larga pena mia;
pintaré mi cobardía,
y mi firme voluntad;
mis suspiros y mi llanto,
con que me abraso y me anego.

Mencía.

¿Qué es esto, amor? ¡tanto fuego *ap.*
y en mi pecho hielo tanto!
Pero conviene á mi honor
hacer de su fé esperiencia,
que es justa la resistencia,
aunque firme sea su amor.

Solano.

¿Jaramillo, no penetras
lo que escriben?

Leónor.

Ni es posible.

Solano.

Para mí no hay imposible.

Leonor

¿Pues qué es lo que escriben?

Solano.

Letras,

y juntas harán razones,
y las razones dirán,
que pide Don Garcerán
prestados ciertos doblones;

que yo imagino, que al Conde
escribe mi pobre amo;
porque siempre á este reclamo
hidalgamente responde.

Leonor.

Diferente pensamiento
es el mio, que escribir
tan conformes, es decir
que tenemos casamiento.

Solano

¿Pues quién se quiere casar?

Leonor.

Don Gaucerán, ó me engaño.

Solano.

Librea de fino paño
no se podrá despintar.
¿Quién es la novia.

Leonor.

Una dama
de Salamanca.

Solano.

Es famosa,
si es una viuda hermosa
que allí celebra la fama.

Leonor.

Ella será: no hay prudencia
donde hay voluntad y amor.

Mencia.

Bien escrita está, señor;
cerradla y tened paciencia,
que yo la despacharé
con otra mia esta tarde,
y el lunes á lo mas tarde
respuesta de ella tendré.

Garcerán.

Ya está cerrada

Mencía.

Rogad
á quien teneis por patron,
que llegue á buena ocasion,
y venga con brevedad.

Garcerán.

Tomad la carta, que en ella
libro todo mi tesoro,
que si á los ojos que adoro
llega, nací en buena estrella.

Mencía.

¿Dónde me esperais?

Garcerán.

En casa
del Conde Horacio os aguardo.

Mencía.

A Dios.

Garcerán.

Vuela tiempo tardo.

Solano.

Tardo es el tiempo, él se casa.

ESCENA II.

Sala en casa de Don Juan

Don Juan y Don Beltran.

Beltran.

Aquesta dispensacion,
me trae, Don Juan, desabrido.

Juan.

¿De Roma, no ha respondido
el curial?

Beltran.

Solo un renglon
dos meses ha, y remití
por cada letra cien reales,
que para dar á curiales
no hay plata en el Potosí.
Dicen procuran favor
con el Cardenal Colona.

Juan.

Para tan grave persona
en la Corte está el mejor:
el Conde Horacio es sobrino
del Cardenal, y en la mano
le tenemos.

Beltran.

No está llano,
Don Juan, aquese camino.

Juan.

Llano estará, si es el Conde
vuestro amigo declarado.

Beltran.

Amigo reconciliado,
mal y nunca corresponde,
no le hablaré, aunque la vida
me importe, que si en el pecho
costumbre el rencor ha hecho,
con dificultad se olvida;
que mis zelosos temores
batallan siempre conmigo,
porque con capa de amigo
suelen, Don Juan, ser mayores.

Juan.

Terrible sois.

Beltran.

Ya lo veo.

pero yo me enmendaré.

ESCENA III.

Dichos y Olivera.

Olivera.

Gracias á Dios que te hallé.

Beltran

Yo se las doy que te veo.
¿Hay algo de nuevo?

Olivera.

Si,
de Roma el despacho.

Beltran.

Albricias
tendrás, como las codicias,
si traen carta para mí.
¿Teneis qué hacer?

Juan.

Si señor.

Beltran.

Pues yo me llego al correo.

ESCENA IV.

Don Juan.

Con estraño hombre peleo;
todo es zelos y temor:
pesame de haberle dado
á mi hermana por muger,
porque juntos han de ser
un exército encontrado:
¿qué cuando paz han tenido
la paloma y el milano?
¿muger moza y viejo cano

en un lecho y en un nido?

ESCENA V.

Don Juan, Alejandra y Leonarda.

Alejandra.

¿Fuese el capitan, mi tio?

Juan.

Ya se fue.

Alejandra.

¿Vendrá tan presto?

Juan.

No lo sé.

Alejandra.

¿Don Juan, qué es esto?
¿con tu hermana ese desvio?
alza los ojos ¿qué tienes?
¿qué te dá pena y cuidado?
¿hase tu dama enojado?
¿date zelos, ó desdenes?

Juan.

No he sido tan venturoso,
hermana, que haya llegado
siquiera á ser desdichado,
cuanto mas á estar dichoso:
pues decirme no has querido
quien es, ni como se llama
aquella hermosa dama
que me trae desvanecido.
Hermana, de perlas y oro,
si mi tormento te obliga;
dime, qué muger, que amiga,
es aquel angel que adoro.
En que zona, en qué lugar
asiste tan apartado,

que el deseo ni el cuidado
no la han podido encontrar.

Alejandra.

Tieneme muy obligada,
Don Juan, para que te diga
quien es aquella mi amiga,
tan hermosa y retirada.

Juan.

Representarme no quieres
las cosas que dan pesar,
que yo te sabré obligar
con mas gusto y con mas veras.

Alejandra.

¿Has de reñirme?

Juan.

No haré.

Alejandra.

¿Ni darme pena?

Juan.

Tampoco.

Alejandra.

¿Ni mas daguita?

Juan

Fui loco.

Alejandra.

¿Ni amenazarme?

Juan.

¿Porqué?

Alejandra

¿Y si algun dia en el prado
me llegase el Conde á hablar,
tienele de acuchillar?

Juan.

Gran disparate seria.

Alejandra.

¿Y si por la calle pasa
y me asomase al balcon,
ha de haber reprension?

Juan.

Aunque le metas en casa;
y no me apures, que harás,
que me infame mi locura,
que yo fio en tu cordura
que todo lo escusarás.
¿Quién es, dilo, hermana bella?

Alejandra.

No podré con claridad,
que en un dia de amistad
que te podré decir de ella;
que aun su nombre, te prometo,
Don Juan, que se me ha olvidado;
pero de ella, y de su estado
te informa, como discreto,
de don Carlos; porque el sabe,
como Garcerán, quien es,
y haraslo por interés;
es la muger mas suave,
mas cuerda y entretenida,
mas agradable y graciosa,
mas dulce y mas amorosa
que he conocido en mi vida.
Y dejóme tan prendada,
que visitarla quisiera,
y aquesta tarde lo hiciera
á saber de su posada.

Juan.

Pues voyle, Alejandra á hablar,
que trazar con él querria
que pueda en tu compañia

verla, hablarla y visitar.

ESCENA VI.

Alejandra y Leonardo.

Alejandra.

Leonardo ¿no es estremada
la locura de un hermano?

Leonardo.

Desengañarle temprano
es cosa mas acertada,
que amor y pasion tan fuerte
puede quitarle el juicio,
que el demasiado ejercicio
de la fantasia es muerte.

Alejandra.

Estame bien que Don Juan
trabe amistad con los dos.

Leonardo.

A él le está mal, por Dios,
y peor al capitan.
Ya entiendo tu pensamiento
y el fin á que corresponde,
que la amistad con el Conde
apoyas.

Alejandra.

Ese es mi intento;
porque el capitan, Leonardo,
me cansa con su porfia.

Leonardo.

Pues para aquel triste dia
que te desposes te aguardo.

Alejandra.

¿Yo desposar con mi tio?

¡Jesus! Leonardo, primero
me mataré.

Leonardo.

Intento fiero;
en Dios, señora confio,
porque en la dispensacion,
tenia dificultad,
y es mucha la autoridad
del Conde en esta ocasion.

Alejandra.

Es verdad, pero el temor
enflaquece mi esperanza,
porque es la desconfianza
hija bastarda de amor:
hablar al Conde quisiera.

Leonardo.

Irele á buscar si quieres.

Alejandra.

¡Ay, mi Leonardo! tú eres
mi remedio: parte espera.

ESCENA VII.

Dichos y Rugero.

Alejandra.

Rugero, seas bien venido.
¿Y el Conde?

Rugero.

Queda en la calle.

Alejandra.

Dí que se apee, que hablalle
deseo.

Leonardo.

Intento atrevido.

Rugero.

Voyle á avisar.

ESCENA VIII.

Dichos menos Rugero.

Leonardo.

Rematada,
señora, estas: vuelve en tí,
no quieras se acabe aquí
la tragedia comenzada
¿No te escarmienta el aprieto
en que te viste pasado?
Hablale, mas con cuidado;
tenle amor, mas con secreto.
Teme á tu hermano mayor
y á las canas de tu tio,
tu peligro, sino el mio,
mi vida, sino tu honor.
No pienses que el Conde es Carlos,
que se puede disfrazar,
fingir ni disimular,
ni has de volver á engañarlos.

Alejandra.

Que no hay temor que me impida,
que quien tan deveras ama,
atropella con su fama,
con honor, hacienda y vida;
y no estés tan temeroso,
que cuando venga Don Juan,
y mi tio el capitan,
hallaranme con mi esposo.

ESCENA IX

Dichos, y el Conde Horacio.

Horacio.

Mi bien, ¿tan grande favor
con tantos inconvenientes?

Alejandra.

Señales son evidentes,
Conde, de mi firme amor:
y del peligro presente,
que es la causa que me obliga
á que despacio te diga
lo que el alma sufre y siente.

Leonardo.

Si ha de ir la conversacion
tan despacio, considera
que en esta sala primera
no estais bien.

Alejandra.

Tienes razon;

Horacio

Eres, Leonardo, discreto.

Alejandra.

En la pieza de mi estrado
nos entremos, ten cuidado.

Leonardo.

¿Y yo, qué tendré?

Alejandra.

Secreto.

ESCENA X.

Sala en la posada.

Don Garcerán y Solano.

Garcerán.

¿Qué yo me caso, Solano?

Solano

¿Y fuera gran maravilla
estar ingerto en Castilla
un naranjo valenciano?

Garcerán.

¿Y qué es con Doña Mencia?

Solano.

Asi me lo dió á entender
Jaramillo,

Garcerán.

Puede ser;
mas no es tal la suerte mia.
¿Halo soñado?

Solano.

No sueño,
porque no duermo jamás.

Garcerán.

¿Cómo vive?

Solano

Bueno estás,
viviré mas que una dueña:
es encantado; esperiencia
he hecho de esta verdad
por tener necesidad
de asegurar mi conciencia;
que no sé qué he sospechado
despues que duerme conmigo,
y de un cristiano y amigo
sospechar mal es pecado.

Garcerán.

¿Qué sospechas?

Solano.

Lo que temo:
que es hermofrodito.

Garcerán.

Estraño
juicio.

Solano

Pues no es estraño,

que es hermofrodito ó memo.

Garcerán.

¿Qué dices?

Solano.

Buena es la risa;

Garcerán.

Necias imaginaciones.

Solano.

Si se acuesta con calzones,
y se cose la camisa,
y se viste con estrellas,
y se entra en la cama á escuras,
¿son muestras estas seguras
para presumir bien de ellas?

Garcerán.

¿Pues quieres tú condenar
lo que es recato y limpieza?
¡Bueno estás de la cabeza!

Solano.

Muy malo debo de estar;
pues juro á Dios que el coserse,
madrugar y recatarse,
no dormir y retirarse,
y en la cama recogerse,
que tiene algun fundamento,
y mayor que el que barrunto;
pero ya he dado en el puntito,
ó no tengo entendimiento:
y es, Don Garcerán, forzoso
que una de dos ha de ser;
que es Jaramillo muger,
y sino, muger potroso.

Garcerán.

. . . .

[illegible]

Solano.

[illegible]

Garcerán.

[illegible]

ESCENA XI.

Dichos, Horacio y Rugero.

Horacio.

¿En qué me puedo emplear,
que me esté tambien, Rugero?

Rugero.

Mira lo qpe haces primero.

Horacio.

Que no tengo que mirar;
es Alejandra hermosa,
rica, honesta, limpia, afable,

discreta, dulce, agradable,
cuerda, sábia y virtuosa;
y quiérola tanto en suma,
que á Don Juan se la pidiera,
aunque en las malvas naciera,
como Venus en la espuma.

Solano.

El Conde, Don Garcerán.

Garcerán.

¡Oh señor! seais bien venido:
¿qué buen viento os ha traido?

Horacio.

Salí á buscar á Don Juan.

Garceran.

¿Qué le quereis?

Horacio.

Consultar
con él cierto parecer.

ESCENA XII.

Dichos, Doña Mencia y Leonor.

Mencia.

¿Es hora ya de comer,
Solano?

Solano.

Y aun de cenar.

Mencia.

¿Qué hace tu amo?

Solano.

¿Estás ciego?
¿No le ves entretenido
con el Conde?

Mencia.

¿Hasme entendido? ap.

Leonor.

Sí señor.

Mencia.

Pues parte luego.

ESCENA XIII.

Dichos, menos Leonór.

Mencia.

¿Podré, señores, terciar
en esta conversacion?

Garcerán.

Llegais á buena ocasion,
que ahora se empieza á entablar.

Mencia.

¿Y qué es el juego?

Horacio.

De damas.

Mencia.

¿Y qué se juega?

Horacio.

Favores.

Mencia.

Miron soy, no tengo amores,
ni son para mí sus llamas:
jugad los dos en buen hora,
que yo miro desde afuera.

Garcerán.

Por daros gusto lo hiciera,
mas hállome pobre agora.

Mencia.

Pues tened firme esperanza
que presto caudal tendréis,
con quien perdais, y ganeis
con quien tanto bien alcanza.

Horacio.

Mas pobre soy en mi estado
que en el suyo Garcerán;
si alimentos no me dan,
por verme tan empeñado;
que Alejandra en este punto
al juego de bien amar
me ha acabado de ganar
cuerpo y alma, todo junto;
y como la cantidad
es infinita en rehenes,
como mas seguros bienes
le dejo mi libertad

Garcerán.

Tales pérdidas, señor,
por ganancias las tened;
mas quien os cogió en la red
era gentil cazador.

Horacio.

Que mas redes que razones,
dichas con lábios suaves
ni que cazador, que graves
y fuertes obligaciones:
resuelto estoy, Garcerán,
á casarme, mas quisiera
ordenallo de manera
que lo supiera Don Juan.

Garcerán.

Antes soy de parecer
que no lo sepa, si es llano
que ha de procurar su hermano
la boda descomponer:
que si está su fé empeñada,
y la hermana prometida,
antes perderá la vida

que romper la fé jurada;
y en tal caso es acertado
meteros en posesion,
que si la dispensacion
llega, os hallareis burlado.

Horacio.

Vendrá con dificultad,
porque de Roma he sabido
que con ellos no ha querido
dispensar su Santidad.

Mencia.

Que dispense, ó no, señor,
yo me ofrezco á daros lleno,
como á la hermana, al hermano:
no os embarace el temor,
que Don Juan agradecido
se me muestra hoy mi galan

Horacio

Ya me ha dicho Garcerán
lo que pasa.

Mencia.

Está perdido:
hoy en la calle me habló;
y con el alma en la boca
me dijo su pasion loca.

Garcerán

Tanto el disfraz le picó.

Mencia.

Y picará cada dia,
si es Alejandra instrumento
de que dure su tormento;
pues á mis manos le envia;
porque sin duda Don Juan
le ha pedido que le diga
quien era aquella su amiga

que sosegó el capitan,
y habrale dicho que yo
la conozco, y el cuitado
por ella me ha preguntado.

Garcerán.

¿Desengañastele?

Mencia.

No;
antes diré ser verdad,
que muy bien la conocia:
díjele donde vivia,
nombre, estado y calidad;
y como habia enviudado,
que hizo menos su tormento,
porque ya en su pensamiento
se representa casado.

Garcerán.

¡Graciosa burla! ¿Decid,
quién dijiste que era?

Mencia.

Estraño
os parecerá el engaño:
todas las partes le dí
de aquella Doña Mencia,
que vos olvidais ausente.

Garcerán.

Mi fé agravais, que presente
está en la memoria mia.
Conde, Don Carlos intenta
con tan ingeniosos modos,
sino burlarnos á todos,
meternos en una afrenta.

Mencia.

Mejor lo podeis decir
cuando veais lo que pasa,

que esta, dije en su casa,
y hoy á verme ha de venir.

Garcerán.

Segun eso habrá de haber
segunda transformacion.

Mencia.

Y aun tercera

Solano.

Aquestos son
deseos de ser muger.

Mencia.

Mongil y tocas ha hecho
prevenir á Jaramillo.

Solano.

Que quiere este monacillo
darme un buen dia sospecho.

Horacio.

Pesada burla ha de ser.

Mencia.

¿Y no se la hacen mayor
hoy al capitan, señor,
si le quitais la muger?

Solano.

De estas burlas, por Solano
pocas ó ninguna: arredro
el casarme, si esto medro.

ESCENA XIV.

Dichos Leonor y un Correo.

Leonor.

No os deis tanta prisa, hermano.

Correo.

Vengo cansado y deseo
descansar siquiera un rato.

Leonardo.

El caminar no es buen trato.

Correo.

Ni vida la del correo.

Mencia.

¿Qué hombre es ese, Jaramillo?

Leonor.

El peon que despachaste.

Mencia.

¡Pues bachiller, que pensaste
primero para decillo?
Seais, hermano, bien venido.

Garcerán.

Solano, dale un doblon
de albricias á este peon,
para beber.

Correo.

Ya he bebido.

Solano.

Pues yo no, y á vuestra cuenta
me beberé la mitad.

Garcerán.

Dale dos.

Horacio.

La brevedad
lo merece.

Garcerán.

Dale treinta.

Mencia

¿Traeis cartas?

Correo.

Este pliego.

Garcerán

Abridle presto, señor.

Mencia.

Sosegaos.

Garcerán.

¿Quién con temor
tiene, Don Cárlos, sosiego?

Mencia

¿Sabeis si estaba Don Tello
de camino?

Correo.

Antes que yo
de Salamanca partió.

Mencia.

No ha llegado.

Correo.

Detenello
pudo cierta viuda hermosa
que á esta Corte ha de venir.

Garcerán.

¿No sabeis á qué?

Correo.

A vivir.

Garcerán.

¿Vístela?

Correo

Vila, es famosa,
y algo en la fisonomía
le pareceis, señor, vos,

Mencia.

Bien á fé.

Garcerán.

Conde, por Dios, *ap.*
que es esta Doña Mencia,
¿abristeis el pliego?

Mencia.

Sí;

idos en buen hora, amigo:
tú le despacha.

Correo.

¿Que digo,
que es del doblon?

Solano.

Vesle aquí.

ESCENA XV.

Dichos ménos el Correo.

Mencia.

A Don Garcerán.

Garcerán.

¿A quién?

Mencia.

A vos dice.

Garcerán.

No lo creo;
que á los tristes el deseo
les dá por brújula el bien. (*Toma la carta*).

Horacio.

Abridla, no seais pesado;
leed sin desconfianza,
que en brazos de la esperanza
muchos sin vos se han librado.

Garcerán.

Abierta está.

Horacio.

Leed.

Garcerán.

Ya leo.

Mencia.

No he visto amor tan cobarde.

Garcerán.

Ay Don Carlos, Dios os guarde
de veros como me veo,
tras tantos meses de olvido.

Lee. *Cruél fugitivo Eneas,*
con el gusto que deseas
recibió tu carta Dido,
que no pudo la crueldad
de tu rigurosa ausencia,
descomponer la asistencia
de mi firme voluntad.
Que me has tenido quejosa
puedo decir con razon,
mas ya apruebo la ocasion,
y digo que fué piadosa;
y así estimando tu fé,
admitiré tus disculpas,
que culpas que escusan culpas
mal condenarlas podré
Que tu mudanza en rigor
hace en mi mayor efecto
que en lo que en ti fue respeto
en mi viene á ser amor.
Este me lleva tras tí,
y porque estoy de partida,
ten lástima de mi vida,
por la que tengo de tí.
Que hasta verte alegre dia
ni hora sin ti ver espero.
De Salamanca á primero de mayo. = Doña
Mencia.

Mencia.

¿Qué os parece? ¿estais contento?

Garcerán.

Y tan loca de placer

el alma, que á encarecer
no lo acierta el sentimiento:
Carta de consuelos llena,
y privilegio rodado,
por donde estoy escusado
de la merecida pena.
Carta que en el mar incierto
de mi continuo penar,
sois carta de marear
que me encaminais al puerto.
Carta de pago y remate
de todas cuentas pasadas
en su memoria olvidadas,
para que sus dudas trate.
Carta ejecutoria mia,
tan en mi favor ganada,
que al alma sirve de honrada
y generosa hidalguía.
Carta mia, real decreto
en donde vienen libradas
los frutos de mis cuidados,
premio de mi amor perfecto:
Bendigo, carta, la mano
hermosa que te escribió,
la lengua que te dictó,
el estilo soberano.
El papel, la tinta, pluma,
apacibles instrumentos,
que tocados mis tormentos
deshiciste como espuma,
bendigo....

Mencia.

Don Garcerán;
¿sobre qué pueblo bendito,
ciudad, provincia ó distrito

tantas bendiciones van?

Horacio.

Finezas, Don Cárlos son
de su amor.

Salano.

Y su locura,
pues quita el oficio al cura
y incurre en escomunion.

Garcerán.

Bien me tratais.

Mencia.

¿Quereis ver
lo que me escriben á mí?

Garcerán.

La instancia referid.

Mencia.

La carta podeis leer,
que me dicen es
con el cuidado que dieron
las cartas que se abrieron.

Garcerán.

¿Y este Don Tello, quién es?

Mencia.

Un honrado caballero,
con quien en su mocedad
tuvo mi padre amistad
en Saboya, y hoy le espero.

Leonor.

¿No sabes que ha de venir
Don Juan?

Mencia.

Ya lo sé.

Leonor.

¿Qué esperas?

el alma, que á encarecer
no lo acierta el sentimiento:
Carta de consuelos llena,
y privilegio rodado,
por donde estoy escusado
de la merecida pena.
Carta que en el mar incierto
de mi continuo penar,
sois carta de marear
que me encaminais al puerto.
Carta de pago y remate
de todas cuentas pasadas
en su memoria olvidadas,
para que sus dudas trate.
Carta ejecutoria mia,
tan en mi favor ganada,
que al alma sirve de honrada
y generosa hidalguía.
Carta mia, real decreto
en donde vienen libradas
los frutos de mis cuidados,
premio de mi amor perfecto:
Bendigo, carta, la mano
hermosa que te escribió,
la lengua que te dictó,
el estilo soberano.
El papel, la tinta, pluma,
apacibles instrumentos,
que tocados mis tormentos
deshiciste como espuma,
bendigo....

Mencia.

Don Garcerán;
¿sobre qué pueblo bendito,
ciudad, provincia ó distrito

tantas bendiciones van ?

Horacio.

Finezas, Don Cárlos son
de su amor.

Solano.

Y su locura,
pues quita el oficio al cura
y incurre en escomunion.

Garcerán.

Bien me tratais.

Mencia.

¿Quereis ver
lo que me escriben á mí?

Garcerán.

La instancia referid.

Mencia.

La carta podeis leer,
que me dicen es
con el cuidado que dieron
las cartas que se abrieron.

Garcerán.

¿Y este Don Tello, quién es?

Mencia.

Un honrado caballero,
con quien en su mocedad
tuvo mi padre amistad
en Saboya, y hoy le espero.

Leonor.

¿No sabes que ha de venir
Don Juan?

Mencia.

Ya lo sé.

Leonor.

¿Qué esperas?

Horacio.

En fin, ¿qué quereis de veras
burlalle?

Mencia.

Y como á vestir
me voy: esperadme un rato,
que de estas burlas que veis,
los dos conocer podreis
si son veras las que trato.

ESCENA XVI.

Dichos, menos Doña Mencia y Leonor.

Horacio.

Es Don Cárlos estremado.

Garcerán

Y de un ingenio escelente,
y de verle tan prudente
y tan mozo me he admirado:
Debole, Conde la vida,
que él ha sido mi remedio,
pues por andar de por medio
no está en penas consumida.
Por él de Doña Mencia
veré aquel Cielo sereno,
y veré mi pecho lleno
de contento y de alegria.

Horacio

¿No pensais hacer, si viene,
alguna demostracion?

Solano

Librea habrá de invencion.

Garcerán.

¿Qué ha de hacer el que no tiene?

Solano.

Si te tienes de casar
no se escusa, hazla del paño,
que en las caras traen ogaño
las damas de este lugar.
Con guarnicion de un castillo,
si no la quieres de espada,
gala al fin, no muy usada,
mas es de azero, y martillo;
los herreruelos suizos,
que nunca parecen mal
con cuellos de Portugal,
que un moro los hará chicos;
y echarasles pasamanos
de corredor ó escalera,
con botones en hilera
que asientan los cirujanos.
Sus bandas de arcabuceros,
y ligas de venecianos,
con que saldrán mas ufanos
que Durandarte y Gaiferos.
Jubones al parecer
del verdugo de la villa,
que los corta á maravllla,
tan cortos, que es un placer.
Y porque presto se estragan
los sombreros acomoda;
sus cabezss á tu moda
que gorras que nunca pagan.
Y asi de valde vestidos
tus pages y tus lacayos
saldrán como papagayos,
y como pascua floridos.

Garcerán.

Tienes buen gusto, Solano,

la invencion me ha satisfecho.

Solano.

Es librea de provecho,
y de invierno y de verano.

Horacio.

Gracia has tenido, dinero
no os ha de faltar, vestíd
cuatro ó seis pages, lucid,
trataos como caballero:
que con una letra mia
os dará mi mercader
lo que fuere menester,
que él me presta y él me fia.

Solano.

¿Qué fia? ¿sobre qué prenda?

Horacio.

¿Aquesto te dá cuidado?

Solano.

No sin causa me le ha dado.

Horacio.

Fíame sobre mi hacienda.

Solano.

¿Administrátela?

Horacio.

Sí.

Solano.

Lastimosa perdicion.

Garceran.

Arbitrios, Solano, son
de ahorrar.

Solano.

Y de gastar, dí,
y de mayores empeños;
que estos administradores
son de la hacienda, señores,

y verdugos de sus dueños.
Y peor si es mercader,
que dulcemente degüella,
y fieramente desuella
al tiempo del menester.
Y si llegais á sacar
paño ó seda, sin reparo
lo peor, y lo mas caro,
te han de venir siempre á dar;
y asi desmedra tu hacienda
por donde piensas que gana;
y el otro, rica y ufana,
tiene su bolsa y su tienda.
Mas acertar no se escusa
Garcerán, lo que te ofrece;
pero no se lo agradece,
que dicen que no se usa.
Y mete con la librea
vestidos para tí, y todo
y vestiraste á lo godo
que es gala que mas campea,
Calceta medio botarga,
jubon con punta de armar,
ferreruelo al carcañal,
y la ropilla ancha y larga.
Sombrero sobre la frente,
corto, y sin pegar el cuello,
peinado y largo el cabello,
justo y voz á lo doliente.

Garcerán.

No me descontenta el trage
¿quién le trae?

Solano.

Esto trae
toda la gente de humor,

con punta y collar de honor;
entre escuderete y page.
Gente, al fin, de media suela,
en la Corte entrevelada,
como tocino de hijada;
ni bien trucha ni truchuela.

Garcerán.

Pues ya me parece mal,
que este hábito tragera
un gran señor, le siguiera
como premática real;
pero de gente ordinaria,
ni por imaginacion;
porque tiene la eleccion
civil, disconforme y varia.

ESCENA XVII.

Dichos, y Doña Mencia en hábito de viuda, y Leonor.

Mencia.

Dime si salgo bien puesta.

Leonor.

Tú te lo sabes; el alba
pareces cuando despierta
y á las puertas del sol llama.

Horacio.

Volved, Garcerán los ojos,
vereis entre nubes blancas
prodigiosos resplandores
y maravillas estrañas

Garcerán.

Muerto soy, Conde, á traicion,
que quien con la vista mata,
con un rayo poderoso
me ha muerto por las espaldas.

Doña Mencia, señora
de mi libertad esclava,
reína de mis pensamientos,
natural, que no bastarda:
¿es posible que te veo?
¿es posible que me amas?
mas no puede ser posible,
porque me escuchas y callas.

Solano.

¿Y es, Don Garcerán, posible
que un hombre con tantas barbas
no echa de ver que es Don Cárlos
y no muger con quien habla?

Mencia.

Vive Dios, Don Garcerán,
sino os reportais, que haga
un disparate con vos.

Garcerán.

¡Cómo, señora, tan brava,
tan fiera para conmigo!

Mencia.

¡Cómo tan fiera! ya pasa
aquesta descortesía
á ser injuria pesada.
Jaramillo, dame presto
mi espada, que á cuchilladas
le haré saber si soy hombre
ó muger cobarde ú flaca.

Horacio.

Sosegaos: Don Garcerán,
¿qué ideas son esas vanas?
¿no echais de ver que es Don Cárlos,
y que es el mismo que trata
vuestro descanso y el mio,
aunque está con tocas largas.

Garcerán.

Ya lo veo, Conde amigo;
pero camino no halla
mi confuso entendimiento
para salir de esta calma.

Horacio.

Vos le hallareis, no os dé pena.

Solano.

Don Juan viene

Horacio.

Y Alejandra,
sino me engaño, Rugero.

Solano.

¿Qué enigmas son estas varias?

ESCENA XVIII.

Dichos, Don Juan, Alejandra y Leonardo.

Mencia.

¿Señora Alejandra?

Alejandra.

¿Amiga,
qué lastimosa desgracia,
qué desdicha ha sido aquesta?
¿hoy viuda y ayer casada?

Juan.

Si ofreciere ocasion,
y aunque no se ofrezca, trata
con ella de mi remedio.

Mencia.

¿Qué os diré Don Juan?

Alejandra.

No, nada:
habla á Garcerán y al Conde,
que yo le diré tus ansias.

Mencia.

Hablad mas quedo.

Garcerán.

¿Solano?

Solano.

¿Señor?

Garcerán.

Mira bien, repara,
¿no es esta Doña Mencia?

Solano.

Todavía estás en Babia:
digo que se le parece
como un huevo á una castaña.

Garcerán

No son, sino sus facciones.

Solano

No señor, sino contrarias;
y hay la misma diferencia
que entre la silla y la albarda.

Garcerán.

¿Qué dices, estás borracho?

Solano.

¿Y tú qué estás? calabaza.

Horacio.

¿No es graciosa la pendencia?
¿Garcerán, es de importancia
que sea agora ó no sea,
Don Cárlos?

Solano.

¡Locura estraña!

Alejandra.

Cuando sepa la verdad

Don Juan, no importará nada;
Decidle Cárlos, que el Conde
es mi esposo, y que se cansa
si piensa que de su tio
he de ser muger forzada.
Yo sé romperá por vos
con promesas y palabras;
que inconvenientes mayores
quien tiene amor desbarata.

Mencia.

Llamadle.

Alejandra.

Hermano, Don Juan,
llégate mas cerca, acaba.

Juan.

¿Quién mira al sol, sin temer
los rayos que le amenazan?

Horacio.

¿No os divierte, Garcerán,
el ver allí lo que pasa?
¿A Don Cárlos dice amores
Don Juan?

Garcerán.

Con ellos me abrasas;

Horacio.

¿Teneis zelos?

Garcerán.

Zelos tengo;
zelos, Conde, zelos, rábia.

ESCENA XIX.

Dichos y Don Beltran.

Beltran.

¿Señor Don Juan, qué es aquesto?
¿vos aqui, y con Alejandra
con mis propios enemigos?
¿Tanto gusto, amistad tanta?

Juan.

No os alboroteis, señor,
hasta que sepais la causa,
que á darle el pésame vino
á esta señora, mi hermana,
que ha enviudado, como veis;
y en semejantes desgracias
han de acudir las amigas,
como es justo, á consolarlas.

Beltran.

¿Y quién es esta señor?

Juan.

Aquella bizarra dama
que os compuso con el Conde
cuando la cuestion pasada.
Pienso que será mi esposa;
que desde aquel dia el alma
le rendí, y ella es, señor,
el cuerpo donde descansa.

Beltran.

¿Es principal?

Juan.

Partes tiene
divinas: de Salamanca
es natural.

*

ESCENA XX.

Dichos, Don Tello y un criado.

Criado.

Aquí vive:
esta es, señor, su posada.

Tello.

Avisa, Medrano: espera,
que esta es mi sobrina: Abraza,
Doña Mencia, á Don Tello.

Mencia.

Tio, de muy buena gana.

Garceran.

¿Qué es esto que estoy mirando?
¿Doña Mencia se llama,
caballero, esta señora,
y no Don Carlos?

Tello.

¡Qué gracia!

Horacio.

¡Qué decís, señor! ¿muger
es el que hablais?

Tello.

¿Esta casa,
es de locos, ó de cuerdos?
Sobrina, ¿es torre encantada?
¿Qué es lo que estos caballeros
ponen en duda?

Mencia.

Mas larga
relacion pide, señor,
su admiracion.

Solano.

¡ Inventara
Satanás mayor embuste!
¿ Pero qué ingénios se igualan
al de mugeres? ¿ qué enredos,
ni quien como ellas lo trazan?

Mencia.

Despues os diré, señor,
mi história en breves palabras;
baste, señor, por agora,
que me hallais, sino casada,
concertada por lo menos
con un hombre, en quien se hallan
gentileza y gallardia,
lealtad, amor, fé, constancia;
y solo vuestra venida
aguardé, porque me honrara
la generosa presencia
y respeto de tus canas.

Tello.

¿ Y quién es el caballero,
señora, con quien te casas?

Mencia.

El señor Don Garcerán.

Garcerán.

¿Qué hombre mortal alcanza
tanto bien? Dame tus brazos.

Mencia.

Y el alma, señor, con ellos.

Garcerán.

Y vos, Don Tello, esas plantas,
por la merced que recibo
de aquesas manos hidalgas.

Tello.

Con el amor que Mencia
os doy mis brazos.

Juan.

¿Hermana,
qué es esto que estoy mirando?

Alejandra.

¿Pues de qué, Don Juan, te espantas?
efectos son del amor.

Mencia.

Hablame, bella Alejandra.

Alejandra.

A agora con mas razon.

Mencia.

¿Jaramillo, porqué callas?

Leonor.

¿He de hablar sin ocasion?

Tello.

¿Es tu criado?

Mencia.

Y criada.

Tello.

¿Esta es Leonor?

Leonor.

Si señor,
Leonor soy, y vuestra esclava.

Solano.

¡Cómo! ¿tambien Jaramillo
era muger? ¡Qué en mi cuadra
le haya tenido dos meses,
y no haya sabido nada!
Señor Don Cárlos primero,

y Doña Mencía, octava
maravilla, mas famosa
que no las siete nombradas,
pues dos meses de aposento
tuve con aquesta ingrata,
con nombre de Jaramillo
haz se quede en mi posada
con nombre de mi muger,
porque asi me desagravia.

Mencía.

Quisiera darte á Leonor,
Solano, mas no le agrada
á Leonor tu casamiento.

Solano.

No; pues fraile soy sin falta.

ESCENA XXI.

Dichos y Camilo.

Camilo.

¿Señor capitan?

Beltran.

Don Juan,
la dispensacion sin falta
os trae el señor Camilo.

Camilo.

No ha querido mi desgracia;
antes os vengo á decir
que su Santidad, el Papa,
no ha querido dispensar,
porque...

Beltran.

No digais las causas;

basta decir que no quiso;
que en tales casos no basta
ser el curial diligente.
No nací para Alejandra.

Mencia.

Pues por el Conde suplico
al Señor Don Juan, su hermana
le dé por muger, y á vos
tengais por bien que se haga.

Beltran.

Yo, señora, se lo ruego,
que mi sobrina levanta
su nombre con su grandeza,
y yo intereso su gracia.

Horacio.

Besoos las manos, señor,
por tan generosa hazaña.

Juan.

Pues el capitan, mi tio,
tan facilmente se allana,
Alejandra es vuestra, Conde,
y ella sola es la que gana;
que el que pierde aquí soy yo,
pues burló mis esperanzas,
y mi amor Doña Mencia;
pero escogió como sábia.

Garcerán.

Paciencia, Señor Don Juan,
que burlas, y mas de damas
podeis tener por favores;
y pues la noche está en casa,
y la cena prevenida,
no hay sino á placer gozalla.

Beltran

Es el Consejo de amigo.

Garcerán.

Perdon, Senado, se aguarda,
y demos con esto fin
al Fénix de Salamanca.

La Fenix de Salamanca.

Esta combinacion dramática es una imitacion de otras de la misma especie, escritas por el Maestro Tirso de Molina. Una muger enamorada, que se disfraza de hombre, abandona su casa, y se pone en camino con el fin de buscar á su amante, y obligarle á casarse con ella, es el argumento favorito de aquel poéta, que le varía de mil modos diferentes, aunque el desenlaze es casi siempre el mismo. Mira de Mescua le imitó en esta comedia; pero cuidó de no pintar á Doña Mencia con tanta libertad y desenvoltura como su modelo acostumbraba á retratar sus heroinas. Las de Tirso, aunque livianas, y á veces indecorosas, son muy interesantes, por los obstáculos que tienen que vencer, y por los artificios que emplean para conseguirlo. No sucede lo mismo á Doña Mencia, que encuentra á Don Garcerán sin ningun compromiso con otra muger, y siempre constante y fiel á su cariño. Por la narracion de los sucesos de su vida en la escena XVI del acto primero, conoce Mencia el motivo honroso de su ausencia, la pureza de su amor y sus generosos sentimientos, particularmente cuando dice:

Mas pongo al Cielo testigo,
que fué con tanta limpieza,
que no la toqué una mano.
Mencia ap.
¡ Ay Garcerán, bien pudieras!

hoy mi vida te consagro,
y mil si tantas tuviera;
¿y qué muger no dá el alma
á un hombre de buena lengua?

No tiene, pues, otra razon para contenerse, que el deseo de asegurarse de la constancia de Garcerán. Así lo dice en la escena primera del acto tercero, cuando le persuade que escriba á Salamanca.

Garcerán.
Diréla mi soledad,
y la larga pena mia;
pintaré mi cobardía,
y mi firme voluntad;
mis suspiros y mi llanto,
con que me abraso y me anego.
Mencía. ap.
¿Qué es esto, amor? ¡Tanto fuego,
y en mí pecho yelo tanto!
Pero conviene á mi honor
hacer de su fé esperiencia,
que es justa la resistencia,
aunque firme sea, su amor.

Este es el único motivo que la detiene; y no es un verdadero obstáculo. Lo contrario le sucede á Alejandra: ama apasionadamente al Conde Horacio; pero su hermano la destina para esposa de su tio, hombre anciano y zeloso, que la inspira aversion: sufre contradicciones y amenazas, y se vé espuesta al furor de Don Juan. El interés que produce su situa-

cion es verdadero, cuando el de Doña Mencia se funda en la constancia de su amor, y en la ingeniosidad con que el poeta la coloca en la accion para que intervenga en los amores de Alejandra y el Conde. Es menos interesante que esta.

Apesar de estas observaciones, la comedia agrada infinito, por las buenas escenas que contiene, entre las cuales hay algunas de mucha gracia, como la V. del primer acto entre Garceran y Solano, y particularmente la primera del segundo entre Solano y Leonor.

La versificacion es fácil, armoniosa, y á veces muy poética y urbana. Escena II., acto primero.

Mencia.

¿Dónde vais?

Alejandra.

Al Campo salgo.

Mencia

En vos veo, á fé de hidalgo,
lo que del campo enamora,
y agraviaisos si decis
que salís al campo.

Alejandra.

¿En qué?

Mencia.

Alejandra ¿no se vé
que fuera de vos salís?
porque las perlas hermosas
que el Alba vierte en las flores,
y matizados colores
de sus mejillas de rosas,
viento sutil y amoroso,

fuentes que risa y cristal
vierten por el arenal
argentado y espacioso;
todo lo vé quien repara
en tan divina pintura,
que del campo la hermosura
es copia de vuestra cara.

